



PERSPECTIVAS ANTIDESARROLLISTAS

Miquel Amorós

En este libro se agrupan textos producidos por Miquel Amorós entre mayo del 2009 y diciembre del 2010, junto con algunos anteriores que les han servido de preámbulo, resultado todos ellos del trabajo de agitación a que desde hace años se viene dedicando su autor.

La crítica antidesarrollista, que es de lo que tratan fundamentalmente los artículos, es la crítica que intenta, partiendo de luchas concretas (la defensa del territorio asediado desde dentro y desde fuera por la mercancía) enlazar con la historia revolucionaria (con sus aspectos no vencidos) para empezar a tejer un movimiento subversivo (un sujeto revolucionario).

El autor de estos escritos se ha ido convirtiendo en los últimos tiempos en una figura destacada dentro del ámbito autodenominado anarquista, subversivo, contracultural y alternativo.



PERPECTIVAS
ANTIDESARROLLISTAS

MIGUEL AMORÓS

Miguel Amorós

PERSPECTIVAS ANTIDESARROLLISTAS

Titulo Original: *Perspectivas Antidesarrollistas*

Autor: Miguel Amorós

Bioregión Valle Maipo, Invierno 2012



Editorial Germinal Colección Deconstruir Ed.

germinal@gmail. Com

www. Editorialgerminal.tk



Licencia Creative Commons 2

Apoyamos la reproducción parcial o total de esta obra bajo cualquier medio, con fines de difusión y propaganda y sin pretensiones de lucro. La propiedad es un Robo.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

– PRÓLOGO

– MISERIAS SOBRE EL CARRIL

A propósito de la llamada nueva era ferroviaria

– EL TERRITORIO PRELITORAL MEDITERRÁNEO COMO
TARJETA POSTAL

– CUANDO EL CAPITALISMO SE VUELVE ECOLOGISTA

– LEER A SIMONE WEIL

– DE HORRORES LUCRATIVOS E IDENTIDADES COMBATIVAS

– LA VOZ DE SU AMO

La restructuración espacial de la sociedad capitalista y sus
consecuencias

–EL TRAUMA DEL DECRECIMIENTO

– EL CONTROL INSTITUCIONAL DE LAS LUCHAS SOCIALES

– EL TAIMADO ARTE DE DESTRUIR CIUDADES

Sobre la tendencia totalitaria del fenómeno urbano

– EL SABOR DE LA TIERRUCA

Relación abreviada de la destrucción del territorio peninsular

– NOSOTROS, LOS ANTIDESARROLLISTAS

- LA ESFINGE DE LEÓN SIN SECRETO
- CAPITAL, TECNOLOGÍA Y PROLETARIADO
- LA FIESTA GRIEGA
- DIFERENCIA ENTRE LA CRÍTICA ANTIDESARROLLISTA Y LA IDEOLOGÍA DEL DECRECIMIENTO
- ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA CRÍTICA ANTIDESARROLLISTA
- URBI ET ORBI

Principios de antidesarrollismo

- LA RECONVERSION DEL TERRITORIO ASTURIANO Y EL TAV
- ZARAGOZA DESPUÉS DEL PARTO
- ¿DEFENSA DEL TERRITORIO O COGESTIÓN DE SU RUINA?
- VISTAZO SOBRE AMURRIO
- EL TERRITORIO ES ABSORBIDO POR LA URBE. LA URBE DEBE SER ABSORBIDA POR EL TERRITORIO
- ACERCA DEL AUTOR

PRÓLOGO

El autor de estos escritos se ha ido convirtiendo en los últimos tiempos en una figura destacada dentro del ámbito autodenominado anarquista, subversivo, contracultural, alternativo o como se quiera llamar esos espacios que, si existen realmente, no se puede considerar que constituyan un verdadero movimiento, sino algo así como un espectro abstracto, indefinido, más bien carente de objetivos, superficial, autocomplaciente y simplón. Una relevancia más real, sin duda, está tomando el autor en relación con conflictos como la lucha contra el TAV en Euskadi, o contra la construcción de líneas MAT en Girona, ya que ha puesto sus facultades a su servicio haciendo de ellas el centro de su crítica.

La crítica antidesarrollista, que es de lo que tratan fundamentalmente los artículos de este libro, es la crítica que intenta, partiendo de luchas concretas (la defensa del territorio asediado desde dentro y desde fuera por la

mercancía) enlazar con la historia revolucionaria (con sus aspectos no vencidos) para empezar a tejer un movimiento subversivo (un sujeto revolucionario):

“La cuestión social salió de las fábricas para reaparecer en el rechazo del consumo y del espectáculo, en el combate contra las grandes infraestructuras, en la reivindicación de la soberanía alimentaria y en la defensa del territorio, en la agricultura biológica y en las comunidades libres de resistentes, en las asambleas vecinales autónomas y en la secesión anticapitalista”. Y esta labor de autoconstitución no es nada fácil, sobre todo si los que se atribuyen la capacidad revolucionaria están enfrascados en la contemplación de su ombligo, o en resucitar cadáveres putrefactos.

Es cierto que en algunos textos puede parecer que se trata de crear una teoría antidesarrollista acabada o definitiva que podría llegar a convertirse con el tiempo en una especie de “obrerismo” antiindustrial, es decir, en una ideología separada.

Pero, en todo caso, esa no es la intención del autor, el cual, incluso en sus momentos más programáticos o deterministas, aclara tajantemente que todo dependerá de la capacidad de los individuos para tomar conciencia y partido por la libertad (“los organismos de la libertad están hechos de hombres libres”). Como él mismo dice también: “El pensamiento antidesarrollista o antiindustrial no representa una nueva moda, una crítica puramente negativa

del pensamiento científico y de las ideologías progresistas, o un vulgar primitivismo que propugna retroceder a un momento cualquiera de la Historia o la Prehistoria. Tampoco es una simple denuncia de la domesticación del proletariado y del despotismo del capital, ni una variante radical del decrecentismo. Menos todavía algo tan mistificador como una teoría unitaria de la sociedad, propiedad de la última de las vanguardias o del último de los movimientos”.

Otro de los aspectos, en nuestra opinión, más dudosos, y el que pisa un terreno más peligroso –lo que se puede ver también como muestra de valentía– es cuando parece desplazar el peso en la construcción de la perspectiva revolucionaria sobre las supuestas fuerzas que operan en lo rural y tacha las que lo hacen en las ciudades de “nihilismo urbano”. Esta separación entre el aspecto positivo (proyecto de sustitución del régimen de dominación capitalista) y el aspecto negativo (destrucción de las ciudades, del mercado y del capitalismo) puede conllevar el germen de una separación entre conscientes e inconscientes o, mejor dicho, entre dirigentes y dirigidos. Aunque, en otros momentos matiza estas observaciones llegando a afirmar que “La democracia directa y el autogobierno han de ser respuestas sociales, la obra de un movimiento nacido de la fractura, de la exacerbación de los antagonismos sociales, no del voluntarismo campañil, y no ha de producirse en la periferia de la sociedad, lejos del mundanal ruido, sino en su centro”. Entonces, el centro serían las luchas por la preservación de

una identidad antimetropolitana, es decir, anticapitalista, se diesen en las periferias urbanas, en lo que queda de campo o en el mismo centro de las ciudades.

En todo caso, los textos no tienen por qué ser asumidos en bloque, más bien tendrían que ser criticados en lo que debería ser la construcción colectiva de la práctica subversiva, donde sería obligación de todos aportar su granito de arena para que ninguna teoría se dé por definitiva, es decir, se vuelva ideológica.

Así que, más allá de los matices e interpretaciones que puedan tener, hay que agradecer a Miguel Amorós todo su trabajo y en especial el giro personal que han tomado sus actos en los últimos años.

Ya que ha preferido a la comodidad de las alturas teóricas, emplear sus fuerzas en una labor de agitación directa, buscando los conflictos vitales para la oposición al régimen de dominación capitalista, acercándose personalmente a ellos para contribuir a clarificarlos y hacerlos visibles, y exponiendo sus ideas y argumentos con una radicalidad honrosa y en un lenguaje perfectamente comprensible.

Sería muy fácil decir que el grado de dominación de este régimen capitalista está llegando a su expresión más totalitaria y que la obligación de quienes pretenden ser revolucionarios debe ser organizarse y enfrentarse a ella como lo que es: una dictadura.

Pero esto que en su simpleza es verdad no nos sirve para articular ninguna respuesta real contra la totalidad del régimen de dominación. Puesto que, si no lo comprendemos en toda su amplitud, si no sabemos cómo actúa, por qué medios y a través de quiénes, no sabremos dónde están las grietas en que introducir nuestras fuerzas, como si de explosivos se tratase, para destruirlo y construir un mundo anárquico y comunista. Si no sabemos dónde estamos y de dónde venimos, difícilmente sabremos hacia dónde vamos ni hacia dónde queremos ir, y “en ausencia de un movimiento revolucionario real, mandan los intereses y la estrategia de la clase dominante”.

Por otra parte, “la lucha por las ideas no es una lucha por la ideología, por una satisfecha buena conciencia. Hay que abandonar el lastre de las consignas revolucionarias que han envejecido y se han vuelto frases hechas”. Ahora bien, este soltar lastre al que se refiere Miguel Amorós no parte de la negación de la historia revolucionaria, más bien al contrario, ya que trata de recuperar la esencia de su práctica subversiva, es decir, la lucha por la emancipación social, la libertad y la felicidad de las personas.

Y esto sólo se puede hacer con los cinco sentidos puestos en el presente, y dispuestos a pensar, a comunicarse, a construir y a ejercitar la violencia siempre que sea necesario.

Porque hay que entender que existe una guerra del régimen contra los oprimidos y que no somos más que

esclavos de una técnica que nos es impuesta a una velocidad estratosférica y cuya finalidad no es la cohesión de la sociedad sino la utilización de los seres humanos como una parte más de la máquina, totalmente rentables, por tanto, para la dominación. El anterior conflicto de clases es superado y deja de tener importancia desde el momento en que las máquinas, el objeto del deseo en la lucha de clases, se convierten en sujeto, adquieren vida propia y crean nuevos intereses disociados totalmente del auténtico motor de la guerra social: la libertad.

Desde luego, la posibilidad de que las luchas en defensa del territorio tomen un cariz revolucionario es hoy en día muy remota. Pero se basa en la evidencia del desplazamiento del conflicto social desde la centralidad de la lucha por el control sobre los centros de producción y las condiciones de vida de la fuerza de trabajo en fábricas y barrios obreros a una diversificación de frentes, que abarcan toda la complejidad del proceso de colonización de todos los aspectos de la vida por el régimen capitalista de dominación y explotación. Cuyas consecuencias se pueden sintetizar en la destrucción aparejada al sometimiento del hábitat y de la propia existencia de los individuos al progreso técnico-militar capitalista. Por tanto, esta posibilidad, no debe ser desechada como fuente de conciencia social antagonista y como laboratorio subversivo en donde desarrollar un planteamiento rupturista por parte de los oprimidos. Teniendo perfectamente claro que contra este sistema

totalitario no valen los intentos de negociación ni la búsqueda de la intermediación del Estado, que en definitiva es el administrador de la situación actual.

Siempre es necesario que en una realidad tan apabullante y donde reina una confusión tan absoluta haya quien se empeñe en esbozar la situación señalando el lugar que ocupamos en ella. El ecologismo, así como últimamente el decrecentismo, como planteamientos que no cuestionan el capitalismo sino que pretenden reformarlo desde el Estado, no son formas de salvar el planeta, las culturas o la calidad de vida, sino tan sólo fórmulas alternativas para “salvar” el actual desarrollo económico. El régimen de dominación capitalista es un sistema de explotación totalitaria y, por lo tanto, la preocupación ambiental que expresa no es otra cosa que la necesidad, por su parte, de racionalizar el desastre que él mismo genera.

El progreso capitalista exige una multiplicación de infraestructuras, la mercantilización del territorio con todo lo que conlleva (fauna, flora, cultura, historia, pueblos, personas) y su sometimiento a la técnica. Este desarrollo, incuestionable desde la lógica totalitaria dominante, es el que trata de atacar desde estos textos Miguel Amorós, proponiendo una lógica antagónica basada en la libertad y en la voluntad de los individuos. Así contribuye a crear un plano donde poder orientar la acción, destripando la complejidad tras la que se esconde la dominación e intentando desenmascarar a sus falsos enemigos, a los

apologetas de la domesticación, a los eco fascistas, a los
ciudadanistas, a los burócratas, a los policías y a todos
aquellos que nos quieren imponer un progreso que nos
conduce a la aniquilación.

Valencia, octubre 2010

MISERIAS SOBRE EL CARRIL

A propósito de la llamada nueva era ferroviaria

El TAV es, a decir de los dirigentes, la solución mágica para una reestructuración post industrial del territorio peninsular, para el paso “de una sociedad de enclaves a una sociedad de lujos”. La instauración de una economía basada más en los servicios que en la industria ha significado cambios en el patrón de desplazamientos de la clase dirigente que tienen consecuencias en el transporte: de ahí las autopistas, los puentes aéreos y finalmente el AVE. Mediante la alta velocidad, dos conurbaciones se acercan para aportarse lo peor de cada una: políticos, congresistas, empresarios y visitantes de museos. Lo de menos es el interés real de sus habitantes, sus necesidades o sus deseos; lo principal es que sus destinos queden unidos indisolublemente al capital internacional.

De ahí que el ente “administrador de infraestructuras ferroviarias” diga que “unimos destinos”. Sin embargo, el TAV es algo más que un medio de circulación de los dirigentes y turistas más cómodo y eficiente que el avión o una manera de convertir la destrucción del territorio en una empresa rentable. La alta velocidad simboliza el talante dominador de la clase dominante en la modernidad tardía, su concepto de la libertad y del futuro, y a contrario, el oscuro destino que está reservado a las masas lentas. Con el TAV la clase en el poder no sólo nos vende una determinada reorganización del espacio y del tiempo conforme a las exigencias de la nueva economía, sino una ideología, una forma sumisa y quimérica de ver las cosas y, sobre todo, una manera *sui generis* de explicarlas. Así pues, el TAV es ni más ni menos que el adalid de una “nueva era ferroviaria” definida en el “Plan Estatal de Infraestructuras y Transportes”. Palabras privilegiadas cuya combinación nos muestra que un nuevo lenguaje en ruptura con el antiguo está cociéndose, nunca mejor dicho, en boca de los ejecutivos financieros y los técnicos expertos. El triunfo de la globalización había de manifestarse también en el idioma, siendo el TAV una palabra estrella del nuevo diccionario. Navegando por el mar bravío de la “neolengua”, como diría Orwell, nos proponemos revelar su esencia y darla a conocer a quienes la vienen sufriendo.

De entrada, no hay que contemplar la abundancia de siglas tipo OGM, AVE, MAT, BCN, PEIT, EXPO, ADIF, etc., que

jalonan nuestra vida como simples tecnicismos, sino como la revelación del dominio absoluto de la tecnología en la configuración de una experiencia vital. Contradiendo al presidente de la mercenaria asociación de vecinos de La Sagrera (BCN), eso no “es el futuro”, es el presente. Cuando la única comunicación factible es la de los dirigentes, no “hemos de estar en la vanguardia”; queramos o no, nos obligan a estarlo. Además ¿en la vanguardia de qué? Ciertamente en la vanguardia de la artificialización y la deshumanización.

Por eso las jerarquías y sus peones hablan un lenguaje donde el significado originario y el actual andan cada uno por su lado. Por ejemplo, si llaman al beneficio económico privado que rige nuestros destinos, “interés general”, no nos extrañará que la Audiencia Nacional desestime la suspensión cautelar de las obras del túnel del AVE junto al templo de la Sagrada Familia apelando a dicho interés. En la misma lógica, “estar en el mapa” o “acercarnos a Europa” son dos formas de decir que hemos de integrarnos en los movimientos financieros especulativos mundiales.

Así pues, la conversión de toda Cataluña en un dormitorio de BCN se vuelve una vertebración de “la nueva Cataluña ciudad” y la concesión de prioridad absoluta al turismo, “recuperar la fachada marítima”. En una fase primeriza de elaboración, el lenguaje de la deshumanización no se caracteriza sólo por la abundancia de neologismos técnicos, o por el divorcio entre la palabra y su significado, sino por la

unificación de contenidos opuestos. El efecto es gratificante pues la contradicción queda superada en los términos, afirmándose la realidad justo en lo que la niega. Una dialéctica al revés. Por ejemplo, un descenso a los abismos de la degradación cultural podía definirse como “el resultado del esfuerzo conjunto por alcanzar nuevas cotas de cultura”, según dice el concejal de urbanismo de Málaga, puesto que la cultura, como ya se encargaron de demostrar diversos macroeventos, no es una señal de identidad ciudadana, sino una imagen comercial explotada por las nuevas oligarquías que dirigen las ciudades. El incremento de la desigualdad se expresa como una “reducción de las disparidades sociales y económicas entre los ciudadanos”.

La palma se la lleva Renfe, que en un folleto publicitario califica al AVE, un artefacto elitista y devastador, de “solidario” y “el más compatible con las exigencias medioambientales”. El Ave, que sólo gasta por viaje la minucia de un consumo equivalente al de una localidad de 25.000 almas de Dios, es todo un prodigio de “ahorro energético”. Si la ecología no quiere ir donde la Alta Velocidad, la Alta Velocidad irá donde la ecología. La inmoralidad vale por la nueva moral: el AVE es “un tren de valores”. La energía de origen no fósil obtenida por procedimientos de enorme impacto social y ambiental, es calificada como “renovable”. En el caso de las MAT que se van a construir en Girona para cubrir las necesidades energéticas del AVE, las abundantes pruebas de tumores

causados por campos electromagnéticos intensos equivalen a una “razonable” ausencia de indicios “que demuestren la existencia de una relación entre los campos generados por las líneas y la salud”. La insalubridad es la mar de saludable, y la insostenibilidad, de sostenible. Y así sucesivamente. Cuando el lenguaje es para el que lo manipula, nunca se podrá reprochar a los responsables del desaguizado el no llamar a las cosas por su nombre, cualquiera que éste sea. La neolengua refleja exactamente la naturaleza artificial de la vida y la mentira sobre la que se asienta, y por consiguiente, la artificiosidad de las relaciones sociales globalizadas, donde la circulación acelerada, bien sea de mercancías o de falsedades, es lo esencial. La neolengua sirve para privar a los dirigidos de cualquier elemento objetivo de juicio, y a los dirigentes, para disimular su completa arbitrariedad. La tecnopolítica, basada exclusivamente en la capacidad de generar beneficios a costa del territorio, no permite la menor objetividad. Pero aunque la inexistencia de relaciones sociales directas ya garantiza la imposibilidad de una comunicación efectiva, y por lo tanto, de una opinión pública verdadera y de un verdadero debate público, ocurre que a veces las maniobras semánticas no bastan; ante una población que va a sufrir interminables molestias y perjuicios, hacen falta detalles materiales, o sea presupuesto.

Promesas de equipamientos, de rehabilitación de viviendas, de ayudas, etc., bien difundidas por los medios. Se

necesita un tipo de engaño muy elaborado, o sea, un marketing. Un responsable de la ampliación del metro de Amsterdam apunta que “hay que gastar más dinero en comunicación que en ingenieros”, puesto que la moto hay que venderla: “al final no están contentos, pero lo comprenden, que ya es mucho”. En BCN falló la batalla mediática y por eso hubo que echar mano de los billetes gratuitos, operación que costó 20 millones de euros sin que la “credibilidad” de las instituciones remontase.

Gracias a la corrupción o pasividad culpable de las asociaciones de vecinos y a la recuperación de la protesta por el pseudo independentismo, el equipo socialista pudo salvar los muebles. La oposición nacionalista, responsable inicial de las obras, escogió el desastre de cercanías y la inquietud ante el túnel para reivindicar la gestión de todos los impuestos y el traspaso de la red de ferrocarriles. Los intereses reales de la población lesionados por el AVE fueron puenteados a favor de una mundialización regionalista presentada como “soberanismo”. Al final, el invocado “derecho a decidir” de los afectados, por supuesto, a decidir el tipo de oligarquía que administrará su inexistencia real, se quedó mayoritariamente en la abstención, dando un respiro al gobierno.

No obstante, la lección ha sido aprendida. Las siguientes obras, el túnel junto al templo, la estación de La Sagrera y la de Girona, requerirán tanto cuidadosas campañas de promoción como el desarme político nacionalista. Por un

lado, el del ayuntamiento, van a crearse comisiones de “sabios” integradas “por expertos de distintos países” y “oficinas de atención al ciudadano”; por el otro, el de la Generalitat (GENCAT), van a exigirse al Estado transferencias fiscales y ferroviarias en concepto de “desarrollo de l'Estatut”.

Podría decirse que la historia de la ciudad burguesa es la historia del ferrocarril. Si en un principio la circulación de la fuerza de trabajo dirigida era preponderante, ahora lo es la circulación de la fuerza de trabajo dirigente. En la época ferroviaria clásica, el tren fue el vehículo privilegiado de los emigrantes de las zonas rurales en la marcha hacia las zonas industriales. El paso de una economía industrial a una de servicios incrementa la movilidad de los asalariados, conduciendo a la expansión de las áreas metropolitanas.

En un momento dado, el tren cede protagonismo al coche. Los centros de las conurbaciones se convierten en receptáculos de ejecutivos. Es la hora del TAV, el aspirante a medio de locomoción de las élites. Los emigrantes de países empobrecidos no llegan en el AVE; llegan como pueden, y, como siempre, se instalan donde les dejan, por ejemplo, en habitaciones realquiladas. El TAV tampoco es una salida al incremento continuo de la movilidad de la población, sino que es, por encima de todo, una solución pública a los problemas de movilidad privada de los dirigentes. Por eso sus administradores resaltan por encima del precio del billete, el menor tiempo de espera, la puntualidad y la

cercanía al centro, exigencias típicas de los hombres de negocios. Y también por eso mismo señalan regularmente y con alarde publicitario la “cuota de mercado” sustraída a las aerolíneas.

La historia del tren también es la historia de la destrucción del territorio por la economía, un salto cualitativo en la expansión disolvente de la metrópolis prolongada por las autopistas.

Frente a la conurbación que transita hacia un sistema regional urbano el asfalto no basta pues las autovías se saturan con frecuencia: el AVE regional o “lanzadera” se hace necesario, compitiendo con los autocares de línea y el vehículo privado. A la larga y a pesar de los fracasos (por ejemplo, la lentitud de las obras en torno a las estaciones, la crisis inmobiliaria o la escasa deslocalización actual de los ejecutivos), el TAV transformará las capitales provincianas en satélites de las metrópolis, ciudades dormitorio de profesionales y cuadros de nivel medio, cuya diáspora es heredera del movimiento de las clases medias en busca de “entornos más baratos, más prácticos y más relajados”. Por eso pretende ser el tren de los “commuters”, el escalón inferior de la clase dirigente. De ahí su efecto especulativo en el precio del suelo cercano a las estaciones y, como corolario, la parálisis del proceso urbanizador. La urbanización consumidora de territorio depende de la formación de esa base ampliada de la jerarquía social, pero ésta a su vez depende de los avances en la terciarización

económica, que a su vez depende del aumento de la población, fenómeno en parada temporal obligatoria por causas diversas, ante las que los trenes lanzadera son impotentes, vayan o no vayan en la dirección correcta.

Finalmente, el TAV establece un hito en la historia del turismo, lo cual tiene su importancia, dado que al menos desde los Juegos Olímpicos del 92 las administraciones locales ibéricas otorgaron total preferencia al ocio y al consumo. El AVE aspira a ser también el tren de los turistas. Turistas de congresos, de negocios, de fin de semana, gays, gastrónomos, enoturistas y sobre todo turistas culturófagos. Tras la desaparición de las fábricas, las metrópolis se orientaron hacia el turismo. Los edificios históricos, la arquitectura moderna, los museos, el pasado, es decir, la cultura petrificada, se convirtió en un “factor de internacionalización”, un elemento estratégico de la economía local, una forma de capital, una mercancía. La imagen cultural se ha vuelto entonces una herramienta de comercialización ciudadana de primera magnitud, proporcionando la nueva seña de identidad buscada, entendida como marca o logotipo. Asociada al diseño, está desempeñando un papel decisivo en la remodelación urbanística de las nuevas metrópolis empresa, donde los espacios públicos y los barrios históricos son transformados en áreas para el consumo, implicando obras incesantes, suciedad, barreras, acoso inmobiliario y un suplemento de polución. En BCN un gueto como era El Raval, con el 48 % de

inmigrantes, es ahora su quinto eje comercial (con 25 millones de visitas al año). En ese nuevo contexto, el derecho de los habitantes ha quedado superado por el derecho de los visitantes: en una metrópolis empresa el consumir prevalece sobre el habitar. Eso tiene consecuencias sociales: los trabajos basura, la expulsión disimulada de la población sin recursos, el control policial generalizado y la eliminación de los mecanismos de protesta o participación. Especialmente en el tema del AVE, la información, las consultas y el debate han brillado por su ausencia. Asimismo las peticiones han sido siempre desatendidas y los recursos, automáticamente rechazados.

Todo transcurre como si no hubiera más remedio que aguantarse, puesto que “no se puede ir contra el tren que lleva los viajeros al futuro”. Es más, la oposición está siendo criminalizada al relacionarla los medios con ETA, señal inequívoca de intenciones represoras. En un espacio exclusivo para consumidores la única libertad que subsiste es la libertad de consumo. Los habitantes no tienen el más mínimo poder de decisión, ni siquiera a nivel de apariencias, porque las megaciudades empresa no pertenecen a quienes viven en ellas sino a sus gestores público privados. En ellas, los habitantes no tienen garantizada mejor vida ni mejor futuro que los que se conceden a los consumidores.

El turismo no es un fenómeno trivial; él y la construcción son los motores de la nueva economía. Inicialmente producto del avión, ahora lo va a ser de la última oleada

tecnológica, o sea, del TAV. La alta velocidad, vinculándose a una clase media internacional opulenta, viene para desarrollar el turismo cultural de masas, o sea, para favorecer la invasión de los nuevos bárbaros del ocio industrializado. El turismo no es una simple actividad económica, es el indicador de la transformación del territorio y sus ciudades en empresas que se ofrecen a sí mismas al consumo.

Los turistas son la masa de maniobra con que cuentan los dirigentes empresarios para esa transformación, aboliendo todo lo que queda al margen, bien sean las actividades agrícolas, los vestigios de la verdadera cultura o los restos de independencia de sus moradores. Con la mercantilización total del espacio urbano y del territorio, el número de pernoctaciones, es decir, el dinero que dejan los turistas, es quien de verdad determina toda la organización social ciudadana y la normativa territorial común. La ciudad y el territorio, como mercancías sin control, se oponen a sus habitantes. Entonces, si se opta por el turismo, se optará por el desmadre mercantilizador: por los exabruptos arquitectónicos de los dirigentes, por los pseudo monumentos, por la destrucción de las costas, por la urbanización ilimitada, por la especulación... Y por el tren de los turistas, por el TAV, a quien siguen en paralelo las MAT, los gaseoductos y los trasvases.

En conclusión, se optará por el modelo empresarial destructor de ciudad y fagocitador de territorio. La lucha

contra tal modelo es una lucha contra la motorización, la desruralización, el consumo, los negocios, la especulación inmobiliaria y el turismo. Es una lucha contra el virus económico que contamina cualquier actividad. Si hemos de reconstruir las ciudades de acuerdo con dimensiones humanas, hemos de suprimir todo lo que acarrea deshumanización.

Si hemos de liberar el territorio para tener una existencia libre, hemos de recobrarlo y desmercantilizarlo. Si hemos de vivir una vida digna, gozosa, sin trabas ni cadenas, hemos de curarnos de la economía. Eso no solamente va contra el TAV o las infraestructuras afines, pero las victorias en ese campo serán muy útiles.

Charla en la Kresala elkartea,

Donosti, 31-V-2008.

EL TERRITORIO PRELITORAL MEDITERRÁNEO COMO TARJETA POSTAL

La ordenación del territorio peninsular según el interés del capital ha roto el equilibrio entre territorio interior y periferia costera, quedando la población concentrada en el litoral, la capital del país y las capitales regionales, mientras el resto del territorio continúa con su despoblamiento. El 60% de la población habita en municipios costeros pero de cumplirse los planes aprobados en los consistorios afectados subirán diez puntos en los próximos diez años. Desde 1900 a 2001 han desaparecido 1200 municipios que albergaron en su día cerca de dos millones de habitantes. La población se incrementó en 22 millones durante el mismo periodo, de los cuales el 40% vive en siete conurbaciones que no representan más que el 1% del territorio. El paso de una economía productora de bienes a otra de servicios ocurrido durante la globalización no hace sino acelerar el proceso:

merced a una urbanización desbocada la costa queda completamente destruida, mientras que el interior cercano muda en una reserva de suelo donde continuar la actividad inmobiliaria.

Dada la escasa presencia de las ciudades mediterráneas en las finanzas internacionales, el declive de la industria y el ocaso de la agricultura, la construcción aparece como el único motor de la economía, y el urbanismo salvaje, como la única herramienta para acumular rápidamente capital. Los permisos de construcción son la principal fuente de financiación de los ayuntamientos y más del 70% de la recaudación tributaria de los gobiernos regionales tienen que ver con la compraventa de vivienda nueva o de segunda mano (transmisiones patrimoniales, actos jurídicos documentales, etc.).

La economía terciaria es despilfarradora de espacio; acarrea una explotación extensiva del territorio, el cual queda sometido a fuertes presiones especulativas, fruto de los incesantes movimientos al alza del mercado del suelo y de la vivienda, estimulado en primer lugar por la demanda local de segundas residencias. Todo ello favorecido por leyes permisivas, complicidad política y corrupción administrativa. Fin de la distinción entre campo y ciudad. El espacio del capital deja de ser exclusivamente el territorio urbano, o lo que viene a ser lo mismo, todo territorio exterior a las metrópolis es potencialmente metropolitano. La estructura territorial de pueblos y ciudades de dimensión mediana

rodeados por huertas y comunicados en red, queda radicalmente cambiada.

La mejora de los accesos viarios desde la misma orilla del mar y la conversión por la retaguardia de la N-340 en autovía, al favorecer el transporte, facilita el trueque de la actividad productiva en comercial y logística –es decir, la terciarización–, de forma que el territorio prelitoral se vuelve satélite de la alargadísima conurbación costera, ya “vertebrada” por la autopista A7.

Una vez saturado el litoral, la presión de los promotores se traslada a la segunda y tercera línea de la costa, al otro lado de la autopista. A fin de aumentarla, la Generalitat valenciana impulsa en la provincia de Alicante la construcción de nueve autovías “de alta capacidad”, una “malla” de 180 Km. que conecta con eficacia el interior con la conurbación costera. Los pueblos y ciudades hasta cincuenta o sesenta kilómetros tierra adentro entran en el mercado inmobiliario con fuerza, y el suelo, transformado en paisaje, ofrece posibilidades de grandes plusvalías gracias a una recalificación que permita la construcción de segundas residencias e instalaciones turísticas. O aunque no lo permita; el trabajo sucio que prepara el terreno es llevado a cabo por pequeñas constructoras e inmobiliarias locales, que edifican en suelo no urbanizable, en parcelas agrarias o en espacios protegidos. La inmensa demanda de agua, siempre escasa en la zona, de las urbanizaciones y los campos de golf obliga a la construcción de embalses y

trasvases aberrantes, que con la consiguiente desecación de los acuíferos, los humedales y las fuentes, elimina los ríos. La demanda de energía hace que en las lomas peladas las eólicas sustituyan a las carrascas y que las líneas de alta tensión surquen el terreno y amenacen la salud de sus habitantes, como los desperdicios que se acumulan y contaminan las capas freáticas de los suelos. Se generan siete kilos diarios de residuos por habitante. Los bosques padecen sobredosis de incendios, mientras que los caminos son borrados por las carreteras que de paso subrayan a picotazos el paisaje calizo de las montañas, mordidas por las canteras.

En el mar y en la montaña se oye el mismo discurso de la mercancía. La identidad territorial, aquello que volvía únicos los lugares, ya no existe. Por todas partes donde han construido los vándalos el espacio se ha banalizado, se ha vuelto vulgar e igual a cualquier otro, ha sido proletarizado. Sin embargo, la singularidad local no dependía tanto del espacio como de sus gentes, de su modo de vivir, de sus costumbres, de sus tradiciones. Por eso la conservación del lugar como paisaje termina en cierto modo de clavar el puñal a lo propio, pues nada distingue ya a un aldeano de un urbanita, ni a uno de ellos de su vecino de al lado; hablan la misma lengua con el mismo acento, conducen los mismos coches hacia lugares idénticos, comen la misma comida industrial, ven los mismos programas de televisión, y en definitiva, tienen la misma mentalidad e igual idea

mercantilizada del tiempo y de la existencia. De hecho, gracias a la motorización generalizada nadie es cien por cien de ninguna parte; los habitantes de los pueblos suelen trabajar en las ciudades y viceversa, de forma que el asfalto que los comunica deviene un hábitat común, pues todos pasan en él una parte significativa de su tiempo. Finalmente, los movimientos migratorios completan el panorama del desarraigo.

Cada vez son más los residentes de origen europeo de mediana edad que se instalan para gozar de un clima benigno, y, en el otro extremo, cada vez abundan más los trabajadores foráneos que expulsados de sus países por la miseria, buscan su subsistencia lejos.

El mercado del suelo es un mercado global, que escapa al control no ya de los propietarios, sino al de los especuladores locales. Las decisiones que determinan los cambios que experimenta el territorio no dependen de sus habitantes, sino del humor de ejecutivos que probablemente nunca lo han hollado y que no tienen en cuenta más que la rentabilidad de las cédulas hipotecarias o las variaciones del euríbor.

El territorio ha de poseer una nueva identidad de mercado con la que competir con otros. Por desgracia, los dirigentes de los pueblos y ciudades pequeñas, aunque no sean corruptos, hacen la cama a las inmobiliarias al esforzarse en promocionar una imagen de marca que atraiga a los

visitantes, y, por supuesto, que acerque a los inversores, con lo que el proceso de destrucción prosigue inexorablemente.

La manzana de la salvación que las finanzas exteriores ofrecen a las poblaciones después de haberlas arruinado, es un fruto ponzoñoso, pero los pueblos medio muertos y las ciudades en quiebra no tienen otra opción: o ponen su territorio a rendir, o languidecen en la decadencia. Es el momento en el que intervienen las clases medias que han surgido durante el tránsito a la economía de servicios, gracias a plataformas cívicas que reivindican una “nueva cultura del territorio”. Dicha cultura consiste en la reinversión de una parte de los beneficios de la destrucción en el propio territorio, con vistas a seguir rentabilizándolo.

La acumulación de capital se prolonga en la reconstrucción territorial de acuerdo con tópicos ecologistas salpicados de folklore local.

No se preserva así la identidad para sus habitantes sino la imagen para los negocios. No se impide la catástrofe ambiental y social, sino que se cogestiona con el objetivo de no perjudicar los nuevos intereses locales económicos y políticos. Los numerosos “Salvem” no salvan entonces al territorio del mercado, lo salvan para el mercado.

La resistencia a la destrucción y a la reconstrucción folklórico–mercantil del territorio ha de basarse en estrategias que paralicen el mercado del suelo desde un

modo de vida no consumista ni motorizado. Una forma de vivir autónoma necesita ser autosuficiente al menos en cuanto a las necesidades elementales, pero sobre todo ha de ser comunitaria. Implica por un lado la relocalización de las actividades tradicionales abandonadas, como la agricultura biológica, los talleres artesanos y la pequeña industria cooperativa.

Por otro lado, la propiedad comunal y el derecho consuetudinario. O sea, por un lado, el autoabastecimiento, el trueque y, en definitiva, la recolocación del territorio fuera de la geografía del capital. Por el otro, la creación de lugares de encuentro y discusión, la revitalización de la cultura y la vida pública. La forma espacial de la libertad es la autogestión territorial mediante asambleas comunales. La asamblea municipal, elemento fundamental de la democracia directa, ha de detentar el poder por encima de cualquier otro órgano.

Son las únicas instituciones donde un interés general puede formularse en una sociedad descentralizada. Cuidado con las coordinadoras, los consejos económicos o los comités de ciudadanos, porque en la medida que escapan al control asambleario introducen al Estado o al Mercado por la puerta falsa.

Pero también la asamblea en sí puede llevar al mismo resultado; si la conciencia social es baja y el amor a la libertad nulo. Solamente las asambleas pueden constituir los

municipios como comunidad de intereses y a través de ellas gestionar libremente el territorio, pero todo dependerá del apasionamiento de los individuos que las compongan. Los organismos de la libertad están hechos de hombres libres.

Charla en el centro social de l'Estació,
Albaida (Valencia), 14 de octubre de 2006.

CUANDO EL CAPITALISMO SE VUELVE ECOLOGISTA

Desde que el capitalismo se aposentó en el planeta no ha hecho otra cosa que destruir el medio natural para forjar uno propio donde crecer obligando a los individuos a adaptarse. La ciencia y las técnicas adquirieron un impulso decisivo y un amplio desarrollo merced a las resistencias a tal adaptación, al punto que el capitalismo no solamente ha sabido superar todos los obstáculos, sino que los ha ido convirtiendo sistemáticamente en una oportunidad de expansión. El crecimiento, tan inherente a su naturaleza, no se detendrá mientras la humanidad explotable exista, y ese es precisamente el nuevo desafío que el capitalismo tiene ante sí. El crecimiento genera trastornos económicos y sociales semejantes a los de las guerras.

El sistema productivo es a medida que crece más y más destructivo. La colonización mercantil del territorio y de la

vida, del espacio y del tiempo, no puede detenerse sin cuestionar sus fundamentos, ni progresar sin poner en peligro la misma especie.

En consecuencia, la crisis ecológica conduce a la crisis social.

El capitalismo ha de seguir creciendo para que eso no ocurra, pero sin que los afectados tomen conciencia de las graves amenazas que acompañan al crecimiento. Para ello ha de improvisar medidas económicas, tecnológicas y políticas que a la vez que disimulen sus desaguisados, permitan convivir con ellos y sacarles partido. La producción y el consumo están, como dirían los expertos, ante “un cambio de paradigma”. Los hábitos de consumo, junto con las actividades empresariales y políticas, han de ejercerse de otra manera, obviamente no para salvar la naturaleza, ni siquiera para preservar la especie, sino para salvar al propio capitalismo. Por eso a los políticos el corazón se les hace verde. Por eso el capitalismo se vuelve ecologista. Desde ese nuevo punto de vista, la ecología no es incompatible con la acumulación de capital, sino que es su condición obligada. Como decía con más suavidad un ministro de Hacienda británico: “podemos ser verdes y crecer al mismo tiempo. En realidad, si no somos verdes acabaremos minando el crecimiento” (Informe Stern, 2006).

El despertar de la conciencia ecológica fue temprano. Ya en 1955 Murray Bookchin había advertido sobre el peligro

para la salud de los aditivos alimentarios, y en 1962 él mismo y la doctora Rachel Carson denunciaron el efecto nocivo de los pesticidas.

La abundancia prometida por el capitalismo resultaba una abundancia envenenada. “La crisis está siendo avivada por aumentos masivos de la contaminación del aire y del agua; por una acumulación creciente de desperdicios no degradables, de plomo residual, de restos de pesticidas y aditivos tóxicos en la comida; por la expansión de las ciudades en vastos cinturones urbanos; por el incremento del stress debido a la congestión, al ruido y a la vida masificada; y por las injustificables cicatrices de la tierra como resultado de explotaciones mineras y madereras y por la especulación sobre el patrimonio. Como resultado la tierra ha sido expoliada en pocas décadas a una escala sin precedentes en la ocupación humana del planeta. Socialmente, la explotación y manipulación burguesas han llevado la vida cotidiana al nivel más extremo de vacuidad y aburrimiento. En tanto que sociedad, ha sido convertida en una fábrica y un mercado, cuya razón fundamental de existencia es la producción en su propio beneficio y el consumo en su propio beneficio” (Anarquismo en la sociedad de consumo, 1967). La desruralización, la industria alimentaria, la quimicalización de la vida y la lepra urbanística impusieron un modelo de vida consumista y embrutecedor, egoísta y neurótico, inmerso en un ambiente artificial y atomizante. Como conclusión de una época de

revueltas –el gueto negro americano, el movimiento pacifista británico, los provos holandeses, la juventud alemana, mayo del 68, etc. – Guy Debord apuntaba:

“La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política. El desarrollo universal de la mercancía se ha verificado enteramente en tanto que realización de la economía política, es decir, en tanto que 'renuncia a la vida'. En el momento en que todo entró en la esfera de los bienes económicos, incluso el agua de los manantiales y el aire de las ciudades, todo devino mal económico. La simple sensación inmediata de los efectos nocivos y de los peligros, a cada trimestre más opresivos, que primero y principalmente agreden a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan materialista como lo fue la lucha de los obreros del siglo XIX por la comida. Ya los remedios para el conjunto de enfermedades que crea la producción en este estadio de la producción mercantil son demasiado caros para ella.

Las relaciones de producción y las fuerzas productivas han alcanzado al fin un punto de incompatibilidad radical, pues el sistema social existente ligó su suerte a la consecución literalmente insoportable de todas las condiciones de vida”. (Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo, 1972).

Aunque el planteamiento de la lucha de clases era puesto en términos históricos exactos, la capacidad del capitalismo por sobrevivir a sus catástrofes era infravalorada tanto como sobrevalorada la capacidad de la conciencia histórica para convertirse en fuerza subversiva. Así, mientras los trabajos de Mumford, Charbonneau, Russell, Ellul o Bookchin pasaron casi desapercibidos, y la conciencia ecológica quedaba atrapada en el misticismo o el posibilismo, lejos de un proletariado indiferente, el capitalismo superó sus contradicciones cuantitativamente, con un salto hacia adelante, desarrollando una industria nuclear, incrementando la producción de automóviles, creando una nueva generación más peligrosa de pesticidas, inundando el mercado de productos químicos letales y lanzando a la atmósfera miles de toneladas de contaminantes gaseosos. Cuando en la década siguiente tales soluciones condujeron a catástrofes como las de Chernobil, Seveso, Bophal, la del Síndrome Tóxico producido por organofosforados y atribuido al aceite de colza, el agujero en la capa de ozono o el aumento del efecto invernadero, por no hablar de la destrucción de gran parte del territorio debida a la urbanización y el turismo, apenas hubo oposición y el movimiento ecologista que surgía de ella se convertía en el cómplice del capitalismo y el renovador de su política. Los dirigentes de la economía y del Estado, al contemplar las consecuencias catastróficas de su gestión, lejos de amilanarse se erigieron en campeones de la lucha contra el desastre, con la ayuda de expertos y ecologistas,

proclamaron un estado de excepción ecológico, es decir, una economía de guerra que movilizaba todos los recursos, naturales y artificiales, para ponerlos al servicio del desarrollismo global, incorporando el coste ambiental, o sea, el precio de la reconstrucción paisajística y los gastos necesarios para fijar un nivel de degradación soportable. La *Encyclopédie des Nuisances* (Enciclopedia de las nocividades) fundó su causa en la denuncia de esa operación de maquillaje como coartada ecológica de la dominación:

“El ecologismo es el principal agente de la censura de la crítica social latente en la lucha contra los fenómenos nocivos, es decir, esa ilusión según la cual se podrían condenar los resultados del trabajo alienado sin atacar el propio trabajo y a la sociedad fundada en su explotación. Ahora que todos los hombres de Estado se vuelven ecologistas, los ecologistas no dudan en declararse partidarios del Estado... Los ecologistas son en el terreno de la lucha contra los fenómenos nocivos, lo que son en el terreno de las luchas obreras los sindicalistas: meros intermediarios interesados en la conservación de las contradicciones cuya regulación ellos mismos aseguran... meros defensores de lo cuantitativo cuando el cálculo económico se extiende a nuevos dominios (el aire, el agua, los embriones humanos, la sociabilidad sintética, etc.); en definitiva, son los nuevos comisionistas de la sumisión a la economía, el precio de la cual ha de integrar ahora el costo de “un entorno de cualidad”.

Ya podemos vislumbrar una redistribución del territorio entre zonas sacrificadas y zonas protegidas, coadministrada por expertos “verdes”, una división espacial que regulará el acceso jerarquizado a la mercancía–naturaleza”. (Mensaje dirigido a aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla, 1990).

La optimización mundial de recursos se materializó en cosas como la agricultura transgénica, el mal de las vacas locas o la gripe aviar; de hecho el estado de excepción ecológico denunciado por la EdN convirtió el planeta en un inmenso laboratorio de experimentación tecnocientífica, y a toda su población en cobayas. La catástrofe perdió su carácter nacional y con la globalización se salió del ámbito estatal. La crisis ecológica no podía circunscribirse a determinadas zonas súper industrializadas y requería medidas globales. Así nacieron las cumbres medioambientales que entre 1988 y 1997 fijaron las pautas del desarrollo capitalista para los años venideros: Toronto, Río de Janeiro, Copenhague y Kyoto. En ellas se lanzaron fórmulas creativas para salvar el desarrollo y combatir el cambio climático sin modificar el sistema dominante: agendas 21, desarrollo sostenible, desarrollo social, desarrollo local... Puras contradicciones terminológicas, puesto que el desarrollo nunca es local, social o sostenible, ya que el capitalismo nunca funciona en interés de la localidad, de los oprimidos o de la naturaleza. Pero lo que tienen claro los dirigentes de la economía mundial es que

ningún eufemismo desarrollista, aun sosteniéndose en tecnologías modernas, puede funcionar sin las medidas políticas y sociales capaces de reeducar a la población en los nuevos hábitos consumistas que las hagan rentables, pues es la adopción masiva de dichas tecnologías lo que abarata su aplicación y estimula las iniciativas empresariales en esa dirección. La lucha contra el cambio climático puede verse favorecida objetivamente por el encarecimiento imparable del petróleo y demás combustibles fósiles, pero corresponde a los “poderes públicos”, es decir, a los políticos, al menos en una primera fase, promover el negocio medioambiental obligando a la población a usar tecnologías “bajas en carbono” y a consumir productos y servicios catalogados como “respetuosos con el medio ambiente”, o imponiendo una “nueva fiscalidad” que reconcilie la “cultura empresarial” con la naturaleza y que penalice las viejas costumbres contaminantes y el despilfarro energético, normales hasta ayer, pero hoy punibles por el bien de la economía. Y de esta manera, el Estado, los partidos, las instancias internacionales, y en menor medida los “foros sociales”, las ONGs y los “observatorios” de sostenibilidad, ejercen el papel de mecanismos reguladores que habían perdido en los inicios de la globalización.

Auxiliares de la transición mundial hacia una economía también “baja en carbono”. De golpe, el control de la producción de cemento, de fertilizantes o de fibras sintéticas, el reciclaje de residuos, la reforestación, la

construcción de nuevas centrales nucleares, de desaladoras o de campos de golf, la inversión en energías renovables o el cultivo de agro combustibles, se convierten en decisiones políticas, y por la vía política, en cuestión de Estado. Al mismo tiempo, todos los dirigentes económicos y políticos descubren que son ecologistas. El aislamiento térmico, la iluminación de bajo consumo, las nuevas directrices para la edificación o la fabricación de motores para vehículos, y, en general, la reestructuración de todo tipo de actividades, exigen una potente financiación a la que no acompaña una rentabilidad suficiente y que, por lo tanto, el mercado no puede asumir. Toca al Estado y a la burocracia política arrimar el hombro.

Las preocupaciones ecológicas de los dirigentes obedecen a la mercantilización total del planeta provocada por la necesidad constante de crecimiento del capital. Las destrucciones provocadas por el desarrollo de la producción son de tal magnitud que exigen una gestión controlada no sólo de los medios de producción y de las fuerzas productivas, sino del territorio, de su cultura y su historia, de la flora y la fauna, del agua y del aire, de la luz y del calor, ahora convertidos en “recursos”, es decir, materias primas de actividades terciarias y fuerzas productivas de nuevo tipo. La revitalización institucional que el cambio productivo y la “seguridad energética” demandan ha puesto de nuevo en circulación al partido del Estado, o sea, a la burocracia político administrativa, y no hablamos sólo del

conglomerado de socialdemócratas, neoestalinistas, verdes y ciudadanistas. Un reformismo aparente se erige como doctrina de moda –como ideología– que hasta los conservadores y derechistas aceptan, pues todo el mundo comprende que hay que contener a los refractarios, alejar el horizonte de la catástrofe y ganar tiempo para la economía. Frente a un capitalismo contrario a trabar el desarrollo mediante el control de emisiones, un capitalismo sospechosamente altruista presenta el rostro humano de la destrucción hablando de sostenibilidad y de educación ciudadana, de consumo responsable y de eficiencia energética, de paneles en las azoteas y de ecotasas, sin que se detenga un ápice el trazado de autopistas, las líneas del TAV o la depredación urbanizadora.

Desarrollismo tradicional contra desarrollismo ambientalista. Evidentemente, los costos de la dominación se han disparado con la polución, el calentamiento global y el cénit de la producción de petróleo, situación que el mercado no puede resolver como en ocasiones anteriores. Tampoco el despegue del sector económico medioambiental es suficiente. La pervivencia del capitalismo necesita una movilización general a escala local, nacional e internacional, de todos los dirigentes en Pro de la explotación Laboral y social reconvertida, en Pro del modo de vida sometido a los imperativos del consumo renovado; el Estado, en tanto que mecanismo de coerción, resulta de nuevo rentable. Esa es la carta del eco capitalismo y de sus

servidores de izquierdas o de derechas. No es descartable que el proceso de reconversión pueda encontrar serias resistencias en la población que lo sufre, por lo que han de desarrollarse formas de control social adecuadas, empezando por las escuelas, los medios de comunicación, la asistencia social, etc., hasta llegar a la policía y el ejército.

El capitalismo y la burocracia no tienen ideales que realizar sino un orden que defender, a escala local y mundial. Para ellos los problemas en política exterior y los conflictos sociales son directamente problemas de seguridad, que en último extremo se resuelven manu militari. El eco fascismo será la forma política más probable del nuevo reino ecológico de la mercancía.

En ausencia de luchas serias, o lo que es lo mismo, en ausencia de la conciencia histórica, aparecen al lado de pseudo reformistas que nos venden su “pragmatismo” y sus “pequeñas conquistas” en favor de la política institucional y del modelo capitalista, verdaderos utopistas que nos hablan de “convivialidad”, pues para ellos el remedio a tanto mal no ha de venir de una lucha de liberación sino de la aplicación pacífica de una fórmula milagrosa, en este caso la del “decrecimiento”. Las medidas a realizar no van a resultar de un conflicto nacido del antagonismo de un sector de la población con el conjunto de la sociedad industrial y consumista, sino de una serie de iniciativas particulares convivenciales, de buen rollo, a ser posible incentivadas institucionalmente y defendidas por partidos, “redes” u

ONGs, que tengan la virtud de convencer de las ventajas de salirse de la economía. Los partidarios del “decrecimiento” desconfían de las vías revolucionarias: sobre todo, que no pase nada.

Y nada puede pasar puesto que el capitalismo tolera un cierto grado de autoexclusión en la sociedad que coloniza, pues de hecho buena parte de la población mundial está excluida del mercado y vive al margen de las leyes económicas. Incluso puede sacar beneficios de la autoexclusión a través de programas de ayuda, turismo alternativo y subvenciones.

Es lo que los expertos llaman economía del “tercer sector”, ya estudiada por el principal responsable de la política pública americana durante la presidencia de Clinton, Jeremy Rifkin.

En su obra de 1994 “El fin del trabajo”, da por sabido que la globalización y la desregulación del mercado laboral obligarán a una organización de los electores que podría restablecer el sentimiento ciudadano, la política burguesa clásica y el Estado interventor: “Conseguir una transición con éxito hacia la era posmercado, dependerá en gran medida de un electorado estimulado, que trabaje a través de coaliciones y movimientos, para lograr transferir tantas ganancias de la productividad como sean posibles del sector del mercado al tercer sector (...) Mediante la creación de una nueva unión entre el gobierno y el tercer sector, cuya

finalidad sea la de reconstruir la economía social, se podrá ayudar a restaurar el sentimiento cívico en cualquier sociedad”.

Sin embargo, desde el punto de vista de la emancipación social, no se trata de modificar gradualmente los márgenes del sistema capitalista, sino de fundar una sociedad nueva. Transformar el mundo, no refugiarse en islotes.

Para ello hacen falta fuerzas sociales empeñadas en dicha transformación, que no pueden nacer sino contra aquello que han de abolir. Por consiguiente, el conflicto ha de surgir con fuerza y desplegarse, de modo que parta la sociedad en dos bandos irreconciliables.

Un bando querrá abolir las relaciones de producción y consumo, acabar con la explotación del trabajo y liberar la vida cotidiana, salvar el territorio y volver al equilibrio con la naturaleza. El otro, querrá a toda costa defender el *statu quo* industrial y desarrollista.

Ningún programa convivial podrá solucionar los problemas acarreados por el capitalismo, porque al apostar por la pacificación impide que la crisis ecológica devenga crisis social, cuando hay que hacer precisamente lo contrario, o sea, tensar al límite la cuerda de la opresión que mantiene unidos los diversos sectores sociales para provocar una fractura social irreparable.

Cuando las víctimas del capitalismo decidan adaptar la vida a condiciones humanas controladas por todos y pongan en pie sus contra-instituciones, entonces será el momento de los programas transformadores y de las verdaderas experiencias autónomas que restituirán los equilibrios ecológicos y reconstruirán las comunidades sobre bases libres.

Una sociedad libertaria solamente podrá realizarse mediante una revolución libertaria.

Charlas en La Mistelera (Denia)
y en Casa els Fiares (Alcoy) el 28 y 29 de diciembre de 2007.

Publicado en “El Rapto”, nº 3, diciembre de 2008
y en el folleto “La Ideología” de la distri Desorden, Valencia.

LEER A SIMONE WEIL

“En todas las páginas leídas
En todas las páginas blancas
Piedra sangre papel o ceniza
Escribo tu nombre”

Paul Elouard, *Libertad*, en “Poesía y Verdad”, 1942

Encontrarse con un escrito de Simone Weil equivale siempre a un descubrimiento. De inmediato nos damos cuenta de tener delante una figura independiente, sincera, heterodoxa, comprometida con la verdad por encima de todo, que nos excita la curiosidad por el personaje y su trayectoria intelectual.

La sensación de autenticidad y fuerza se acentúa no solamente con la lectura de otros textos suyos sino a medida que nos informamos sobre su corta e intensa vida, su

compromiso con los oprimidos, su intransigencia moral, su repugnancia ante el desprecio de la vida humana, el olvido de sí misma, etc. Las “Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social”, publicadas en 1934, es sin duda la obra que más impresiona, por la novedad y profundidad de sus análisis, por la distancia con cualquier ideología redentora, por su realismo a contracorriente... Se trata de un auténtico manifiesto, donde no sobra ni falta una palabra, y donde se va derecho a la raíz del problema, la eliminación del hombre como medida de las cosas, es decir, el problema de la opresión. Su actualidad es tan evidente que parece acabado de escribir.

En oposición a Marx y a todas las corrientes que creen en “el progreso”, Simone apunta contra el desarrollo de las fuerzas productivas y la organización fabril. La organización de la producción, la técnica moderna y la civilización opresora están íntimamente relacionadas.

Si la revolución social no repara en la deshumanización de los trabajadores debido a su sometimiento al régimen que imponen las máquinas, la causa de la libertad estará pérdida. La opresión continuará en un sistema de propiedad colectiva, engendrando una nueva clase de dirigentes, una tecno burocracia dueña del Estado y orientada hacia el totalitarismo. La revolución no triunfará si el individuo queda aplastado por ella. Antes que Adorno y Horkheimer, Simone se percata de que desde el dominio de la naturaleza nacen los mecanismos de la opresión social, de que los

individuos siguen estando sometidos a sus imperativos “bajo la nueva forma que les ha dado el progreso técnico”. En otros artículos señalará, como los dos autores anteriores, la similitud entre los totalitarismos hitleriano y estalinista, y sus raíces en la civilización occidental “democrática”.

La concepción de la libertad en las “Reflexiones” no tiene nada de retórico. La libertad no tiene nada que ver con la arbitrariedad, es más, el carácter colectivo de las decisiones anularía cualquier acción arbitraria; la coordinación no llegaría a separarse y a ser una profesión ejercida por especialistas. La libertad exige pues la desaparición de los políticos y de las instituciones separadas.

También exige la descentralización. Las dimensiones de una sociedad libre no podrían ser grandes, pues el individuo se apartaría de la vida colectiva y en consecuencia, desaparecería la voluntad general.

La industria tendría que dispersarse en pequeños talleres con la tecnología precisa para que el trabajo dignificase. En ese dominio, el desarrollo cultural y espiritual del trabajador debería ligarse indisolublemente a la satisfacción de las necesidades materiales.

No nos hallamos ante un pensamiento sistemático, sino en constante movimiento. No siempre estaremos de acuerdo con él, y, desde luego, no lo seguiremos por los derroteros místicos del final. Pero, si amamos la libertad y detestamos

a los opresores, no podremos evitar que las verdades que va desgranando por el camino nos marquen profundamente y arraiguen en nosotros.

Enero 2008.

Prólogo a “Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social”,
publicada por ediciones El Salmón.

DE HORRORES LUCRATIVOS E IDENTIDADES COMBATIVAS

Son tales las devastaciones que provoca el crecimiento económico que la sociedad capitalista moderna se caracteriza más por lo que destruye que por lo que crea.

Ninguna obra se puede comparar ya con las ruinas que causan sus necesidades. Eso significa algo obvio, a saber, que la sed de beneficios que guía el sistema productivo, y por ende, el modo de vida que conlleva, se apaga con una avalancha de perjuicios para la población, que van desde los riesgos para la salud (la contaminación origina la cuarta parte de las enfermedades) hasta los destrozos ambientales.

La destrucción ha alcanzado un grado tan elevado que el contraste entre intereses privados y estragos públicos se hace visible hasta para los más rezagados. Es entonces

cuando desde las instancias del poder hablan de conflicto ambiental o territorial, de cultura del no o de gobernanza interactiva. Los problemas laborales hace tiempo que dejaron de ser fuente de preocupación de los dirigentes, tal y como demuestra el hecho de que más del 40% de los trabajadores gane menos de mil euros, y eso se debe a que, bajo la amenaza de la precariedad y la exclusión, los mecanismos de control e integración funcionan perfectamente. No ocurre así en otros ámbitos, ya que el fracaso del ecologismo político permitió que la cuestión social, expulsada de los barrios y las fábricas, emergiera en las luchas mal llamadas ambientales, y particularmente, en la defensa del territorio, sin la contención y dispersión de la “democracia participativa”.

A pesar de todo, dicha emergencia no ha sido tan apabullante como para producir un fenómeno de conciencia generalizado, y a las luchas les queda todavía un largo tramo por recorrer.

No es pues el peligro de un movimiento social nacido de la defensa del territorio lo que ha sembrado inquietud entre los dirigentes, sino el hecho de que el desarrollismo, basado principalmente en la especulación inmobiliaria, ha desembocado en una crisis financiera de la que se piensa salir con un cambio de paradigma: la economía “verde”, o sea, el desarrollismo “sostenible”.

Pero la “sostenibilidad” desarrollista exige un grado de

colaboración popular que en otro tiempo el régimen arbitrario vigente no juzgaba necesario. Por eso, si los defensores de un modo de vida respetuoso con la naturaleza habían tropezado siempre con las maneras paternalistas y autoritarias de la administración, ya que ésta había heredado el personal técnico, los programas y los modos de la pasada dictadura, y sobre todo, porque los designios de los promotores y financieros a cuyo servicio estaba no admitían trabas, ahora que el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, el cambio climático, el agujero en la capa de ozono y una previsible escasez de combustibles fósiles ponen en marcha un nuevo ciclo “verde” con la perspectiva de formidables ganancias, se requiere un proceder aparentemente más dialogante. De ahí la relativa atención que despiertan las asociaciones de vecinos y las plataformas cívicas, sobre todo las más moderadas y acomodaticias. Los intereses de la dominación apuntan menos a las “marinas” y los campos de golf que a las energías renovables, los coches híbridos, el reciclaje de residuos y la arquitectura ecológica, pero como la construcción de infraestructuras gigantescas, la siembra de transgénicos y las destrucciones van a continuar, la desactivación de las inevitables protestas vuelve ineludible el trato con los contestatarios.

Así pues, al menos en boca de los dirigentes más sensibles a los nuevos intereses de la dominación económica, el lenguaje del orden cambia de vocabulario porque ya no tiene por qué negar la existencia de conflictos, sino

aceptarlos como algo habitual y administrarlos; por consiguiente, deja de tildar de egoístas, subversivos y enemigos del progreso a los que protestan contra la devastación y el despilfarro. Para dichos dirigentes, las luchas territoriales son irremediables, pero fáciles de reconducir mediante técnicas de participación y consulta adecuadas, a saber, mediante la “democracia participativa”, cosa que con anterioridad muchos afectados reclamaban, lo cual no evita la “tolerancia cero” frente a los conflictos irrecuperables, como por ejemplo la lucha contra el TAV en Euskal Herria.

Dada la “crisis de confianza” en las instituciones y los partidos, reflejo de la incompatibilidad extrema entre el capitalismo global y las formas democráticas burguesas –tal como demuestran por ejemplo la comunicación unilateral, la supresión del espacio público y del desarrollo de leyes de excepción–, los enemigos “antisistema” de ayer, han de ser los colegas colaboradores del mañana. El arsenal punitivo contenido en los códigos penales de “la democracia” no contradice esa descriminalización aparente de la protesta; actúa como reserva disciplinaria ante los posibles desbordamientos, cubriendo legalmente la represión cuando el civismo no funciona. Las necesidades de control se han visto multiplicadas al convertirse los centros de las ciudades en lugares exclusivos de consumo, proceso que aspira a abarcar la totalidad del territorio. El nuevo régimen puede seguir llamándose democrático mientras instaura

legalmente un estado de excepción discreto que facilita la represión no sólo de los disidentes políticos, sino de grupos enteros de población que rechacen integrarse como consumidores obedientes en el sistema económico y no transijan con sus depredaciones. La misma necesidad de pacificación y rentabilización del territorio que hizo tratar de alborotadores, delincuentes y marginales a sus defensores, cuando el capital ejercía sus derechos de conquista, es causa de la solicitud con la que estos mismos son considerados cuando lo que conviene es fijar el costo ambiental y social del territorio–mercancía. Ese cambio de política es consecuencia del cambio de los intereses capitalistas en la etapa correspondiente a la artificialización y consumo del territorio, la de la constitución del territorio–empresa. Los dirigentes buscan el apoyo de los sectores más retrasados y menos combativos surgidos en la lucha, todavía poco desarrollada, y por lo tanto, no suficientemente consciente de la incompatibilidad absoluta de sus objetivos con los del capital. ¿Cómo va a suceder? Pues como siempre, primero, atrayendo a las comisiones negociadoras a un puñado de representantes separados de las estructuras horizontales establecidas en el origen de las luchas, de forma que éstas pierdan el control de sus delegados, y, por consiguiente, el de sí mismas. Y segundo, aislando y reprimiendo sin contemplaciones la oposición consecuente.

El trato con el poder corrompe, y los dirigentes lo saben perfectamente. Su oficio es el más viejo del mundo. Para

liquidar la lucha antidesarrollista y la defensa del territorio e integrar a los habitantes afectados en la gestión verde de la catástrofe, sus supuestos representantes han de recorrer el vergonzoso camino que tiempo atrás emprendieron los sindicalistas. Si antaño fue el trabajar, el habitar es hoy la forma básica que reviste la explotación, y por lo tanto, la que mejor define la proletarización. Proletario es un habitante que hay que reeducar constantemente en el consumo y seducir con la participación. Y como bien enseña la historia reciente, en los suburbios de París, en Génova, Atenas, Berlín o Barcelona, cuando la seducción no resulta porque la autonomía de la esfera política es imposible bajo la globalización y sus efectos son puro espejismo, guerra sin cuartel a quienes exclaman como en el cuento que el rey está desnudo, rehusando corromperse en la colaboración con el capital y el Estado. Hay leyes de sobra para eso.

La democracia formal burguesa se basaba en la formulación de un interés público por parte de mediadores políticos al que se subordinaban los intereses privados, que en lo relativo al territorio se plasmaba en un plan de ordenación, del cual se deducían reglas y leyes duraderas, que se aplicaban en nombre de aquél. Otra vuelta de tuerca capitalista, el desarrollismo, modificó el sistema en profundidad. La individualización consumista hizo añicos el principio de autoridad, las estructuras disciplinarias de la sociedad como la familia, la escuela o la iglesia entraron en quiebra y el paternalismo político quedó inservible, no

dejando más salida al poder establecido que la policía, los tribunales y la cárcel. En lo sucesivo, la decisión se hizo más técnica, dependiente de los expertos, y se financió con capitales privados, cosa que favoreció el dominio de los intereses empresariales en los asuntos públicos, cuya progresiva influencia hizo desaparecer incluso la noción misma de interés común, desacreditando completamente a la política. La nueva gestión del territorio, determinada cada vez más por los intereses privados, principalmente los de los promotores inmobiliarios y el capitalismo verde, no podía quedar atrapada en las normas de un plan general. Así se generalizó la excepcionalidad en las leyes y los planes: rectificaciones, planes parciales, planes de actuación urgente, “proyectos”, “respuestas multifuncionales”, etc. Se trataba de disponer de una ordenación a la carta, compatible con cada interés particular, que hiciese caso de disposiciones anteriores cuando éste resultaba perjudicado; una ordenación que buscara resultados económicos inmediatos, rentabilizando al máximo todo el territorio. Este cambio tan brusco de situación, ocurrido sólo en dos decenios, lesionó gravemente los intereses colectivos realmente existentes y creó conflictos por doquier.

Como la resistencia a la devastación no podía pararse únicamente con la represión, los nuevos “gestores” del territorio se vieron forzados a cambiar de táctica. Así, del Estado penal nació la “democracia participativa”. Los dirigentes modernistas asumían la desaparición del interés

común porque la aplicación de la normativa vigente perjudicaba los intereses privados que representaban, y por consiguiente había que dejarla en suspenso o derogarla, pero eso legitimaba el conflicto tanto como les restaba a ellos legitimidad. Así que, en lugar de tratar de imponerse en nombre de dicho interés al que se suponía representaban en virtud de resultados electorales, tenían que reconocer el conflicto primero, y después, negociar caso por caso con interlocutores *ad hoc* que se prestaran a ello. La negociación finalizaba no con el establecimiento de una nueva norma, sino con algo parecido a la firma de un contrato. La participación, a la que se dejaba bien claro que no sustituía la “democracia representativa”, es decir, el sistema burocrático parlamentario de partidos, no era otra cosa más que el complemento necesario de un aparato político-administrativo que no podía ni detener la destrucción del territorio, exigida por el crecimiento económico, ni lograr el consenso en nombre del bien común, puesto que su propio funcionamiento lo volvía inflexible.

La participación o “gobernanza” territorial, al fijar los “límites democráticos” del conflicto, venía a concretar las tareas de la represión delimitando sus respectivos terrenos. Así pues, lejos de acarrear una democratización por leve que pudiera ser, lo que significaría la recuperación del espacio público, donde se discute y se toman decisiones colectivamente, sucede todo lo contrario, tal como confirma el endurecimiento punitivo de la legislación y la proscripción

práctica de las manifestaciones, las concentraciones, los debates públicos, las asambleas y la información objetiva.

Por desgracia para la clase dominante, tender puentes no es tan fácil como firmar hipotecas. Las buenas intenciones de los dirigentes para con el futuro no bastan para desactivar el conflicto territorial, puesto que las causas que lo provocaron siguen bien presentes. No estamos en otro escenario; a lo sumo el capitalismo prepara otro escenario, pero no *ex novo*, sino apoyándose en las viejas actividades productivas. Los nuevos intereses no han venido para suprimir los antiguos, sino para prolongarlos y ampliarlos. Los dirigentes no pretenden pues enmendar los horrores del viejo sistema productivo, que fundamentalmente no ha cambiado, y, por consiguiente, menos aún detener el inmenso despliegue de medidas penales así como la construcción de cárceles y campos de internamiento; lo que quieren es compatibilizar tales horrores con el nuevo rumbo de la dominación.

No se trata entonces de acabar con el modelo clásico de desarrollismo, basado en la fusión de los intereses económicos privados, políticos y administrativos y responsable de tantas atrocidades, sino de ponerlo al día, de “redimensionarlo” gracias a una reestructuración ecológico estatal de la economía.

Esta milagrosa reconversión no anula la degradación precedente, poniendo fin al urbanismo salvaje y la

depredación del territorio, es decir, a las macro infraestructuras del transporte, a las centrales nucleares y térmicas, a los embalses y trasvases, a las incineradoras y vertederos, a los puertos deportivos y las pistas de esquí, a la construcción de líneas eléctricas MAT o de nuevas prisiones... Lo que sucede es precisamente lo contrario; el ecologismo capitalista y su pseudo democracia “participativa” pretenden preservar dicha degradación –no hay que olvidar que es el único modo de acumulación del que dispone el capital–, sólo que con la imagen lavada. La apertura de nuevos mercados está en juego: el de la emisión de gases, el de los vertidos al mar, el de las basuras, el de la ecoautomoción, la ecoedificación, la alimentación biológica, el turismo rural, las renovables, la punición alternativa, etc. El lucro privado requiere ahora un nuevo desarrollismo –“un nuevo modelo productivo”–, una nueva política, un nuevo lenguaje, un aparato represivo más sofisticado, y, para acabar, otro tipo de horrores programados, pero esta vez apostando por la regulación del mercado financiero, por técnicas nuevas de ecología industrial, por monumentales inversiones y una reeducación de masas en las innovaciones tecnológicas y el consumismo de nuevo cuño. Tales tareas sobrepasan la capacidad del mercado; se necesitan medidas que sólo están al alcance del Estado.

Como sucediera con el fascismo, el Estado autoritario se erige en remedio de las perturbaciones inherentes al capitalismo.

Que los intereses que determinaban sin réplica ayer nuestras vidas sean los mismos que siguen haciéndolo hoy, es una trivialidad que resulta extremadamente evidente en lo que respecta al territorio.

El objetivo de las sucesivas leyes del suelo y de las leyes urbanísticas era su mercantilización total, lo que dio no sólo carta blanca a la extensión ilimitada de las conurbaciones o la culminación del desastre litoral, sino la urbanización difusa de los espacios naturales y rurales, al alcance de las hordas urbanas gracias a la motorización generalizada. En apenas dos décadas el territorio peninsular fue completamente banalizado, y cualquier singularidad, aniquilada, bien por su degeneración pura y simple en solar, o bien por su conversión en mercancía ambiental. El colapso del mercado hipotecario puso fin a un negocio lucrativo que además actuaba como motor principal de la economía, pero hoy todavía los promotores privados siguen planificando las áreas metropolitanas, ordenando el territorio y determinando los usos del espacio. Así, con el cambio de tendencia anunciada por el agotamiento de las políticas neoliberales y la crisis financiera, han nacido o nacerán nuevas leyes y planes para los barrios, el paisaje, los riesgos naturales, la información geográfica, la costa, las infraestructuras de toda clase, etc., que anuncian un planeamiento distinto y establecen nuevas condiciones para el mercado inmobiliario y el ocio verde. El negocio no se interrumpe, sino que se traslada de la construcción

propiamente dicha a la rehabilitación, el aislamiento de edificios y el acondicionamiento paisajístico, mientras que la motorización se propulsa un poco más con los agro combustibles o los motores eléctricos. La diferencia con la situación anterior es que en este nuevo ciclo de la acumulación de capital el Estado recupera el papel principal. Todas las decisiones, de la renovación del parque automovilístico al retorno a la energía nuclear, de la introducción de nuevos OGM en la dieta alimentaria al trazado de la alta velocidad, exigen ahora “un pacto de Estado”, y, como corolario, nuevas leyes y disposiciones que regulen su cumplimiento.

La adopción del léxico ecologista por parte de los empresarios acompaña lógicamente el proceso, porque ahora el lenguaje del ecologismo es el lenguaje de la política y, por lo tanto, el idioma de los negocios. Pronto lo será de la pedagogía y de la jurisprudencia.

Sin embargo las palabras no logran disimular los hechos. Como ya hemos apuntado, los viejos proyectos vandálicos continúan impertérritos su tarea destructiva codo a codo con los nuevos, pero dicha tarea se autocalifica “verde”. Los intereses dominantes siguen siendo los de la clase dominante, aunque legitimados como asuntos de Estado y como protectores del medio; tras el AVE, las líneas MAT, los trasvases y las autopistas previstas por el PEIT o los planes de carreteras autonómicos se manifestaban poderosos intereses empresariales y financieros, los mismos que ahora

promueven los parques eólicos, las desaladoras o las centrales fotovoltaicas. Bajo la norma neoliberal, la política no era más que un negocio particular; según las nuevas reglas, el negocio es pura política. La nueva normativa no anula la anterior sino que la conserva maquillada; en consecuencia, tal como hemos dicho, a los horrores antiguos se les añadirán los de nueva factura y al final, ante la mirada atenta de los agentes del orden, con la tutela estatal y el compromiso de la “ciudadanía”, tendremos aberraciones de todos los colores. La participación “ciudadana” no alterará nada esa realidad, pues en las condiciones presentes es un simple aspecto de los negocios y su función no es otra que la de desmovilizar. Uno puede entrar en los despachos y creerse que está “refundando” un sistema más justo y democrático, cuando en realidad está poniendo su grano de arena a una “sociedad de control”, como dicen los aprendices de brujo que han leído a Foucault. En un régimen efectivamente autoritario, lo democrático es sólo un aspecto de lo represivo.

Con mayor frecuencia que hace dos décadas, los defensores del territorio, incluso los que se ciñen a la protesta “cívica”, es decir, simbólica e ineficaz, hablan de un modelo alternativo de ordenación territorial, basado en la reducción de movilidad en vehículo privado y el desarrollo del transporte público, en un reequilibrio campo-ciudad, en el consumo “responsable” y en una “nueva cultura del territorio”. Propuestas tan su gerentes como vacías, puesto

que lo que buscan es una fórmula imposible de compromiso entre la preservación del territorio y la expansión metropolitana, o lo que viene a ser lo mismo, la economía mundializada. Ninguna ley protectora, ni ninguna subvención estatal, como tampoco ninguna concertación política, sería capaz de garantizar la integridad territorial manteniendo al mismo tiempo el territorio dentro del mercado, o dicho de otro modo, ningún capitalismo podría funcionar globalmente sin tener a su disposición el territorio en su totalidad. Entre los hombres de negocios (políticos incluidos) y la defensa del territorio no hay espacio suficiente para el diálogo, pues los intereses respectivos son diametralmente opuestos: si hay negocio es a costa del territorio; si hay beneficio territorial es a costa de las pérdidas del lado capitalista. Y de una oposición radicalmente irreconciliable solamente surge el conflicto. Los defensores del territorio pues, han de asumirlo: no han de dialogar, sino combatir. No han de escoger entre la palabra o la acción, sino entre la defensa o el ataque. Las luchas son y serán locales, pero los combatientes no se enfrentan simplemente a especuladores de cuarta categoría o a políticos venales de la vecindad.

Apenas el conflicto territorial se generalice, quedarán al descubierto los lobbies del asfalto, la alimentación, la distribución, el ocio o el petróleo, bien protegidos por el Estado. Al avanzar en sus propósitos, la defensa del territorio de los huertos tradicionales, de los bosques, de los espacios

libres, de los ríos, de la fauna, de los oficios y conocimientos ancestrales, de sus costumbres, tradiciones e historia, etc., con sus prácticas antiautoritarias revela tanto una irremediable quiebra institucional como la incompatibilidad entre una vida arraigada y libre de apremios y la globalización económica. Pues las monstruosas conurbaciones y la desaparición del mundo rural son su consecuencia, y la agricultura transgénica industrial, el medio adecuado para alimentar tales engendros. Lo mismo podemos decir de los pantanos, las centrales, las autopistas, los mega puertos, aeropuertos y TAVs: son las estructuras que mejor se corresponden con el abastecimiento de agua y energía o con la movilidad de las personas y la circulación de mercancías propias de los áreas metropolitanas. Es del todo evidente que el equilibrio territorial, la recomposición a partir de sus fragmentos, no se logrará más que con el desmantelamiento del aparato productivo, la desurbanización y la abolición del Estado, tareas históricas auténticamente titánicas, que han de orientar la lucha antidesarrollista y la defensa del territorio bien lejos de una “gestión transversal”, tal como reivindican los dirigentes creativos y sus cómplices ciudadanistas de las plataformas.

Estamos ante un enfrentamiento entre la metrópolis y el territorio que pretende colonizar, y por ironía de la historia, la causa de la libertad, la razón y el deseo ha abandonado las ciudades, o mejor dicho, lo que antes fueron ciudades, para refugiarse en el campo, lo que antes fue campo, y lanzar

desde allí, con el concurso nihilista de los excluidos del suburbio, el contraataque contra las fuerzas antihistóricas domiciliadas en las conurbaciones. Lejos de los centros comerciales, y por lo tanto, lejos de la mercantilización del vivir y de la estatización de la existencia, el tiempo y el lugar recobran algún sentido y permiten a los individuos recuperar la memoria y cooperar contra la sinrazón capitalista, construyendo, si se rebasa el horizonte plataformista, una nueva identidad de explotados anclada en el territorio, luego en su condición concreta de habitantes, no en la condición abstracta de ciudadanos. Dicha identidad no ha de aspirar a proporcionar un marco más regulado al mercado de la vivienda y del suelo, sino a abolir cualquier relación mercantil; tampoco pretenderá complementar el régimen tecnocrático que gusta en llamarse “democracia” cuando no es más que totalitarismo disimulado, sino sustituirlo por una verdadera democracia de base, horizontal, directa, autogestionaria. No será el estandarte de un nacionalismo de nuevo cuño, sino el emblema de una voluntad universal de liberación.

Charlas del 9 de mayo de 2009
en el Ateneo Libertario de Sabadell
y del 21 de mayo en el Ateneu Llibertari
del Case Antic (Barcelona).

Publicado en folleto por Desorden distro de Valencia.

LA VOZ DE SU AMO

La restructuración espacial de la sociedad capitalista y sus consecuencias

Vivimos inmersos en un proceso de globalización del espacio, es decir, de completo sometimiento del espacio a las leyes de la economía global, por lo que a menudo, en las ciudades y pueblos marginados por la corriente económica actual no faltan voces que clamen por nadar en ella cuanto antes.

La panacea del mal económico resulta ser casi siempre una macro infraestructura: una autopista, un mega puerto, una parada del tren de alta velocidad, un complejo turístico... A las voces de la oligarquía local, se unen a veces las de la masa asalariada, convencida de las bondades desarrollistas. Dicen que “el progreso” es necesario, que así se saldrá del “atraso”, que habrá “trabajo”, y, por lo tanto, “dinero”. Los intereses dominantes, los de la clase dominante, se

manifiestan siempre como intereses generales, y cuanto mayor sea el dominio sobre la población, mayor será la identificación de ésta con ellos. En la actualidad, cuando la penetración del capital alcanza todos los ámbitos de la actividad humana, los individuos piensan lo que el capital quiere: no son ellos los que existen, a no ser como abstracción, porque no piensan realmente; su pensamiento ha sido programado. Cuando hablan, escuchamos a la mercancía promocionando su mundo. Para usar conceptos como progreso, atraso, trabajo o dinero, sin caer en los tópicos del lenguaje de los dirigentes, hay que comprender su verdadero significado, y para poder hacerlo hay que situarse fuera de los hábitos de pensar de la dominación. Pensar, o ser, equivale a cuestionar.

En primer lugar hay que preguntarse por el significado real de la construcción de una infraestructura de grandes dimensiones, pues desde luego, generará una importante demanda de trabajo, aunque temporal y de mala calidad, y conseguirá en las coyunturas favorables una elevación del nivel de consumo entre los asalariados, una mayor mercantilización de su vida, o lo que viene a ser lo mismo, un crecimiento de “la clase media”. Aumentará tanto la población como la circulación, se producirán desarrollos urbanísticos, se construirán centros comerciales y hoteles, se venderán más coches y se abrirán nuevas sucursales bancarias. Se impondrá un nuevo estilo de vida, más motorizado y consumista, con prótesis tecnológicas cada vez

más imprescindibles, etc., cuyas secuelas en forma de accidentes de tráfico, infartos y suicidios quedarán reflejadas en las estadísticas. Y hay que contar con que dicha infraestructura también causará un impacto negativo en el entorno y aportará una mayor artificialización del medio ambiente. Aumentarán asimismo las desigualdades sociales y la anomia, o sea, el grado de descomposición social, con todas sus consecuencias necesarias: corrupción, masificación, atomización, exclusión, agresividad, neurosis, miedo, control, racismo...

Crece la producción de basuras y la contaminación, el ruido, las detenciones de indocumentados, ladronzuelos y traficantes, la especulación inmobiliaria y otras formas expeditivas de enriquecimiento, la corrupción política, la degradación de la sanidad, la enseñanza y la asistencia públicas, etc. Son males inherentes al desarrollo capitalista, que de todas formas van a ocurrir; las infraestructuras solamente acelerarán su llegada y contribuirán a su intensificación. Las grandes infraestructuras son una exigencia de la mundialización capitalista, de la nueva división internacional del trabajo, donde predominan la circulación y los “flujos” sobre la producción y los lugares. Ayudan a colocar “en el mapa” a las antiguas metrópolis convirtiéndolas en nudos de la red internacional mercantil. El capital, dueño del espacio, lo reestructura adaptándolo a las necesidades del momento. Bajo el capitalismo global, se vuelven obsoletas tanto las instituciones independientes o

las administraciones autónomas, como los mercados locales. Las antiguas ciudades se transforman en aglomeraciones urbanas impersonales en expansión permanente, lugares de entretenimiento y consumo a gran escala, verdaderos agujeros negros que absorben energías, mercancías y vidas, asentamientos sin espacio público, sin tiempo, sin historia ni cultura específica, transparentes, tematizados, simplificados. Es el resultado de una victoria; la del capital.

El final de una etapa basada en la economía industrial ligada a mercados nacionales bajo protección estatal y apoyo sindicalista ha desorganizado el espacio, reduciéndolo a fragmentos desconectados, sin función alguna. Mientras las antiguas metrópolis luchan por un lugar en la economía globalizada, domiciliando sedes y acaparando tareas de gestión y dirección, los pedazos del sistema urbano y territorial que las envolvía han de gravitar de nuevo a su alrededor buscando rozarse con los “flujos” internacionales, es decir, integrarse en la conurbación metropolitana ofreciendo espacio y demás facilidades para la globalización de su economía. Las ciudades pequeñas y el campo, en decadencia y “atraso” por padecer las consecuencias del cese o la deslocalización de actividades productivas, han de sobrevivir – han de acumular capital– en la proximidad de los nudos de la red mundial. Por lo que no tienen otra salida que reclamar su parte, su infraestructura, para encajar en algún anillo suburbano.

En la periferia de las conurbaciones se libra una batalla aparente por la economía globalizada, a la que se exige un incremento en el ritmo, un grado mayor de destrucción territorial.

Parece que la salvación venga de manos de la horca. Desmontar el discurso “progresista” y desenmascarar los intereses que se ocultan tras él es ya una tarea inexcusable. La libertad y la felicidad humanas serán la obra de quienes hayan sabido evitar aquello que los dirigentes llaman “desarrollo”, “progreso” y “trabajo”.

Cuando es fruto de una resistencia consciente, el “atraso” es revolucionario.

Agosto 2009.

Publicado en “Al Margen”, nº 71, otoño 2009.

EL TRAUMA DEL DECRECIMIENTO

“Con frecuencia, nos dejamos dominar por una impresión, hasta que nos liberamos al reflexionar, y esta meditación, rápida y mudable en su agilidad, penetra en el íntimo misterio de lo desconocido”.

Kierkegaard, *Diario de un Seductor*

La sinrazón gobierna el mundo. Los individuos se relacionan a través de cosas que les imponen sus reglas desde fuera: mercancías, dinero, tecnología... En la sociedad a la que pertenecen su trabajo sirve para producir beneficios crecientes a particulares, no para satisfacer necesidades reales colectivas, por lo que aparece dominada por un tipo concreto de actividad económica: una economía de

mercado cuya metástasis agota los recursos naturales, aumenta las desigualdades sociales y destruye el planeta. La separación entre el mundo tal como va y tal como debería ir es completa y el futuro prometido no merece más que desprecio. El reino de la razón apunta hacia atrás, a una edad de oro; así las formas anteriores de sociedad y Estado salen del desván como soluciones menos injustas e irracionales y se ponen de moda. Unos proponen la vuelta a estadios anteriores a la civilización urbana (primitivistas); otros, al Estado-nación y a las condiciones capitalistas de la posguerra (ciudadanistas); finalmente, otros, mediante la agricultura biológica, el “comercio justo” y la “banca ética”, quieren regresar a la fase inicial del capitalismo, la de la separación del valor de uso y el valor de cambio, del trabajo concreto y el trabajo abstracto (neorrurales).

Una sociedad de clases pulverizadas que existe como objeto del capital

La etapa desarrollista o fordista del capitalismo produjo fenómenos de desclasamiento entre los trabajadores que se acentuaron con la reestructuración productiva que la concluyó; la mundialización hizo lo propio con las clases medias, tras precipitarlas en el abismo del crédito. El relevo generacional del proletariado y la mesocracia se horroriza

ante la amenaza de exclusión, el destino de formar parte de la masa que la economía no necesita debido a la alta productividad y a la explotación intensiva de los obreros de los países “emergentes”. No obstante, la voluntad de reorganizar la sociedad según normas diferentes, el deseo de un cambio en la manera de aprender, producir y consumir que hoy se manifiesta esporádicamente en los llamados “movimientos sociales”, no lleva la impronta de la acción proletaria. La clase obrera ha perdido la memoria, y con ello, sus maneras y su ser.

La iniciativa pertenece a los pequeños burgueses desclasados, a los estudiantes, empleados, funcionarios, y, en general, a los grupos sociales en el filo de la proletarización, los perdedores de la mundialización. El oscurecimiento del antagonismo de clase producto de la derrota obrera, sumado a la evidencia de la crisis ecológica, permite que se presenten como representantes de intereses generales, fabricándose para la ocasión un pensamiento recuperado de fragmentos críticos anteriores frutos de luchas reales. Confeccionan una ideología, una salsa de ideas completamente desligada tanto de su origen como de la acción, que refleja las ambigüedades de la idiosincrasia perdedora, sentada entre dos sillas, y que viene caracterizada por la negación del conflicto clasista, el rechazo de las vías revolucionarias, la confianza en las instituciones y la indiferencia ante la historia, detalles estos que confieren a la protesta un nuevo estilo en las antípodas

de la pasada lucha de clases. En efecto, para los perdedores el capitalismo no es un sistema donde los individuos se relacionan a través de cosas y sobreviven sometidos al trabajo y esclavizados por el consumo y las deudas, algo que nació en un momento dado y puede desaparecer en otro; tal sistema no se desprende de una determinada relación social derivada de la propiedad privada de los medios de producción, sino que es “una creación de la mente”, un estado mental cuyo “imaginario” hay que descolonizar con ejercicios espirituales. Hay pues que alejarse de situaciones traumáticas, olvidarse de tomar bastillas y asaltar palacios de invierno, y sumergirse en ambientes “relacionales” donde dominen condiciones psicológicas apacibles y familiares, que alguien ha llegado a calificar de “femeninas”. En el polo opuesto a Mayo del 68, uno no tiene más ganas de hacer el amor cuando más se enfrenta con la policía, ni encuentra la playa debajo de los adoquines. La barricada no abre el camino. Eso seguramente es cosa de machotes, un modo de hacer demasiado “masculino”.

El método “convivial” no busca combatir porque no reconoce enemigos; se basa en trastocar la actitud de las personas –desde luego, no hechas de historia, sólo rellenas de “imaginario”– no con el trabajo de la negación, sino con el buen rollo evangelizador.

La crisis principal es crisis de la conciencia de clase

De acuerdo con el idealismo mesocrático el mundo es irracional e injusto porque no ha sido gobernado de forma adecuada, al no proporcionársele a la humanidad una verdad definitiva, o no desvelársele una “ley natural” como por ejemplo la del decrecimiento, fácilmente condensada en las ocho “erres” de Latouche. El antagonismo violento entre clases aparece apaciguado y semidisuelto en múltiples oposiciones menores: consumismo y frugalidad, despilfarro y ecoeficiencia, mundial y local, desperdicio y reciclaje, alimentación industrial y autoproducción, coche privado y bicicleta, crecimiento y decrecimiento, ying y yang. La ruta de una parte a la otra ha de ser recorrida con simplicidad y sin traumas; el nuevo orden será implantado lejos de las masas, paulatinamente y desde fuera, mediante la pedagogía y el ejemplo, gracias a experiencias marginales austeras y reformas fiscales. El decrecimiento es para sus seguidores la verdad “más verdadera”, por lo que será suficiente aplicarla en pequeñas dosis y “articularla políticamente” para que su virtud conquiste el mundo.

Como verdad absoluta no está sujeta al espacio ni al tiempo, no es vista como un producto histórico gestado en etapas anteriores de la crisis capitalista, responsable de una evolución determinada de las clases sociales y de sus conflictos. Sin embargo la memoria nos aclara el sentido de la aventura decrecentista en busca del reino idealizado de la clase media decadente. Para empezar, el decrecentismo no

aporta nada nuevo. En sí es una mezcla de bioeconomía, indigenismo y ciudadanía. De la primera extrae su principio económico; del segundo, su principio social, la “convivencialidad”; del tercero, su principio político. Por supuesto, el decrecimiento es una “propuesta abierta a una gran diversidad de experiencias y corrientes”; no son lo mismo Enric Duran y los anarcosindicalistas, que Attac, los posestalinistas o la cohorte oenegera. Pero precisamente debido al hecho de no desprenderse de una praxis social concreta sino de haber nacido en una mesa de expertos y profesores –cosa que reafirmaría más todavía su naturaleza ideológica– el remedio del decrecimiento sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Los más avispados se inspiran en la autoorganización de barriadas marginales de conurbaciones tercermundistas como La Paz, Oaxaca o Niamey, pero hay quien señala a Cuba como ejemplo de lo que significa mantenerse “dentro de los parámetros de sostenibilidad”. Con ese modelo no es de extrañar que al proyecto decrecentista se apunte “el mundo de los partidos comunistas”, mundo parásito por excelencia, subrayando así uno de los aspectos más sospechosos, acontecimiento del que se felicitan Carlos Taibo y Fernández Buey. En una atmósfera convivencial, cuanto más seamos, más reiremos: el decrecimiento es igual de compatible con el marxismo ecléctico y positivista de los universitarios que con la teología de la liberación o el municipalismo libertario. Cualquiera puede interpretarlo a su conveniencia, poner el acento en unas ideas y desechar otras, darle un toque

particular o pasarlo por el cedazo, sin que por ello quede oculta su función reaccionaria en tanto que falsa conciencia de la realidad de unas clases en migajas.

No way out

Todos los partidarios del decrecimiento hablan de salirse de la economía, aunque la forma de dar el paso no pase por una revolución, ni tan sólo por una hecatombe económica. Sin que pase por una salida. La destrucción del capitalismo no es la condición previa del cambio. Éste ha de ser “civilizado”, pasando por la puerta, no rompiéndola, con el inapreciable auxilio de la informática e Internet, herramientas “conviviales” que “atacan el reino de la mercancía” (Gorz) y nos ayudan a crear “espacios autónomos convivenciales y ahorrativos” repletos de “bienes relacionales”, gracias a cuyo atractivo quedará nuestro imaginario descolonizado. No se trata pues de sustituir un sistema por otro, y menos con violencia, sino de crear un sistema bonito dentro de otro malo, que conviva con él. Cuando los decrecentistas hablan de salir del capitalismo, la mayoría de las veces se refieren a salir del “imaginario capitalista”. A un cambio de mentalidad, no de sistema. Es más, piensan que este otro cambio, que comportaría la destrucción de la democracia burguesa, la

socialización de la producción, la eliminación del mercado, la abolición del salario y la desaparición del dinero, engendraría “el caos”, algo “insostenible” que además tendría el defecto de no terminar con el “imaginario dominante”. Estamos muy lejos de caminar hacia lo que en otra época se llamó socialismo o comunismo. Lo que se pretende es más sencillo: poner a dieta al capitalismo.

No cabe la menor duda de que sus dirigentes, estimulados por el éxito de una “economía solidaria” a la que el Estado ha transferido suficientes medios, y, forzados por el agotamiento de los recursos y la escasez de energía barata, se van a convencer de la necesidad de entrar “en una transición socio–ecológica hacia menores niveles de uso de materias primas y energía” (Martínez Alier).

Los millones de parados que engendraría dicha transición habrían de coger el ordenador y marchar al campo, recipiente de un sinfín de “nuevas actividades”, medida que fluiría de un “ambicioso programa de redistribución” incluyendo una “renta de ciudadanía” (Taibo), al alcance solamente de las instituciones estatales.

En tanto que tentativa de salirse del capitalismo sin abolirlo, al pasar a la acción y entrar en el terreno de los hechos, los decrecentistas confluyen con el viejo y abandonado proyecto socialdemócrata de abolir el capitalismo sin salir nunca de él. Si acabar con el capitalismo de forma abrupta es una forma de “decrecimiento

traumático” que va contra el “decrecimiento sostenible” (Cheynet), qué decir tendría acabar con la política.

Aunque no haya más política que la que sigue los designios de la economía, y, por lo tanto, del crecimiento, no se concibe otra manera de “implementar” las medidas necesarias de cara a una “transición igualitaria hacia la sostenibilidad” que la de “recuperar protagonismo como comunidades políticas” (Mosangini), por ejemplo, mediante “una propuesta programática ante las elecciones” (Jaime Pastor).

Así pues, los decrecentistas podrán cuestionar el sistema económico que han renunciado a destruir, pero nunca cuestionarán sus subproductos políticos, los partidos, el parlamentarismo y el Estado, instrumentos conviviales y espirituales donde los haya.

Aunque en casa la boca se les llene con lo de “recobrar espacios de autogestión”, de puertas afuera claman por el engendro de la “democracia participativa”, es decir, por la vigilancia y asesoría de las instituciones y constructoras en materia de urbanización e infraestructuras, al objeto de conjurar las protestas radicales en defensa del territorio.

El Estado es el aparato mediador entre el capital en su conjunto y los capitales particulares

Del ciudadanía, la ideología del decrecimiento conserva intactos el pánico a los conflictos, el amor a las nuevas tecnologías y la adhesión al Estado “democrático”. Los ciudadanía han circulado antes por la carretera estatista en sus demandas de tasación y regulación financiera. En los países llamados democráticos porque ocultan su totalitarismo, un pretendido sujeto emerge de las ruinas del proletariado: la “ciudadanía”. Éste es el disfraz con que la lumpen burguesía se sirve para presentar la cuestión social no como respuesta a las prácticas de una clase dominante propietaria del mundo, sino como un problema de impuestos y de derechos civiles, efectivamente bloqueados o recortados por leyes de excepción necesarias para el funcionamiento de la economía, que es de manera progresiva una economía de guerra. La acción ciudadana no consistirá en suprimir las diferencias de clase, igualar la remuneración de los funcionarios, impugnar la existencia de las jerarquías y menos aún en reivindicar una expropiación generalizada; consistirá sencillamente en “repolitizar la esfera pública y recordar a los consumidores que son por encima de todo ciudadanos” (Jorge Reichman). Afirmer rotundamente que otro capitalismo es posible, reclamando al Estado como buenos votantes nuevas leyes que garanticen los derechos conculcados y una nueva fiscalidad

que repare los daños provocados en la sociedad y el medio ambiente. Para los ciudadanistas, ni la política ni el Estado tienen carácter de clase ni forman parte del mecanismo de explotación, sino que son espacios neutros susceptibles de ponerse al servicio de intereses comunes con tal que sean controlados por observatorios y comisiones de seguimiento. Ante esa convicción inamovible, el alboroto y la algarada que acompañan a las movilizaciones no resultan argumentos “que pesen en el debate” y han de condenarse en favor de las manifestaciones pacíficas y festivas, del diálogo con los poderes y de las elecciones. A pesar de las diferencias, no existe una contradicción mayor entre la ideología ciudadanista y la del decrecimiento, sino una continuidad lógica. Las dos traducen la mentalidad de las clases medias en dos etapas distintas del capitalismo. El ciudadanismo se correspondía con un periodo expansivo, donde había especulación para todos. Las clases medias ciudadanas no escupen en la mano que les presta dinero; por eso eran optimistas y contrarias a contestar una economía que parecía funcionar; sólo era cuestión de moralizarla con regulaciones y controles institucionales preferentemente en manos de la “izquierda real”. No querían modificar el sistema político, sino renovar los contenidos de los programas; soldar el partido del Estado. Para mejor precisar estos objetivos, se negaron a constituirse en partido, diluyeron su keynesianismo y de estar “contra la globalización” se fueron a “otra globalización”.

Mientras tanto, el único decrecimiento que hubo fue el de la conciencia social. Cuando el panorama se volvió negro, el rosario de crisis financieras, bursátiles e inmobiliarias donde desembocó la expansión burbujeante de la economía tuvo consecuencias funestas para la “ciudadanía”, fuertemente endeudada y con el imaginario puesto en una segunda residencia y unas vacaciones en Cancún. Por primera vez en muchos años hubo decrecimiento, pero en forma de recesión económica, no de imaginario liberado.

La factura de las crisis no se detuvo en los que pagan siempre sino que llegó hasta el empresariado, al que también se le cerró el crédito. Las bolsas de excluidos y morosos se dispararon. El temor a situaciones como las del “corralito” argentino se hizo palpable. El retorno de un Estado fuerte tapando los agujeros con fondos y creando trabajo se impuso como solución. El discurso del cambio climático sacó fuera del baúl de los horrores a la energía nuclear. El “Peak” de la producción petrolífera puso en marcha el negocio de las energías renovables. La misma clase dominante tuvo que reconsiderar la “alternativa” del keynesianismo y la industria verde, única posibilidad de crecimiento inmediato. El capitalismo viraba seriamente hacia el desarrollismo “sostenible”, auxiliado por un ecologismo que no se propuso desafiarle, un ecologismo pues inoperante ecológicamente. Un cambio de paradigma capitalista de tal magnitud, o dicho más exactamente, un estado de excepción ecológico, primer capítulo de una

economía de guerra, acarreaba importantes alteraciones en la producción, el consumo y la manera de vivir, cambios que afectaban a las clases perdedoras. Había llegado el momento de salirse de un determinado tipo de capitalismo y permitirse el lujo de declararse anticapitalistas.

La destrucción y reconstrucción del planeta forma parte del proceso de valorización capitalista

Ante una clase media arruinada, millones de parados y unas perspectivas económicas realmente belicosas, el proyecto ciudadanista resultaba ridículamente moderado. El capitalismo se adelantaba al fomentar un Estado verde dentro de una economía verde. El catastrofismo ecologista había encontrado padres adoptivos en las instancias dirigentes del más alto nivel, enriqueciendo el lenguaje de Estado. Reaparecieron jerarcas partidarios de poner límites, incluso, a largo plazo, de ir hacia un capitalismo sin crecimiento, tal como recomendaron los expertos del Club de Roma hace casi cuarenta años. Los medios decrecentistas recibieron un aluvión de adherentes con ganas de marcha; de ahí las presiones para abandonar el debate entre expertos (a fin de “ejercer la ciudadanía”) y el individualismo (o el “decrecimiento en una sola aldea”), bien creando un partido político o en su defecto un “movimiento”, bien

proponiendo nuevas instituciones y profesiones. Por ahora los nuevos horizontes de la economía y de la política no convergen con “el programa reformista de transición” del decrecimiento, todavía en mantillas, pero sin duda acercan posiciones. Los dirigentes capitalistas son conscientes de que incorporar criterios de sostenibilidad a la gestión económica es la mejor garantía para la supervivencia de las empresas. Los objetivos de un programa patronal como el llamado “Responsabilidad Social Corporativa” son “integrar los aspectos económicos, sociales y medioambientales en la actividad empresarial e incluirlos en su estrategia”. Uno creería estar leyendo *Le Monde Diplomatique*. Por otro lado las decisiones empiezan a regresar a la esfera del Estado, recobrando éste en parte la facultad de definir los intereses generales, lo que renueva con mayor realismo las esperanzas decrecentistas de un “control democrático de la economía por la política”. Un entendimiento con el orden es posible. Empresarios, políticos y fans del decrecimiento, unos quedándose dentro sin salirse, otros saliéndose fuera sin quedarse, coinciden a grandes rasgos en poner atención al metabolismo de la economía y gravar las pérdidas del ecosistema “sin mermar el bienestar de los empleados”. De acuerdo pues en el refuerzo de los controles, en la necesidad de pagar la “deuda de carbono”, en la difusión de las nuevas tecnologías, en el aumento de la inversión pública, en el reciclado de basuras, en la gestión “democrática” del territorio y, sobre todo, en la aceptación de determinadas restricciones al consumo, que habrá de basarse no ya en la

abundancia, sino en el racionamiento (por ejemplo, energético).

Desde cualquier ángulo, las soluciones pasan por disciplinar a los individuos en tanto que consumidores, reeducándolos en el ahorro, la austeridad, el reciclaje y el pago de tasas académicas e impuestos mayores. En tanto que automovilistas, financiándoles la compra de coches menos contaminantes, pero obligando a pagar peajes por acceder a los centros de las conurbaciones y trabando al estacionamiento. Y también en tanto que trabajadores, preparándolos para el reparto de trabajo, la reducción salarial, la recolocación en medio rural y el ocio creativo. Finalmente, la necesidad de mantener a sectores enteros de excluidos del mercado laboral revaloriza experiencias marginales como cooperativas, huertos urbanos, desescolarización, entretenimiento comunitario, trueque, movilidad sostenible, etc.; es decir, garantiza la existencia de una economía marginal tolerada e incluso protegida, un “tercer sector” al que se transfiere por las vías fiscal y administrativa un pedacito de los beneficios de la economía “real”.

Violencia anticapitalista o destrucción de la especie humana

Muchas ideas expuestas en los papeles decrecentistas son interesantes y comprensibles en un contexto de rebeldía, y aún se entienden mejor en las obras de los autores originales de donde fueron recuperadas. No forman un conjunto coherente, puesto que su base social no es coherente. Dada la “diversidad” de personajes, colectivos y sectores presentes, en distintos niveles de compromiso con la dominación, la mediación a través de la práctica se produce en la confusión y la arbitrariedad.

Todos tienen en común el huir de ese factor esencial de conocimiento que es la revuelta. Todos temen al trauma de la revuelta.

El decrecimiento es un paraguas bajo el que se cobijan posturas imposibles de unificar: unas se limitan a acampar en los prados de la pedagogía, otras insisten en preñar la política y el sindicalismo, y el resto obedece a la llamada de la tierra. Cada posicionamiento refleja los intereses concretos de un determinado grupo social, distinto e incluso opuesto a los de los otros grupos, puesto que la clase en la que se insertan no es una auténtica clase, sino un montón de pedazos de otras. La Historia muestra suficientes ejemplos de la única materia que puede reunir tal tipo de fragmentos: el miedo. Un movimiento sin intereses claros y con la estrategia por definir, impulsado por el pánico, no puede funcionar más que al servicio de otros intereses, estos por supuesto bien visibles, y como parte de otra estrategia, perfectamente definida: en ausencia de un movimiento

revolucionario real, mandan los intereses y la estrategia de la clase dominante.

Son encomiables muchos experimentos de desvinculación, reivindiquen o no reivindiquen el decrecimiento, pues en las épocas sombrías tienen la fuerza del ejemplo, a condición, eso sí, de presentarse como lo que son, modos de sobrevivir más llevaderos, de coger aliento si cabe, pero nunca panaceas. Son un comienzo pues la secesión es hoy la condición necesaria de la libertad. Sin embargo, ésta no tiene valor sino como fruto de un conflicto, o sea, unida a la subversión de las relaciones sociales dominantes. Constituyendo una especie de guerrilla autónoma.

La relación con los combates sociales y la práctica de la acción directa es lo que confiere el carácter autónomo al espacio, no su existencia en sí.

La ocupación pacífica de fábricas y territorios abandonados por el capital podrá resultar a veces loable pero no funda una nueva sociedad. Los espacios de libertad aislados, por muy meritorios que parezcan, no son barreras que impidan la esclavitud.

No son fines en sí mismos, como no lo eran los sindicatos en otros periodos históricos, y difícilmente pueden ser instrumentos para la reorganización de la sociedad emancipada.

Durante los años treinta fue cuestionado ese papel, atribuido entonces a los sindicatos únicos, porque se le suponía reservado a las colectividades y a los municipios libres. El debate merece recordarse, sin olvidar que, a la hora de la verdad, la autonomía de cada institución revolucionaria, sindicatos incluidos, fue asegurada por la presencia de milicias y grupos de defensa. Pero hoy las cosas son diferentes; la emancipación no va a nacer de la apropiación de los medios de producción sino de su desmantelamiento.

Las zonas relativamente segregadas hoy en día existen precisamente porque son frágiles, porque no son una amenaza, no porque constituyan una fuerza. Y sobre todo, porque no sobrepasan los límites del orden: en Francia, la mayor aportación del millón de neorrurales no ha sido otra que “votar a la izquierda”.

Al fin y al cabo, también son contribuyentes. Los islotes autoadministrados no transforman el mundo. La lucha, sí.

No estamos en la época de los falansterios y las icarias. La democracia directa y el autogobierno han de ser respuestas sociales, la obra de un movimiento nacido de la fractura, de la exacerbación de los antagonismos sociales, no del voluntarismo campañil, y no han de producirse en la periferia de la sociedad, lejos del mundanal ruido, sino en su centro.

El espacio será efectivamente liberado cuando un movimiento social consciente lo arrebate al poder del Mercado y del Estado, creando sólidas contra-instituciones en él. La salida del capitalismo será obra de una ofensiva de masas o no será. El nuevo orden social justo e igualitario nacerá de las ruinas del antiguo, puesto que no se puede cambiar un sistema sin destruirlo primero.

Terminado el 30 de septiembre de 2009.
Publicado en la revista “Libre Pensamiento”, n° 63,
febrero 2010, y como folleto en ediciones El Salmón.

EL CONTROL INSTITUCIONAL DE LAS LUCHAS SOCIALES

Salvo en situaciones de peligro inminente del sistema de dominación, momento en que todas las reglas de juego quedan en suspenso y sólo la violencia de clase decide –una especie de tolerancia cero generalizada–, las instituciones han procurado integrar los movimientos de protesta antes que reprimirlos, delimitando un espacio por el que moverse y tendiéndoles puentes para comunicarse. En condiciones normales de dominio capitalista, la oposición y la protesta han tenido su estatuto legal y sus medios de presión y negociación, siendo las organizaciones catalogadas como representativas no sólo una parte importante del mecanismo de control social, sino el complemento necesario gracias al cual el interés particular de la dominación ha podido presentarse ante la sociedad como interés universal.

Sin embargo, el capitalismo no se queda mucho tiempo en la misma posición, y a medida que prosigue su avance, penetrando por todos los resquicios de la vida y acaparando todo el territorio donde ésta languidece, subvierte los cauces sociopolíticos que él mismo había establecido en la etapa precedente, obligándoles a perecer o adaptarse. Así, los mecanismos de integración y control tradicionales –los partidos, sindicatos y asociaciones, y con ellos, los parlamentos, los convenios y los medios de comunicación– modernizados durante los años setenta, perdieron eficiencia en la década posterior. Desde entonces no representan más que una protesta ficticia, poco creíble, falsa, espectacular.

En la medida en que los intereses generales afloran, lo hacen al margen de las instituciones, al modo salvaje, puramente negativo, incontrolado.

Los motivos del colapso de la oposición institucionalizada no son difíciles de adivinar: por una parte, la descomposición de la base social que la sostenía, las clases medias y trabajadoras; por la otra, el descrédito que se desprende de su propia inoperancia, fruto de la burocratización, la profesionalización y la corrupción.

Los patéticos intentos por reavivarla, bien a través de los autodenominados movimientos sociales, bien mediante las plataformas cívicas, es decir, por medio del juvenilismo y del ciudadanía, no conducen a ninguna parte, pues por estar dentro del sistema no se oponen realmente a nada, ya que

sus intereses se corresponden exactamente con los de la dominación. Su momento histórico ha caducado, se les ha pasado el arroz. Para la protesta verdadera la oposición institucionalizada es el problema, el enemigo y la amenaza.

Existe aún una razón mayor de rechazo todavía no expuesta, y ésta se deduce de la incompatibilidad absoluta del capitalismo en su fase actual con las formas burguesas democráticas, por la imposibilidad de formularse en ellas un interés de clase que pueda disfrazarse de general, es decir, que pueda separarse un ápice de los intereses privados de las grandes empresas y los bancos. En la sociedad del espectáculo no puede haber, ni siquiera entre los estratos dominantes, debate libre o información mínimamente veraz. Por eso la protesta salvaje no se erige en defensa de intereses verdaderamente generales, sino como rechazo frontal del interés privado representado en las instituciones.

Eso es bien visible en los conflictos territoriales y en las luchas antidesarrollistas. La protesta nace en nombre de intereses concretos lesionados, casi siempre locales, pero si consigue forzar algo parecido a un debate público, si logra edificar medios contra-informativos e instituciones alternativas que lo hagan posible, entonces dicho interés puede reformularse como interés general, al margen y en contra de los mecanismos de integración y control institucional.

La sociedad capitalista ha sido siempre una sociedad

disciplinaria y ese aspecto no ha cambiado con la mundialización y el nuevo ciclo verde. Pero ya no se trata de disciplinar al individuo como productor, padre de familia (es decir, como reproductor), creyente o patriota. Por eso los clásicos lugares de domesticación, la familia, la escuela, el ejército, la iglesia y la fábrica, entran en crisis. La quiebra de los mecanismos de integración y control político es parte de esa crisis, pues tampoco es cuestión del individuo como militante o votante. En el nuevo capitalismo el individuo ha de ser adiestrado solamente como habitante, a la vez consumidor y turista, para lo cual no tiene más que pasar de un lugar de encierro a otro, de su casa al trabajo o la escuela, del trabajo al sindicato, etc. Toda la sociedad, gracias a la urbanización total del territorio, se convierte en un gigantesco lugar de confinamiento, sin más reglas que las del consumo y las del espectáculo. La información es pura propaganda del nuevo régimen. Eso implica un nuevo reparto del espacio (incluido el virtual) y nuevo ordenamiento del tiempo, y por lo tanto, nuevos mecanismos de control social, nuevos métodos de integración. El control ha de enfrentarse al relajamiento de las barreras antaño bien específicas. En las empresas se hablará de Responsabilidad Social Corporativa –abreviando, RSC–; en los consistorios de las grandes urbes, de dispersión de los guetos de inmigrantes; en la administración y gestión del territorio, de gobernanza interactiva o participación transversal.

Todas ellas forman parte de la misma realidad que los códigos penales “de la democracia”, las recientes ordenanzas municipales, la video vigilancia, el sistema FIES, los campos de internamiento de indocumentados, los centros comerciales, la ingeniería genética y la autodenominada “economía sostenible”. Pues las mencionadas RSC, impedimento de suburbios étnicos y “democracia participativa”, no discurren en un ambiente democrático burgués tradicional, sino que están inmersas en un estado de excepción difuso, disimulado y sancionado por leyes.

La Responsabilidad Social Corporativa es una filosofía patronal que recuerda al fordismo y a la cogestión alemana de posguerra, aunque sin su voluntad hegemónica. Nació como reacción de un sector del empresariado a la ola de escándalos tipo Enron y a la actual crisis financiera e inmobiliaria. Dicha crisis ha modificado el modelo económico desarrollista, al trasladar al Estado y a las industrias de alta tecnología, la función que desempeñaba la especulación monetaria o bursátil, el endeudamiento y la urbanización, consolidando la división de la masa laboral en dos mitades completamente ajenas una de la otra. Por una parte, los trabajadores “privilegiados”, o sea, con empleo fijo, convenios regulares e hipotecas pagaderas; por la otra, los trabajadores precarios, con contratos basura o cobrando en negro, atrapados por las deudas, en su mayoría inmigrantes o jóvenes acabados de incorporar al mercado.

Unos están ligados a los sectores económicos emergentes, a bastiones de la burocracia sindical, o al Estado (funcionarios); otros, al sector duro de la economía: el turismo, la construcción, el comercio, la distribución, la limpieza o el cuidado de ancianos.

Para éstos sirven la política del palo, los horarios infames, el sueldo mínimo, el permiso de residencia y la amenaza de exclusión.

Para los otros, la estabilidad, la promoción, la formación continua, el reparto de beneficios, la ecología de empresa, la conciliación familiar y los siquiátras. Unos son controlados por asistentes sociales, educadores del suburbio y policías de proximidad; los otros, mediante los burócratas sindicales, la sicofarmacopea y la RSC. Esta última, ni que decir tiene, cuenta con el mayor beneplácito de los sindicatos y los ministerios, que son quienes realmente la promocionan. No constituye más que un factor de división añadido en el mundo del trabajo, desempolvar una vieja máxima patronal contra la lucha de clases: “un trabajador satisfecho con la empresa es un defensor acérrimo de la empresa”. Ahora aparece como subproducto del desarrollismo “sostenible”, sin más objetivo que el de impedir la emergencia de un movimiento autónomo al calor de una coyuntura laboral conflictiva.

La crisis financiero–inmobiliaria es una crisis interna, estructural, que ha inducido cambios macroeconómicos en

el modelo capitalista, pero dichos cambios no cuestionan los límites externos de dicho modelo, aquellos a los que el desarrollismo (el crecimiento) obliga a retroceder, con la secuela inacabable de catástrofes ecológicas y sociales. La verdadera crisis es externa, es la que se deduce de la incompatibilidad radical entre el capitalismo y la vida en la Tierra. Todo avance del sistema implica no solamente una artificialización mayor de la vida, una anomia social y un desarraigo material y moral completo, sino la creación de unas condiciones cada vez más extremas de supervivencia que extienden por doquier la posibilidad de conflictos. La cuestión social moderna no es capaz de surgir en las crisis internas sino como espectáculo, pues dentro del sistema los mecanismos de integración todavía funcionan. Un ejemplo clarísimo han sido los movimientos alter-globalizadores, venidos muy a propósito para reestablecer la legitimidad de la política.

La cuestión social emerge en los límites transgredidos por el crecimiento capitalista y no como pura negación, al modo de los guetos franceses o ingleses, sino como defensa de otra forma de vida, de una vida fuera del capitalismo. La cuestión social aflora, aun contra el deseo de sus protagonistas, en la defensa del mundo rural, en la lucha contra las centrales nucleares y los trasvases, en la resistencia a la urbanización, en el sabotaje de la agricultura transgénica, en el combate contra la construcción de grandes infraestructuras, desde el Tren de Alta Velocidad a

las Líneas de Muy Alta Tensión, pasando por los cinturones, los aeropuertos y las autopistas.

Los dirigentes son conscientes de que el conflicto principal latente no lo representan las movidas estudiantiles contra el plan Bolonia o los intentos por importar la revuelta griega, sino la “cultura del no” de la defensa del territorio. Sólo en dichos conflictos han hecho aparición formas incipientes de democracia directa (por ejemplo, la Asamblea Anti TAV, la coordinadora Galiza Non Se Vende y en mucha menor medida la Plataforma en Defensa de las Tierras del Ebro) y han sido presentados modelos alternativos al desarrollismo no capitalistas. Los dirigentes más ligados al capitalismo verde y al Estado creen que en la nueva fase desarrollista, mucho más destructiva que las anteriores por más que proclame su respeto al medio ambiente, el conflicto no podrá ser impedido, por lo que ha de reconocerse y reconducirse. En segundo lugar, la colaboración de la población en todo el proceso de reconversión verde es más necesaria que en fases anteriores, dado que ha de disciplinarse según pautas ecológicas de consumo, movilidad y ahorro en aparente contradicción con el despilfarro precedente. Llega pues la hora de la “democracia participativa”, de la búsqueda de interlocutores auxiliares para los conflictos entre la sociedad civil y los intereses empresariales aliados con la administración. Dado que las formas de integración tradicionales no pueden ser útiles directamente, son necesarios organismos intermediarios de

transacción capaces de sostener y defender acuerdos puntuales a cambio de tolerar las agresiones al territorio. No basta con la creación de lobbys propagandísticos y Comisiones Locales de Información –en realidad, de Desinformación– como en la época de construcción de las centrales nucleares. Los consistorios de los pueblos, las asociaciones vecinales y las plataformas cívicas son ese eslabón perdido de la pseudo democracia post burguesa, al que se le asigna el trabajo de desactivación de la protesta salvaje y sus modales anticapitalistas. La llamada democracia participativa no es en realidad ninguna democracia. No aparece para defender un interés general a partir de una agresión concreta, sino para negociar intereses particulares enfrentados, los de los grupos de afectados y las corporaciones económico–administrativas. No emana de las luchas antidesarrollistas, sino de las disposiciones contra ellas. No interviene para impedir la destrucción del territorio, sino para elevar el precio de dicha destrucción, incorporándole los costes sociales tal como los valora el mercado. La democracia participativa solamente fija unos nuevos límites institucionales, cuyo conocimiento es propagado por los Mass media, más allá de los cuales entra en juego la fuerza pública. Así pues, desempeña el poco honroso papel de obstaculizar el resurgimiento de la democracia real, de la autogestión territorial, que no tienen otra base que la apropiación del territorio por sus habitantes, su rescate del mercado.

En resumen, toda lucha que no cuestione el modelo de sociedad capitalista esta condenada a reforzarlo. Nadie puede ignorar que los intereses económicos dominantes son radicalmente contrarios a los de los habitantes. Y asimismo nadie puede ignorar que el sistema político en el que transcurren los conflictos no es democrático burgués, sino criptototalitario. Por lo tanto, las formas de representatividad institucional están al servicio directo del capitalismo y son incompatibles con la democracia horizontal de las asambleas, la única verdadera para los oprimidos.

Las luchas en defensa del territorio que no tengan en cuenta eso no son luchas reales, sino simulacros, y sus agentes trabajan para el enemigo.

Charla–debate en la universidad pirata de
Viladecans, 9 de diciembre de 2009.
Reproducido en el libro “Ez Araban Inonl”, de la
Asamblea contra el TAV de Gasteiz, junio de 2010.

EL TAIMADO ARTE DE DESTRUIR CIUDADES

Sobre la tendencia totalitaria del fenómeno urbano

La ciudad es un modelo particularmente revolucionario de asentamiento humano aparecida por primera vez durante el IV milenio a.C. en la Mesopotamia. El verdadero Edén fue una ciudad, no un jardín. Allí nacieron la escritura, la contabilidad, las ciencias, las artes y la verdadera democracia; las ideas de libertad y revolución, la sexualidad no convencional, la poesía, la historia y la filosofía; pero también, la burocracia, las jerarquías, las clases, los ejércitos regulares y el dinero. Pausanias rehusaba llamar ciudad a los agregados contruidos sin plaza ni edificios públicos, es decir, sin espacio público, sin un lugar de participación e intervención directa de la ciudadanía, sin un terreno para la política comunitaria (política viene de polis, ciudad en griego). En efecto, en la ciudad, gobierno, justicia, fiesta, mercado, teatro, pensamiento, ceremonial y pedagogía, o sea, todas las actividades consideradas públicas,

transcurrían al aire libre o en lugares abiertos. Sus límites estaban perfectamente definidos por un recinto urbano protegido por fosos y murallas.

Existía una clara distinción entre la ciudad, la forma excepcional de un espacio habitado, y la no ciudad, el campo, la forma habitual.

Conservando tales criterios, ninguna urbe conocida hoy en día podría considerarse ciudad, puesto que ninguna dispone de espacios públicos. Las rotondas han substituido a las plazas vacías y las zonas verdes a los jardines públicos, testimonios de un pasado sobre el que se hizo, teórica y prácticamente, tabla rasa, mientras que sucesivas autopistas periféricas marcaban la frontera momentánea a rebasar por una ininterrumpida oleada urbanizadora. La urbe totalitaria surge de la destrucción y de la fagocitación del espacio rural; no se distingue de su entorno sino por la densidad edificatoria, siempre en aumento; no tiene puertas ni límites, sólo cinturones viarios con muchos carriles, verdaderos tentáculos mediante los cuales aquélla envuelve a todo el territorio en un abrazo letal. A la variedad y originalidad de las calles y las plazas de la ciudad tradicional, opone la vulgaridad y monotonía de las barriadas yuxtapuestas. A la belleza de sus arquitecturas que manifiestan un amor a la vida y a todo lo humano, la urbe sobrepone la monstruosidad de monumentos que pretenden simbolizar el progreso y la modernidad. Las decisiones que conciernen a sus habitantes son tomadas en

espacios bien cerrados, por no decir blindados, a menudo privados, defendidos por esbirros y telecámaras. Nada ocurre gratuitamente, ni siquiera los grandes espectáculos deportivo–culturales que jalonan las etapas urbanizadoras: los accesos son de pago, siempre hay que comprar entrada. La vida cotidiana transcurre o bien dentro de un vehículo, o bien en una casa dormitorio bunkerizada.

Si la muerte en la ciudad había siempre acarreado una manifestación de duelo público, en la urbe totalitaria es un asunto privado sin importancia que no concierne más que al difunto.

Vida y muerte son tan semejantes que apenas pueden distinguirse. La insensibilidad general es el resultado: los muertos vivientes no se preocupan ni de los sufrimientos ajenos, ni del aire que respiran.

En el marco de una expansión infinita, el territorio rural pierde su patrimonio histórico, sus leyes propias, sus tradiciones locales y sus señas de identidad, para convertirse en satélite amorfo de la conurbación central. En realidad es un territorio considerado edificable, residencial, zona logística o lugar de paso; en suma, una prolongación de la urbe a la que trasladar sus penosas condiciones de supervivencia y su manera especial de entender el progreso: carestía, consumismo, atascos, insalubridad, neurosis, ruidos, contaminación y comida industrial. No será ya el amor a la libertad, la solidaridad o la vindicta de clase lo que

podrá caracterizar al habitante, sino las virtudes del ciudadano moderno, a saber, el miedo al prójimo, el odio racial y la manipulabilidad, condiciones políticas fascistas. En realidad el territorio podría definirse como el espacio intersticial entre dos conurbaciones, y como tal, destinado a suprimirse mediante las infraestructuras de circulación rápida y la concentración de la población dispersa. El territorio racionalmente ocupado, es decir, con densidad de población baja, ideal para la forma de vida rural, es inviable para la economía capitalista. Se han hecho números y la vida en el campo resulta parca en ganancias monetarias; hay que concentrar a sus habitantes alrededor de un centro comercial y de ocio, encerrarlos en sus casas y enchufarles la tele.

Podrá ser malo para los habitantes, pero es bueno para la especulación inmobiliaria, la motorización y el negocio turístico; por lo tanto, bueno para la economía, que es quien a la postre decide.

El verdadero urbanismo surge con la revolución industrial.

A lo largo de la historia la ciudad había padecido los embates de poderes totalitarios, pero nunca sus elementos habían quedado atrapados en una relación social abstracta, nunca habían sido mediatizados completamente por cosas, fuesen mercancías, trabajo o dinero. Eso empezó a ocurrir con el ascenso de la burguesía al poder. Si el primer urbanismo burgués proclamó la ciudad como lugar

privilegiado para la acumulación del capital, solamente cuando esa función fue declarada única podemos hablar de totalitarismo. De un dominio formal del capital se pasó a un dominio real. He llamado a esa fase urbanismo desarrollista, pues en esa etapa histórica que preludia a la urbe fascista, queda fijada la prioridad del crecimiento económico y urbano por encima de cualquier otra consideración. Tal propósito vino sellado por un pacto social entre los capitostes políticos, los empresarios nacionales y los dirigentes sindicales que proporcionó treinta años gloriosos de beneficios y transformó a las clases peligrosas en masas domesticadas. Las grandes familias burguesas cedieron el mando a managers y cuadros ejecutivos. De una sociedad de productores se pasó a una sociedad de consumidores; de una economía industrial, a otra de servicios; de un capitalismo nacional tutelado por el Estado a un capitalismo global dirigido por las altas finanzas.

El desarrollismo urbano es un periodo de transición que debuta con la aniquilación de la agricultura campesina y finaliza con la crisis de la industria. A partir de ese momento todos los problemas serán reducidos a su dimensión técnica, especialmente los urbanísticos. En adelante, la política, la economía, el derecho y la moral carecerán de autonomía, y sólo podrán ser abordadas desde la técnica, en nombre del progreso y del futuro entendidos, claro está, como progreso y futuro técnicos.

Cuando la tecnología se sobrepone a cualquier discurso

ideológico y ocupa una posición central, todas las cuestiones se resuelven partiendo de ella. La modernización tecnológica será la clave para superar todos los obstáculos y el criterio fundamental de la verdad modernizada. Y por el contrario, oponerse a ella definirá al enemigo social, al reaccionario, al “antisistema”. La libertad existe en una sola dirección, la de la técnica: cualquiera puede ser libre para comprar un coche y tiene derecho a la velocidad; la lentitud y el caminar son actos subversivos.

La técnica no es neutral; es instrumento y arma, y en calidad de tales, sirve a quien posee su secreto, a quien enchufa o desenchufa, a quien decide su aplicación. O sea, sirve al poder dominante, al poder de la dominación. Es el matrimonio con el capital lo que la ha puesto al servicio de la opresión, determinando tanto su evolución y desarrollo, como su devenir religioso. La técnica es a la vez condición de existencia y religión de las masas despolitizadas, amaestradas y asustadas. Alcanzado este estadio, la técnica ya es totalitaria. No ya porque abarque la totalidad de la vida, sino porque arrasa con todo.

No reconoce límites, puesto que no reconoce la supremacía de lo humano. La misma limitación de los recursos, de la nocividad del ambiente o la degradación de la vida, sirve de estímulo. Hay soluciones técnicas para todo, y no caben otras. Para el caso que nos ocupa, el urbanismo totalitario, diríamos que es tecnicista, sigue las leyes y los principios de la tecnología, e igual que ella, funciona

destruyendo todo lo precedente para reconstruirlo de nuevo a cada innovación.

Bajo la dictadura de la tecnología no es que el trabajo se haga precario: la misma existencia se vuelve precaria. Una vez liquidado el proletariado de las fábricas, las fuerzas productivas, ya eminentemente técnicas, son en esencia fuerzas destructivas.

El urbanismo, también lo es. El crecimiento económico, que no puede apoyarse más que en medios técnicos, impone gracias a la maquinaria urbanizadora, un estado de guerra permanente contra el territorio y sus habitantes. Por eso los arquitectos y urbanistas habrán de ser juzgados como criminales de guerra.

Por eso quienes tratan de contemporizar y aceptan una destrucción negociada acaban traicionando la buena causa del territorio.

La lucha antidesarrollista y en defensa del territorio es la única que plantea la cuestión social en su totalidad, puesto que más que nunca es una lucha por la vida. Es la lucha de clases del siglo XXI. No se entiende esa lucha en armonía con un modelo capitalista no cuestionado, es inconcebible fuera del horizonte de la desurbanización y la autogestión territorial. Sólo en los escenarios donde transcurren los combates contra la barbarie urbanizadora podrán soplar los aires de libertad que fueron expulsados de las primitivas

ciudades y podrán resurgir las fecundas maneras vitales que caracterizaron la cultura agraria. *¡Hic Rhodus, hic salta!*

Elaborado a partir de las charlas, debates y entrevistas ocurridos el 7, 8 y 9 de enero de 2010 en Radio Black Out, en la Librería Calusca de Milán, en la sala Pasquale Cavaliere de Turín, y en la Ex Pescheria de Avigliana (Val Susa).

EL SABOR DE LA TIERRUCA

Relación abreviada de la destrucción del territorio peninsular

La sociedad capitalista ha alcanzado su cénit colonizando todos los rincones del planeta y absorbiendo todos sus elementos para ponerlos al servicio del mercado. Todo lo que un día tuvo su valor de uso, ahora tiene un valor de cambio. El resultado de tanta modernización no logra esconder un sentimiento de pérdida que el genio capitalista inmediatamente convierte en un nuevo factor de producción. La nostalgia de lo natural hace que los modernos consumidores se vuelquen hacia los productos con ese apelativo comercial, compren segundas residencias en zonas ajardinadas y visiten escenarios arreglados para parecer salvajes, donde pueden pasar unos días “de aventura” y sentirse como Robinson Crusoe en su isla. Hoy,

desde cualquier ángulo en que se mire, todo el mundo se considera ecologista; a nadie se le ocurriría declararse contra la ecología o el medio ambiente, aunque, en cambio, puede que sí lo hiciera si se tratase de inmigrantes, anarquismo, aborto, revolución o sexo libre. A todo el mundo le encanta la naturaleza. Sin embargo, lo que hoy se trata de preservar no es la naturaleza en cuanto a tal, o si se quiere, el territorio; es más bien una imagen a la que ya se le ha puesto precio y de la que tan sólo queda por discutir la modalidad de su explotación.

Un problema pues, simplemente fiscal, y sobre todo, una optimización de beneficios.

Las plataformas ecologistas del tipo “salvemos el ..”. o “en defensa de..”. no pretenden rellenar la grieta que la economía de mercado ha provocado entre el territorio y sus habitantes. Esta separación es la base de la actual organización social, a la que no se cuestiona en absoluto aunque comporte la destrucción del territorio y, a la larga, de la vida que alberga. Solamente se quiere que dicha destrucción sea más digerible y, ante todo, que sea pactada. Los “verdes” razonan en términos de mal menor y con una seriedad verdaderamente cómica nos transmiten un mensaje atrabiliario: para ganar una batalla hay que perder la guerra. Entendemos por territorio, no el paisaje “protegido” oropel de lo urbano, ni tampoco la parte de suelo aún no urbanizada.

Territorio es el espacio geográfico donde ocurren todas las actividades humanas. Lo que llamamos territorio es un hecho histórico; en la medida en que la humanidad interactúa con él encontramos historia en cada uno de sus rincones, que podemos seguir en las variaciones del concepto de naturaleza dominantes en cada época, en las distintas representaciones filosóficas o religiosas de la idea. Vida, trabajo, instituciones, economía, naturaleza, forman un todo articulado. Las ciudades también son inseparables de los pueblos, los campos, los bosques y las montañas.

Todo está relacionado con todo. Si la interacción entre la naturaleza cósmica y la sociedad no es armónica y equilibrada, la vida se degrada y el territorio se destruye. El proceso ocurre al darse la separación entre hombre y territorio, de donde derivan las demás separaciones: entre ciudad y campo, entre economía y sociedad, entre burgueses y proletarios, entre dirigentes y dirigidos.

En el pasado los límites de la separación los imponía la técnica; podíamos llamar naturaleza a lo que caía fuera de su alcance, y que, por lo tanto, no quedaba afectado por ella. Hace ciento cincuenta años Marx ironizaba sobre el asunto, apuntando que para encontrar naturaleza en estado puro habría que buscar en los arrecifes australianos. En la actualidad los artilugios tecnológicos y los negocios llegan a todas partes y nada queda a salvo, ni los arrecifes. Han conformado un entorno artificial, una especie de segunda naturaleza. El territorio, la naturaleza y el medio ambiente

han sido modificados para formar parte de la economía mundial; son independientes del resto de los factores y sujetos sólo a leyes de mercado. La unificación totalitaria del mundo gracias a la técnica y a la economía, ha dado lugar en nuestro tiempo a la separación más acabada de sus componentes. La artificialización y destrucción generalizada son el resultado.

Al tratar de la destrucción del territorio, conviene no caer en la facilidad pasadista, dándole la culpa bien sea a los romanos, bien a los Reyes Católicos, para ir después a buscar en periodos lejanos una Edad de Oro, donde el placer, la abundancia y la salud dominaban sin réplica. Las páginas de la Historia donde imperaron la felicidad y la libertad están escritas en blanco. Cada paso hacia ellas, también ha sido un paso hacia la barbarie; en cualquier época histórica encontraríamos pruebas de las tres.

Es más, si hiciéramos caso de las encuestas, concluiríamos que nuestra época es la más feliz y libre de todas, la menos bárbara, pero así como los datos del presente no reflejarían más que la extrema pobreza de espíritu de los encuestados, su sensibilidad agotada, sus mezquinas aspiraciones y sus deseos manipulados, los del pasado no lograrían ocultar que precisamente en él se originó el polvo que acarreó semejantes lodos. En efecto, la gran capacidad de autoengaño, o mejor, el grado de esclavitud interiorizada de las enfermizas masas modernas, seguramente supera con creces al que podían asumir los celtíberos numantinos, los

comuneros de Castilla o las partidas de Juan Martín El Empecinado, pero la liberación no vendrá caminando hacia atrás, regresando a cualquier tiempo pasado, donde todo se supone que fue mejor. A lo sumo, la mirada desde el presente iluminará las pérdidas sufridas en las encrucijadas históricas mal resueltas, lo que puede ser de alguna utilidad en los combates actuales en defensa del territorio. Pero sepan los contendientes que ningún Apocalipsis les libraré de la necesidad de entablar batalla, ni ningún conjuro ideológico o fórmula existencial les ahorrará el deber de ganarla.

Ahora ya, sin más preámbulos, centrándonos en el tema que nos ocupa, a saber, el impacto de las relaciones capitalistas sobre el territorio, describiremos tres etapas cualitativamente diferenciadas que jalonan el camino de su desagregación. La primera comienza a finales del siglo XVIII y termina a mediados del XIX. En ella sucede la transición del Antiguo Régimen, la monarquía absoluta, hacia el régimen liberal. Partiendo de la separación entre ciudad y campo, a lo largo del periodo se creó el mercado de la tierra y se destruyó cualquier forma de comunidad agraria, dando lugar a la constitución de una clase terrateniente que sustituyó a la aristocracia como clase dominante. La segunda, la que transcurre en paralelo al desarrollo del mercado interior y a la industrialización, abarca varios regímenes políticos, desde finales del siglo XIX hasta la década de los ochenta del siglo XX. La producción agrícola

mercantilizada irá perdiendo importancia en provecho de la industria nacional y de los servicios, configurándose el dominio absoluto de las ciudades –convertidas en conurbaciones por la afluencia de emigrantes– y afianzándose el liderazgo de la burguesía nacional, empresarial o financiera. La tercera etapa, la actual, que corresponde a la economía globalizada, en la que predominan el sector terciario e inmobiliario, protagoniza la suburbialización del campo, siendo el ladrillo y el asfalto los frutos más característicos de la actividad agraria. A la vez que los sistemas metropolitanos devoran su entorno rural para urbanizarlo, acondicionarlo o convertirlo en vertedero, la política nacional queda absorbida completamente por la economía mundializada, consagrando la dominación de una clase dirigente internacional compuesta por altos ejecutivos de la política, de las multinacionales y de las finanzas.

La “reforma agraria”, es decir, la mercantilización de la propiedad rural, fue concebida a partir de 1770 por los altos funcionarios de la monarquía borbónica. Las Sociedades Económicas de “Amigos del País” que impulsaron los aristócratas y religiosos “ilustrados”, desempeñaron el mismo papel instructor y difusor que en Francia la Enciclopedia y los filósofos. Las nuevas teorías arbitristas y fisiócratas conformaron la mentalidad de la élite dirigente, según la cual, la economía política, con la ayuda del despotismo real, debía ocupar el centro de las preocupaciones sociales. Los ilustrados fueron los primeros

desarrollistas. España era un estado monárquico escasamente poblado; tenía diez millones de habitantes, ocho de los cuales vivían en el campo.

Considerando la agricultura como fuente casi exclusiva de prosperidad y riqueza nacional, y por consiguiente, a la tierra como el principal factor de producción, según los Olavide, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, etc., todo progreso en la productividad agraria redundaría en bienestar y crecimiento de la población, en beneficios para el comercio y en engrose de las arcas del Estado. Sin embargo, un obstáculo se levantaba ante esta promesa de felicidad burguesa. La propiedad se hallaba tan trabada por privilegios, contratos, derechos, leyes y costumbres, que era imposible enajenarla, a fin de que, mediante la aplicación de nuevas técnicas de cultivo, la introducción de maquinaria, el empleo de abonos y la explotación del trabajo asalariado, se convirtiera en capital. En efecto, la tierra que pertenecía a los nobles estaba sujeta por vinculaciones; la tierra en manos de la Iglesia y de otras “manos muertas” (la caridad pública), de las que obtenía un “diezmo”, estaba infrutilizada y sin “cerrar”; en fin, la tierra perteneciente a los municipios o al común, se explotaba en régimen de colectividad, según la tradición, y era en su mayor parte de acceso gratuito. Los pueblos tenían su abastecimiento garantizado gracias al control de los mercados locales; su economía funcionaba merced a un sistema integrado de aprovechamiento forestal, pastoril y agrícola que suplía con

creces las necesidades del vecindario. La tradición y el derecho consuetudinario impedían la imposición de las leyes del libre mercado, bien sobre la institución municipal y la tierra, bien sobre los alimentos o el trabajo. Dicha situación ha servido de base para una ideología medievalista que se presenta como panacea de todos los males introducidos por el capitalismo, pero no olvidemos que el mundo de las comunidades aldeanas distaba mucho de ser idílico. Para comenzar, había sido despojado de su sistema genuino de gobierno: las asambleas populares o concejos abiertos habían sido sustituidos por juntas caciquiles y los cargos públicos podían comprarse, venderse e incluso dejarse en herencia. Además, se excluía del derecho a los bienes del común a la parte de la población no considerada vecina, que solía ser la más necesitada. El paraíso relativo del colectivismo agrario existía inmerso en un infierno poblado por el Estado borbónico y sus guerras, la Inquisición, la Mesta, los señoríos jurisdiccionales y las oligarquías burguesas de las ciudades. Si cada institución estaba enlazada con las demás, podemos imaginar las dificultades de recomponer la situación sin los males que emanaban de su esencia, y, por lo tanto, nos es legítimo sospechar que quienes elaboran y defienden propuestas de cambio social arcaizantes, perfectamente imposibles, en el fondo no quieren cambiar nada.

Quiso la ironía de la Historia que la separación entre el territorio y sus habitantes merced a la comercialización del

suelo y la supeditación de los municipios a los ritmos del mercado de la tierra o al de los granos, no fuera obra de ninguna reforma, sino de las enormes deudas que contrajo la monarquía en cuatro guerras. Para amortizarlas emitió vales reales que en su mayoría fueron comprados por la burguesía comercial de las ciudades y los propietarios rentistas. En su incesante sed de dinero, el Estado monárquico se vio obligado a vender primero las tierras de los hospitales, hospicios, comedores, casas de misericordia, de expósitos y obras pías; después, las propiedades de las órdenes religiosas y de las iglesias; y finalmente, los bienes municipales y comunales. La aristocracia no resultó afectada sino en la ley que suprimía los mayorazgos y permitía cercar o enajenar sus propiedades, equiparándola a la recién nacida burguesía terrateniente. Los minifundios que dominaron en algunas zonas, fueron consecuencia de los contratos enfitéuticos y la venta a censo reservativo, prácticas tradicionales. Como consecuencia de la desamortización se liberaron los arriendos, se rebajaron los salarios y se desregularon los mercados locales, dando lugar a la ruina de los municipios y la miseria de campesinos y jornaleros. La nueva clase semifeudal latifundista apoyada en el Estado liberal forzó una contrarreforma fiscal: en lugar de gravar la propiedad, los nuevos impuestos, sisas y consumos, gravaban el comercio de los alimentos básicos como el pan y la carne, desviando la presión impositiva hacia los desposeídos labradores y empobrecidos braceros. Las clases rurales habían sido sacrificadas a los intereses del

Estado y de la burguesía, pero la eliminación de obstáculos al desarrollo capitalista no produjo riqueza alguna para la “Nación”. La desamortización de tierras no atrajo capital a las ciudades, que se mantuvieron tal como estaban, sin apenas industrias, y por tanto, sin necesidad de mano de obra. Mientras que la población pasó de diez a diecinueve millones, en 1900 todavía los dos tercios vivían en el campo. Al tener escasas opciones de emigrar a las ciudades o a ultramar, los habitantes de los campos quedaron atrapados en sus pueblos con pocos medios de subsistencia y ninguna institución auxiliadora, con la sociedad a la que pertenecían desarticulada y los derechos que les protegían suprimidos. Las guerras carlistas fueron la respuesta a tanto estropicio, seguidas por una oleada de atentados contra las personas pudientes y las propiedades. No es de extrañar que para defender a los terratenientes y hacendados del campo se fundara la Guardia Civil, cincuenta años antes que cualquier otro cuerpo policial.

Con la creación de un nuevo marco jurídico que imponía la propiedad privada sobre las ruinas de una costumbre basada en la igualdad y la cooperación, retrocedió la cultura agraria hasta casi desaparecer. Entonces empezó a hablarse de ignorancia, atraso y analfabetismo. La cultura campesina, fundamentalmente oral, había producido un riquísimo folklore y una inmensa cantidad de conocimientos prácticos. En España pocos hablaban el castellano de Burgos y Valladolid, lengua usada principalmente por aristócratas,

funcionarios, periodistas, terratenientes y frailes. Existía una diglosia evidente entre el habla popular y el idioma oficial. El pueblo, incluso el de las ciudades, hablaba un sinfín de lenguas regionales, dialectos y jergas. Nada de eso era producto del atraso; por ejemplo, los dialectos eran tan antiguos o más que el castellano, poseían un abundante léxico propio, gran vitalidad y, en ocasiones, habían alcanzado expresión literaria.

Con mayor razón podría decirse de las lenguas restantes. Sin embargo, desde el punto de vista centralista de la clase dirigente debía de haber una sola lengua oficial, un solo “español”, regulado por una Academia de la Lengua, a imitación francesa. Todo lo demás iba contra el “progreso”, de ahí que el habla campesina fuese considerada poco menos que signo de barbarie. El programa pedagógico de la Ilustración fue recogido por los políticos liberales gracias al Concordato y la Ley de Bases de 1857. Los campesinos y los proletarios debían de aprender la lengua de las autoridades, de los patronos y contraamaestres, que era el vehículo por el que recibían órdenes. La escolarización se volvió un arma centralizadora y adoctrinadora, una herramienta para transmitir desde el Estado y la Iglesia la nueva cultura escrita y codificada de la clase dominante. La escuela venía para contribuir a la liquidación una cultura de siglos, uniformizar las mentes de generaciones y empobrecer su pensamiento, pero los frutos tardaron décadas en recogerse porque la enseñanza que a partir de entonces llamaron “primaria”

debía ser costeada por los municipios, y éstos no podían pagar a los maestros. La única enseñanza practicada durante mucho tiempo fue la religiosa.

Durante la República, la pequeña burguesía en el poder intentó remediar la situación mediante un plan que preveía la construcción de 27.000 escuelas laicas, pero el mérito del genocidio cultural se lo llevaron la imposición franquista de la “lengua del imperio”, la emigración irreversible a las ciudades, la colonización mental a través de los medios de comunicación unilateral y la hipermovilidad de la población globalizada.

En España los ferrocarriles no fueron un producto de la revolución industrial, sino que se construyeron para provocarla.

La operación resultó fallida y la industrialización no vino sino muy lentamente hacia finales de siglo. Con la excepción de Madrid y Barcelona, las ciudades no experimentaron cambios significativos, y el exceso de población fue canalizado hacia América, aunque también a Francia y Argelia (tres millones entre 1887 y 1914). En las zonas latifundistas, la lealtad de los campesinos a los pulpitos se había desplazado a las ideas revolucionarias; concretamente, el campo andaluz mostró una gran capacidad de organización y una combatividad mejor dosificada, como prueban las insurrecciones de Loja y El Arahál, la expansión de la Primera Internacional en el sur

peninsular, el levantamiento de los campesinos de Jerez y el proceso de la Mano Negra, seguirán siendo un elemento clave en la creación de sindicatos.

La coyuntura económica favorable provocada por la guerra mundial de 1914 atrajo a miles de campesinos a las ciudades, donde engrosaron las filas del proletariado. Con todo el número de trabajadores de la tierra doblaba ampliamente al de los obreros de la industria (cinco millones contra dos), por lo que la cuestión social seguía siendo fundamentalmente un problema agrario y fue precisamente su no resolución lo que trajo la guerra civil. La victoria fascista fue sangrienta para todos los perdedores en general, pero en el campo alcanzó niveles de exterminio.

El triunfo del ejército, la masacre de los opositores y la política autárquica del nuevo régimen posibilitaron la prolongación del dominio terrateniente. El atraso en el campo y el hambre en las ciudades significaron un retorno a la economía de subsistencia. El agro recuperó habitantes: todavía en 1950 la población rural era el 45 % del total. No obstante las tornas cambiaron cuando la industria se convirtió en el motor del desarrollo: entre 1957 y 1975 sucedió una verdadera revolución industrial que redujo considerablemente la población del campo, descendiendo ésta del 42 al 24 % (más de cuatro millones de personas emigraron a las ciudades; un millón lo hizo al extranjero).

Para un vaciado anterior semejante se hubieran

necesitado sesenta años contando desde 1900. La agricultura tuvo que “modernizarse” y regirse con los mismos criterios que la industria: concentrar la propiedad, introducir maquinaria, fertilizantes químicos, híbridos y pesticidas, producir para el mercado, comercializar los productos; en una palabra, hubo que transformar la explotación agrícola y ganadera en un sistema de empresas dependiente de multinacionales de la petroquímica y la distribución. El territorio resultó seriamente modificado: desaparecieron los huertos urbanos y las vegas que hasta los años cincuenta abastecían a las ciudades; el contraste entre un campo semidespoblado y las conurbaciones densamente habitadas se hizo más escandaloso; los incendios forestales se volvieron habituales; la circulación de vehículos aumentó exponencialmente; en fin, se acentuó el desplazamiento de la población a la costa, lo que combinado con el turismo dio lugar a una auténtica devastación, modelo para desarrollos posteriores.

Los progresos de la economía capitalista globalizada, al desregular el mercado de alimentos, liquidaron la clase de pequeños y medianos campesinos, convirtiendo a la agricultura autóctona en una actividad marginal. Al transformarse el territorio rural en paisaje, con el toro de Osborne como logotipo, se habrían las puertas de par en par a la degradación. Se mejoraron los accesos para que los habitantes de las aglomeraciones urbanas frecuentasen en masa los lugares y arramblasen con todo lo que

encontraban, musgo, espárragos, setas, bayas, cortezas y matojos. La motorización hizo devenir al territorio rural satélite de la conurbación, sea como decorado naturalista a destrozarse sin reparos, o sea como reserva de espacio para una segunda urbanización extensiva combinada las más de las veces con la industria turística. Pero el campo devino también un sitio idóneo para las infraestructuras viarias, para la instalación de basureros, para el hospedaje de centrales –nucleares, térmicas o eólicas–, para el albergue de industrias contaminantes expulsadas de los recintos urbanos, o para la realización de experimentos transgénicos. Los cultivos, industrializados, han subsistido gracias a la explotación extrema de inmigrantes foráneos, contribuyendo con enormes extensiones de plástico, montañas de excrementos y ríos de purines, al nuevo concepto de belleza agraria. La lógica del capital ha requerido que cada elemento del territorio y de la actividad social que ocurre en su seno –la ciudad, los pueblos, la producción, la circulación, los habitantes, el trabajo, las instituciones, la tradición, los alimentos, el paisaje, el juego, el aire– se haya independizado de los demás y no responda más que a las exigencias de la economía. La separación ha quedado consumada en todos los ámbitos y en todos los aspectos. En lo sucesivo, cada pieza del puzzle territorial obedece únicamente a las leyes de la oferta y la demanda.

Un enorme problema se presenta ante quienes quieran enderezar la situación y recomponer el territorio para el

disfrute de sus habitantes. Cada componente separado ha de volver a unificarse escapando del mercado, lo que tiene una traducción cultural, institucional y política. No sirven las actitudes voluntaristas e individuales, sino los movimientos de masas conscientes que luchen por nuevas formas de vida libres e independientes y organicen en esa dirección sus contrainstituciones. Lo que hoy llamamos industria, partidos, Banca, Gobierno, es solamente el bando de los vencedores, y precisamente por sólo ser un bando, se halla abocado a la decadencia; como además es el bando que dirige y toma decisiones, por eso es criminal y culpable. Su fin será el comienzo de otra época mejor o peor, eso dependerá de la calidad de sus enterradores, y, en general, de las ansias de libertad y autenticidad de las mujeres y los hombres que vayan a heredarla.

Charla en Can Masdeu,
Barcelona, 28 de febrero de 2010.

NOSOTROS, LOS ANTIDESARROLLISTAS

La fe en el crecimiento económico ilimitado como solución a los males sociales ha sido inherente al régimen capitalista, pero no fue hasta los años cincuenta del siglo pasado cuando dicha fe, bajo el nombre de desarrollismo, se convirtió en una política de Estado. A partir de entonces, la Razón de Estado fue principalmente Razón de Mercado. Por primera vez, la supervivencia de las estructuras de poder no dependía de guerras, aunque fueran “frías”, sino de economías, preferentemente “calientes”. La libertad, siempre asociada al derecho civil, pasaba cada vez más por el derecho mercantil. Ser libre fue a partir de entonces, exclusivamente, poder trabajar, comprar y vender libremente, sin regulaciones, sin trabas. En lo sucesivo, el grado de libertad de las sociedades capitalistas vino determinado por el porcentaje de parados y el nivel de consumo, es decir, por el grado de integración de los

individuos a la economía. Y corolariamente, la protesta social más auténtica se definió como rechazo al trabajo y al consumismo, es decir, como negación de la economía independizada de la colectividad, como crítica antiindustrial, como antidesarrollismo.

Pronto, el desarrollismo se ha convertido en una amenaza no sólo para el medio ambiente y del territorio, sino para la vida de las personas, reducida a los imperativos laborales y consumistas.

La alteración de los ciclos geoquímicos, la contaminación, la destrucción de los ecosistemas y el agotamiento de recursos, ponen literalmente en peligro la continuidad de la especie humana. La relación entre la sociedad urbana y el entorno suburbializado ha sido cada vez más crítica, pues la urbanización generalizada del mundo conlleva su banalización completa: uniformización del territorio mediante su fácil accesibilidad; degradación por el asfalto y el ladrillo; ruina de sus habitantes por inmersión en un nuevo medio artificializado, sucio y hostil. El desarrollismo, al valorizar económicamente el territorio y la vida, era inherente a la degeneración del medio natural y a la descomposición social, pero precisamente porque cualquier forma de crecer devino fundamentalmente una forma segura de destruir, la destrucción misma llegó a ser el mayor estímulo para el desarrollo y condición *sine qua non* del crecimiento. El desarrollismo encontró sus límites en el "Peak" de la producción de petróleo, el calentamiento

global, el cáncer y la producción de basura. Las fuerzas productivas autónomas eran principalmente fuerzas destructivas, lo cual volvía peligrosas las huidas hacia delante. Pero la solución al problema, desde la lógica capitalista, residía en ese mismo peligro, en esa misma huida. Gracias a dichos límites podían convertirse en valor de cambio los elementos naturales gratuitos como el sol, el clima, el agua, el aire, el paisaje... O los síntomas de descomposición social como el aislamiento, la agresividad, el estrés, la marginación... El riesgo, la polución y la neurosis se volvieron capital. Las críticas ecológicas y sociológicas proporcionaron ideas y argumentos a los dirigentes mundiales. Así pues, la nueva clase dominante ligada a la economía globalizada dispuso de un verdadero arsenal aparte del sindicalismo de concertación o la tecnología policial: la convivencia de pago, el consumismo “crítico”, el reciclaje y la industria verde; en resumen, el desarrollismo “sostenible”, el control social y su complemento político, la democracia “participativa”.

El crecimiento económico, a partir de los años setenta, no pudo asegurarse más por la mano de obra y pasó a depender completamente del desarrollo técnico. La tecnología se transformó en la principal fuerza productiva, suprimiendo las contradicciones que se desprendían de la preponderancia de la fuerza de trabajo en la producción. En adelante los obreros dejaban de ser el elemento principal del proceso productivo, y por consiguiente, perdían interés

como factor estratégico de la lucha social. Si los conflictos laborales nunca habían cuestionado la naturaleza alienante del trabajo, ni el objeto o las consecuencias de la producción, puesto que las luchas obreras siempre se movían en la órbita del capital, menos cuestionarían ahora el meollo del problema, la máquina, condenándose a la ineficacia más absoluta como luchas por la libertad y la emancipación. Las ideologías obreristas eran progresistas; consideraban el trabajo como una actividad moralmente neutra y mantenían una confianza ciega en la ciencia y la técnica, a las que suponían los pilares del progreso una vez los medios de producción cayeran en manos proletarias. Criticaban el dominio burgués por no poder desarrollar a fondo sus capacidades productivas, o sea, por no poder ser suficientemente desarrollista. En ese punto demostraron estar equivocadas: el capitalismo, en lugar de inhibir las fuerzas productivas, las va desarrollando al máximo. La sociedad plenamente burguesa es una sociedad de la abundancia. Y precisamente esa abundancia, producto de dicho desarrollo, es la que ha destruido la sociedad. En el polo opuesto, los antidesarrollistas, por definición contrarios al crecimiento de las fuerzas productivas, cuestionan los medios de producción mismos, ya que la producción, cuya demanda viene determinada por necesidades ficticias y deseos manipulados, es en su mayoría inútil y perjudicial. Lejos de querer apropiarse de ellos, aspiran a desmantelarlos.

No apuestan por la autogestión de lo existente, sino por el retorno a lo local. También cuestionan la abundancia, por ser sólo abundancia de mercancías, por lo demás, abundancia envenenada. Y critican el concepto obrerista de crisis como momento ascendente de las fuerzas revolucionarias. Bien al contrario, el capitalismo ha sabido instalarse en ella y demostrar más capacidad de maniobra que sus supuestos enemigos. La historia de los últimos años enseña que las crisis, lejos de hacer emerger un sujeto histórico cualquiera, no han hecho más que catapultar la contrarrevolución.

La visión del futuro proletario era la sociedad convertida en fábrica, nada esencialmente distinto del presente, en que la sociedad entera es un hipermercado. La diferencia obedece a que en el periodo de dominio real del capital los centros comerciales han sustituido a las fábricas y, por lo tanto, el consumo prima sobre el trabajo. Mientras las clases peligrosas se convertían en masas asalariadas dóciles, objetos pasivos del capital, el capitalismo ha profundizado su dominio, alojando los lazos que le ligaban al mundo laboral. A su manera, el capitalismo moderno también está contra el trabajo. En la fase anterior de dominio capitalista formal se trabajaba para consumir; en la actual, hay que consumir incesantemente para que el trabajo exista. La lucha antidesarrollista quiere romper este círculo infernal, por lo que parte de la negación tanto del trabajo como del consumo, cosa que lleva a cuestionar la existencia de los

lugares mal llamados ciudades, donde ambas actividades son preponderantes.

Condena esos conglomerados amorfos poblados de masas solitarias en nombre del principio perdido que presidió su fundación: el ágora. Es la dialéctica trabajo/consumo la que caracteriza a las ciudades al mismo tiempo como empresas, mercados y fábricas globales. Por eso, el espacio urbano ha dejado de ser un lugar público para la discusión, el autogobierno, el juego o la fiesta, y su reconstrucción se rige por criterios desarrollistas. La crítica del desarrollismo es entonces una crítica del urbanismo; la resistencia a la urbanización es por excelencia una defensa del territorio.

La defensa del territorio, que tras la desaparición de la agricultura tradicional se sitúa en el centro de la cuestión social, es un combate contra su conversión en mercancía, o sea, contra la existencia de un mercado del territorio. El territorio es ahora el factor desarrollista fundamental, fuente inagotable de suelo para urbanizar, promesa de gigantescas infraestructuras, lugar para la instalación de centrales energéticas y vertederos, espacio ideal para el turismo y la industria del ocio... Es una mina inagotable de impuestos y puestos de trabajo basura, algo con lo que poner de acuerdo a las autoridades regionales, las fuerzas vivas municipales y los ecologistas neorrurales, para quienes la cuestión territorial es sobre todo un problema fiscal y de empleos.

La lógica de la mercancía está fragmentando y colonizando el territorio desde las conurbaciones, componiendo con todo un solo sistema metropolitano. Las luchas antidesarrollistas tienen pues en la defensa del territorio un dique contra la oleada urbanizadora del capital. Intentan que retrocedan las fronteras urbanas. Son luchas por la recuperación del colectivismo agrario y por la desurbanización. Pero también son luchas que buscan el reencuentro y la comunicación entre las personas, luchas por el restablecimiento de la vida pública.

Para que el antidesarrollismo llene de contenido las luchas sociales ha de surgir una cultura política radicalmente diferente a la que hoy predomina. Es una cultura del “no”. No a cualquier imperativo económico, no a cualquier decisión del Estado. No se trata pues de participar en el juego político actual para contribuir en la medida que fuere a la administración del presente estado de cosas. Se trata mejor de reconstruir entre los oprimidos, fuera de la política pero en el seno mismo del conflicto, una comunidad de intereses opuestos a dicho estado. Para eso la multiplicidad de intereses locales ha de condensarse y reforzarse en un interés general, a fin de plasmarse a través del debate público en objetivos concretos y alternativas reales. Una comunidad así ha de ser igualitaria y estar guiada por la voluntad de vivir de otro modo. La política antidesarrollista se basa en el principio de la acción directa y la representación colectiva, por lo que no ha de reproducir la

separación entre dirigentes y dirigidos que conforma la sociedad vigente. En esa vuelta a lo público, la economía ha de regresar al *domus*, ha de volver a ser lo que fue, una actividad doméstica. La comunidad ha de asegurarse contra todo poder separado, por un lado, organizándose horizontalmente mediante estructuras asamblearias, y controlando lo más directamente posible a sus delegados o enlaces, de forma que no se conviertan en jerarquías formales o informales. Por el otro, rompiendo la sumisión a la racionalidad mercantil y tecnológica. Nunca podrá dominar las condiciones de su propia reproducción inalterada si actúa de otro modo, es decir, si cree en la tecnología y en el mercado, si reconoce alguna legitimidad en las instituciones del poder dominante o adopta sus métodos de funcionamiento.

Para recuperar y desactivar la rebelión social, principalmente juvenil, contra las nuevas condiciones de la dominación, las que obedecen al mecanismo de construcción/destrucción/reconstrucción típico del desarrollismo, se pone en marcha una versión degenerada de la lucha de clases, los llamados “movimientos sociales”, plataformas inclusive. Puesto que ya no se quiere otro orden social, el mito del “ciudadano” puede sustituir cómodamente al mito del proletariado en los nuevos esquemas ideológicos.

El ciudadanía es el hijo más legítimo del obrerismo y del progresismo. No surge para enterrarlos, sino para revitalizar

su cadáver. En un momento en que no hay más auténtico diálogo que el que pueda existir entre los núcleos rebeldes, aquél sólo pretende dialogar con los poderes y hacerse un hueco. Pero la comunidad de los oprimidos no ha de intentar coexistir pacíficamente con la sociedad opresora pues su existencia no se justifica sino en la lucha contra ella. Una manera de vivir diferente no ha de cimentarse en el diálogo y la negociación institucional con la forma precedente. Su consolidación no vendrá pues ni de una transacción, ni de una crisis económica cualquiera, sino de una secesión masiva, de una disidencia generalizada, de una ruptura drástica con la política y con el mercado. En otras palabras, de una revolución de nuevo tipo. Puesto que el camino contrario a la revolución conduce no sólo a la infelicidad y la sumisión, sino a la extinción biológica de la humanidad, nosotros, los antidesarrollistas, estamos por ella.

El pensamiento antidesarrollista o anti-industrial no representa una nueva moda, una crítica puramente negativa del pensamiento científico y de las ideologías progresistas, o un vulgar primitivismo que propugna retroceder a un momento cualquiera de la Historia o de la Prehistoria. Tampoco es una simple denuncia de la domesticación del proletariado y del despotismo del capital, ni una variante radical del decrecentismo. Menos todavía algo tan mistificador como una teoría unitaria de la sociedad, propiedad de la última de las vanguardias o del último de los movimientos. Va más allá que eso. Es una mentalidad que

emana de la acción, o como se dice ahora, una “cultura”. Es el estadio más avanzado de la conciencia social e histórica. Es una forma determinada de conciencia de cuya generalización depende la salvación de la época.

Manifiesto del 7 de marzo de 2010.
Discutido en la presentación del libro “A carne viva”,
el 16 de abril de 2010 en la librería Sahiri, Valencia,
y el 23 de abril en la librería La Malatesta, Madrid.

LA ESFINGE DE LEÓN SIN SECRETO

Los signos del progreso leonés, desde el embalse de Riaño al Macro túnel de Pajares, desde la línea de alta tensión Sama–Velilla a la incineradora de Toral de los Vados, son evidentes signos de barbarie. Parece que el montante de los beneficios para la población leonesa dependa del número de atentados que pueda soportar su territorio, pero ese es el parecer de los dirigentes y dichos beneficios son exclusivamente suyos; lo máximo que podemos esperar de ellos es que moderen la expresión con términos ecologistas, pero no que cambien la agresión por el cariño.

Hablarán con la misma frialdad de un espacio privilegiado por la naturaleza y del lugar donde se incineran la mitad de los neumáticos desechados del país. Y aunque se trate de iletrados, perfectamente indiferentes a la formación espiritual de los dirigidos y administrados, batallarán por que León sea declarada Ciudad Literaria de la UNESCO ya que la cultura, o lo que ellos llaman cultura, lejos de ser una

herramienta de libertad es un “motor de desarrollo económico y turístico”, un instrumento más del capital. Paradójicamente, todo lo que posee un valor universal, sea el esplendor de la Naturaleza o los logros humanos, se traduce en moneda provinciana. Definitivamente, los bárbaros gobiernan León.

Al observar de cerca el proceso de destrucción de León, comprobamos una conexión íntima entre el descoyuntamiento del territorio regional y la formación de la conurbación leonesa. La relación entre la capital y la provincia, mediatizada por la economía, ha sido mortal; la banalización urbana y el abandono rural son el resultado. Si hacemos abstracción del centro histórico, ya museificado, el León metropolitanizado se parece a cualquier otro sitio, carece absolutamente de personalidad propia.

La nueva arquitectura del MUSAC o del Auditorio no hace más que acentuar ese efecto. Al conjunto escuetamente zonificado de la ciudad burguesa se le han añadido barrios, polígonos y urbanizaciones de toda índole, fruto de una actividad inmobiliaria descontrolada, especulativa, impulsada por la emigración campesina, por la nueva economía logística y por la demanda de segundas residencias por parte de las clases urbanas medias y altas. Dado que el último plan general de ordenación urbana databa de 1975, cuando la ciudad era todavía bastante compacta y tenía poco más de cien mil almas, la expansión de la capital ha seguido un modelo de ocupación territorial

extensiva y desordenada, determinada exclusivamente por el tráfico, dando pie a una conurbación desestructurada, con un desproporcionado índice de motorización. El consumo es la actividad religiosa de la posmodernidad, y son precisamente los centros comerciales los principales agentes urbanizadores de las nuevas barriadas, mucho más de lo que fue la avenida Ordoño II para el ensanche.

Entre el desembarco de Continente en 1990 y la apertura de León Plaza en 2009 discurre la ciudadanía por las sendas del consumo industrial institucionalizado. La macrourbanización Estrella de Izar sería la aberración final de un proceso esencialmente aberrante. Las actividades productivas, nunca importantes, casi han desaparecido: el 92% de los empleos de la conurbación pertenecen al sector de la construcción, turismo y servicios, cantera por excelencia del trabajo basura. El resto de actividades económicas, más que en el diseño o la alta tecnología, se basan en el transporte, almacenaje y distribución de mercancías, aprovechando el hecho de que León sea nudo de comunicaciones. En conclusión, la conurbación llamada León, consolidada en los años noventa, es la versión urbana que corresponde a una economía terciaria y mundializada en el Noroeste de Castilla. Dicha conurbación ha venido alimentándose del vaciamiento del campo, una vez liquidada la economía agrícola asociada a un mercado nacional protegido. Si todavía en 1960 albergaba un 12 % de la población provincial, en la actualidad sobrepasa las dos

terceras partes del total. 338.000 personas habitan en un área de poco más de 700 km², mientras que las 161.000 restantes se reparten entre cerca de 15.000 km². La circunvalación inacabada que representan las L-12, 20 y 30, señalarían las barreras que la contienen y los no-lugares que la separan del resto del territorio.

Desde que las sucesivas desamortizaciones durante el siglo XIX dieron lugar a una oligarquía de campesinos hacendados y latifundistas, una burguesía terrateniente conectada a la burguesía comercial de las villas y ciudades, la suerte del territorio dependió de la economía. Las comarcas montañosas fueron las primeras en despoblarse, constituyendo sus habitantes la principal masa jornalera que buscó trabajo primero, en las grandes propiedades, y después en tierras americanas. El entramado de poder constituido por la sólida asociación entre terratenientes productores de lino y cereales y caciques urbanos se apoyaba en un mercado nacional protegido por aranceles. Sobrevivió a la guerra civil y se prolongó inalterado hasta los años del desarrollismo, cuando la conversión forzada de las explotaciones agrarias en empresas, la demanda urbana de mano de obra y la apertura comercial a Europa, agotaron el sistema caciquil, provocando la emigración de la mayoría de la población rural a las ciudades. Es el momento en que León aparece en el “mapa” nacional y su territorio desaparece en la misma proporción. La “transición” política consolidó a la nueva burguesía formada en los últimos años del

franquismo, una masa de especuladores inmobiliarios y financieros, expertos, ejecutivos, jefes políticos y altos funcionarios, que protagonizó la transición económica hacia la globalización, se enriqueció y acumuló poder con los procesos que por un lado desorganizaron completamente el territorio, y, por el otro, crearon los abcesos metropolitanos.

El desequilibrio y la suburbanización del territorio son las principales consecuencias del nuevo reordenamiento urbano causado por la globalización, momento en el que se manifiestan las tendencias totalitarias del desarrollismo económico. Se puede decir que son más bien una exigencia, pues la circulación predomina sobre la producción, y los flujos sobre los lugares.

Los lugares no se conciben sino como nudos de una red internacional materializada en grandes infraestructuras por la que pasan mercancías, capitales y dirigentes. El resto son espacios vacíos, a rentabilizar con cualquier actividad decidida fuera de ellos, en las sedes de poder de las conurbaciones, de las que son reservas periféricas. Bajo esa óptica, la mayor de las desgracias no sería el abandono del territorio por parte de sus habitantes, sino la pérdida de población de las propias conurbaciones, verdadera señal de fracaso económico. Los fragmentos habitados, ciudades pequeñas o pueblos, han de buscar su supervivencia orbitando alrededor de las conurbaciones y procurando que los flujos mundiales les salpiquen. Han de reclamar su parte mejorando su accesibilidad, de forma que conecten lo mejor

posible con la correspondiente área metropolitana. Con la división mundial del trabajo que impone la globalización, el territorio pierde su función de productor de alimentos, que son más baratos de importar, y cae bajo la férula de los especuladores, la nueva burguesía urbana. Una pequeña minoría consigue enormes beneficios aprovechando por un lado subvenciones para el fomento del turismo, para el cultivo de agro combustibles y transgénicos o para la instalación de parques eólicos y solares; y por el otro, especulando con las urbanizaciones o con el paso del TAV. El territorio se revaloriza económicamente bien como paisaje, bien como soporte de infraestructuras o bien como receptáculo de actividades contaminantes y peligrosas que las conurbaciones no desean en su proximidad. De la conversión en decorado pintoresco deriva la industria del ocio, el turismo, la actividad más destructiva, capaz de modificar más regresivamente que ninguna otra, la geografía y la cultura del territorio. Parte de la comercialización del tiempo libre, para lo que sólo necesita a una masa motorizada de nivel adquisitivo medio que habite en condiciones claustrofóbicas, es decir, que viva en conurbaciones. En todas las formas en que aparece, tanto rural como cinegético, cultural, gastronómico, lúdico o deportivo, es la forma genuina de la falsificación y la depredación de los lugares. Las instalaciones eólicas, las centrales térmicas o de biomasa, las plantas de biodiesel, los vertederos, las incineradoras, los cementerios de residuos nucleares, las canteras y minas a cielo abierto, los campos

de tiro, las torres de alta tensión, etc., colonizan el espacio no reciclado como paisaje o monumento, tratado como tierra de nadie, o mejor, como trastero de la metrópolis. Pero su impacto es tan brutal que no generan ese conformismo típico de la industria turística, responsable de la creación de una nueva clase rural conservadora con mentalidad ecologista, dispuesta para asesorar al poder en materia de valorización del territorio.

El punto de vista del ecologismo no cuestiona el modelo productivo y consumista, sino que opone una actividad destructiva encubierta, “limpia”, a otra abiertamente declarada, “sucias”. Propuestas tales como el hospedaje rural, la mejora de equipamientos, los impuestos “verdes”, la ampliación del patrimonio natural y cultural, la promoción de recursos ambientales, la agricultura “de calidad” y el mismísimo “desarrollo local”, dentro de la economía, es decir, sin cuestionar el sistema económico, se traducen simplemente en un turismo controlado y un consumo elitista apropiado para las agobiadas clases medias urbanas que imitan el escapismo de la burguesía de otros tiempos. Si el problema central, la conversión del territorio en capital, se ignora; lo que se reivindica no es su desmercantilización y desurbanización, sino el reparto de las nuevas plusvalías. Claro está que si lo que se pretende son sólo inversiones, el medio adecuado es el diálogo institucional, el trato con los responsables de la nocividad, ya que lo que se persigue no es el fin de las actividades nocivas, tan necesarias para la

economía como las verdes, sino su instalación en otra provincia.

No hay alternativa racional que pueda coexistir con el capitalismo; tampoco hay capitalismo malos y buenos, depredadores y “sostenibles”. El modelo “sostenible” simplemente añade, sin contradecirse, un tipo de industria, la que fabrica molinos, digestores y placas fotovoltaicas, al otro, la que construye autopistas y trenes de alta velocidad, la que contamina y corrompe.

Lejos de entrar en conflicto, se complementan, reforzándose mutuamente. La industria “verde” está perfectamente integrada en la degradación del territorio, a la que una política de reutilización, reciclaje y ahorro energético apenas puede disimular, porque las causas no son algo técnicamente reparable a golpes de inversión y leyes, sino que obedecen a relaciones sociales mercantiles omnipresentes. Hay que volver al comienzo, cuando el territorio estaba libre de ellas. Reinvertir el proceso. Solamente en esta perspectiva podrá plantearse de modo realista un proceso de ruralización y redimensionamiento de las ciudades que vaya hacia el equilibrio territorial, sustrato de una vida liberada de las constricciones impuestas por la mercancía. Eso no será la obra de unos pocos entusiastas de la desaparecida cultura campesina, pero en fin, los comienzos siempre son voluntaristas.

No obstante, lo esencial no será nunca el rescate de un

mundo perdido o los experimentos marginales de agricultura biológica, por mucha importancia que tengan, sino el conflicto con el mundo presente. Lo que llamamos defensa del territorio.

Charla en el CCAN de León, el 30-III-2010.

CAPITAL, TECNOLOGÍA Y PROLETARIADO

Los orígenes del proletariado hay que buscarlos en el periodo histórico en que la sociedad feudal se organiza en torno a la economía y se transforma en sociedad capitalista.

Ello sucede cuando el dominio del capital, vigente en la circulación mercantil, irrumpe en la producción mediante una “revolución industrial”, en la cual la división del trabajo y la tecnología desempeñan un papel protagonista. La mercancía, esto es, el producto que se cambia por dinero, ha surgido en diversos momentos de la historia, siempre ligada al comercio, pero jamás ocupó un lugar central en la sociedad, y, por consiguiente, su lógica nunca determinó el ordenamiento social. Nunca hasta el siglo XVIII –la centuria de la Ilustración o el siglo de las Luces–, momento en que la cuantiosa demanda debida a las necesidades militares de los Estados alumbró una nueva organización productiva, la

fábrica, a la que correspondió una tecnología unilateral fundada en la ciencia y la producción masiva. El hecho de que la producción sea producción de mercancías es fundamental, pues implica una mercancía particular que añada valor a la materia prima: el trabajo. Su precio, el salario, viene fijado por un mercado también particular: el del trabajo. En definitiva, obliga a la existencia de un proletariado. El capital crea a su antagonista, el trabajador asalariado, en condiciones dadas por una determinada tecnología y por un determinado desarrollo del Estado. El proletariado industrial es hijo de ambos. Concretamente, es fruto tanto de la máquina de vapor, como de la regimentación del trabajo según el modelo militar-fabril.

Los cambios de la modernidad fueron precedidos por una lenta evolución del pensamiento durante la cual la razón sustituyó a la religión y desencantó el mundo. El hombre desacralizado descendió de los cielos a la tierra. El mundo, una vez enderezado, podía ser explicado a partir de sí mismo, sin guías espirituales. La ciencia llegó a ser tenida por la forma suprema del conocimiento, desplazando a la tradición y a la autoridad.

Advino una nueva fe, la fe en el progreso, la creencia en que el mejoramiento humano se lograría casi automáticamente con la generalización del conocimiento científico y las innovaciones técnicas. Pero la razón progresista no se contentaba con la alegría del saber, sino que transcurría bajo el signo del dominio.

Además de domar las fuerzas de la naturaleza y ponerlas al servicio de los intereses dominantes, la doctrina del progreso llevaba implícito otro objetivo, la demolición completa del pasado visto como atraso miserable, en oposición al futuro, mostrado casi como un paraíso. El cambio constante, característica elemental de la ciencia y de la técnica, quedó elevado a deber moral. Ir contra el cambio significaba estar contra el progreso, defender la penuria y la ignorancia. La balanza se inclinaba del lado de la máquina y de la organización racionalizada, porque el dominio sobre la naturaleza, o en otras palabras, el progreso, se trocaba en servidumbre ante la ciencia y la técnica, trasunto aparentemente neutro por el que avanzó la dominación burguesa.

Esa mentalidad instrumental, preparó el camino del capitalismo y favoreció su desarrollo. En el nuevo contexto impuesto por la mercancía, el trabajador era una pieza del mecanismo industrial, una fuente de plusvalía, y un siervo de la máquina.

La producción de mercancías, y, por lo tanto, el trabajo, serían cada vez más deudores de la racionalización y del perfeccionamiento técnico. La verdadera dominación capitalista es impersonal, pues los dirigentes son simples ejecutores, buenos o malos, de reglas que no controlan. Consiste en el poder de las cosas sobre las personas, o mejor, en el poder de la abstracción sobre la realidad social y ecológica, gracias a lo cual las cosas aparecen como

intermediarias entre los individuos, siendo éstos piezas secundarias de un mecanismo y juguetes de leyes ajenas, bien personificando ese poder, bien, a sus víctimas. Dicha abstracción se materializa por medios eminentemente técnicos. Depende cada vez más de la tecnología. Así pues, aunque la dominación se fuera desligando de la esfera económica concreta para volverse cada vez más técnica, la misma técnica, al haber crecido dentro de dicha esfera, en el seno de la abstracción, se convertirá progresivamente en fetiche futurista por encima de las clases.

Los criterios científico-técnicos irán interiorizándose, desplazando a los ideológicos y económicos en el regimiento de los asuntos privados y públicos. En fin, para bien de la economía y de la cultura dominante, ciencia y técnica ganarán terreno a la ideología como guías de la organización de la existencia individual y colectiva. O dicho de otro modo, se volverán ellas mismas ideología.

En su primera fase, la contradicción fundamental del capitalismo es la existente entre capital y trabajo asalariado, entre la clase burguesa y la clase obrera. La verdadera dominación de las cosas sobre los individuos, esencia del capitalismo, se presenta inicialmente como explotación personal o de clase. Parece existir oposición absoluta entre la burguesía y el proletariado por más que la lucha de clases transcurra en el interior del capitalismo y que capital y trabajo, en tanto que polos de una misma relación, formen una peculiar comunidad de intereses.

En verdad, su antagonismo radical era consecuencia de que la penetración extremadamente rápida de la mercancía en la sociedad; la implantación del capitalismo iba más de prisa que las formas jurídicas y políticas correspondientes, – por ejemplo, el derecho al voto, la libertad de asociación o el derecho a la huelga. Dichas formas, trabadas por los residuos del antiguo régimen que contaminaban las clases, no podían adormecer el conflicto. Por eso el movimiento obrero empezó reivindicando tanto los derechos políticos como la regulación del mercado laboral, y ante los obstáculos insalvables erigidos en su ruta, concluyó que no había otra forma de apartarlos que la revolución social. Conforme iban estableciéndose las formas históricas propiamente burguesas –en cuanto que la burguesía se separaba de los sectores más reaccionarios que provenían del antiguo régimen y dejaba de depender de los militares– el movimiento obrero fue escindiéndose en cuanto a los métodos, conservando únicamente la unidad en cuanto a los fines. Reformistas y revolucionarios decían perseguir las mismas metas, aunque los procedimientos difiriesen. Sin embargo, las maneras del reformismo y del jacobinismo condujeron a la creación de la burocracia obrera y de su clientela, cuya existencia era deudora de la degradación de los oficios y de la integración en el sistema. En una segunda fase de desarrollo político–económico, los partidos obreros, la concertación sindical, la cogestión, el fordismo, etc., revelaron que la contradicción entre capital y trabajo podía no ser tan absoluta como hasta entonces había parecido. Las

mejoras sociales no prepararían el terreno para el Estado obrero o la comunidad obrera, sino que acarrearían el desarrollo de una sociedad de consumo.

Cierto que el proletariado revolucionario puso en marcha comunas, comités de fábrica, sindicatos únicos, consejos obreros, milicias y colectividades, la parte no vencida de su movimiento, su legado a las revoluciones posteriores. No obstante, el fracaso que representó la construcción de un Estado totalitario en Rusia, la derrota de la revolución española y el antifascismo interclasista de la posguerra llevaban a cuestionar el rol histórico de sepulturero del capitalismo atribuido a la clase obrera internacional. Hechos como la participación masiva en comicios electorales, el consumo de masas y la industria del entretenimiento mostraban la realidad de una población asalariada que se sentía identificada con la cultura y la sociedad burguesas.

Otros, como la automatización o la expansión del sector servicios, resaltaban el alejamiento progresivo entre la producción y el proletariado; todos juntos, la presencia de una sociedad de clases en disolución, de una sociedad de masas. Así como las clases fueron un producto del capitalismo naciente, las masas son una creación del capitalismo maduro. Son el resultado de la degeneración de la clase obrera ante el predominio de la tecnología en la producción, ante la proliferación de los servicios y ante el consumo dirigido. A diferencia de la clase, las masas son incapaces de emanciparse por si mismas. Están formadas

por individuos desclasados, ajenos a cualquier forma de solidaridad o relación no mediatizada por la propaganda o el espectáculo. En el plano social, significa que toda la vida del individuo masificado se transforma en vida privada, tutelada, vigilada y forzada al consumo. En la sociedad de masas la tecnología toma el mando; el hombre es la materia prima de la maquinaria, el instrumento mediante el cual un mecanismo social construye otro todavía más mecánico. Los valores dominantes se han vuelto inmediatamente técnicos, porque la tecnología es decisiva tanto para la formación de capital como para el ensamblaje del aparato de poder. La tendencia de la sociedad de masas a devenir a un tiempo fábrica, centro comercial, cárcel y laboratorio, o, por decirlo de otra manera, la voluntad del aparato autónomo de poder a determinar la vida según los criterios correspondientes a esos cuatro subsistemas, desvela la verdadera contradicción principal del capitalismo, la que subyace entre la lógica tecnófila de la mercancía y la vida social de la cual se ha apoderado, incluido su entorno biológico.

La explotación no cesa al terminar la jornada laboral. Toda la vida queda expropiada, y, vistas las consecuencias en el ecosistema, directamente amenazada. La contradicción llega al clímax al ponerse en peligro la supervivencia de la especie. El capitalismo en su fase tardía culmina la era de la instrumentalización, donde los ideales políticos, económicos y morales se truecan en utopía tecnológica y, en consecuencia, la tecnología, el “trabajo muerto”, abarca la

vida en todos sus aspectos, pues ésta se desenvuelve en un medio cada vez más artificial. La tecnología punta es el destino humano bajo el tardocapitalismo. En tal régimen, no existe otra esperanza que no sea la de seguir con los planes de renovación tecnocientífica, aunque en el camino, por exigencias del aparato de poder –llámese oligarquía tecnocrática o simplemente megamáquina– vayan esfumándose todas las cualidades humanas y se vaya destruyendo el planeta.

Las revueltas de los años sesenta y setenta no pararon de señalar los límites del viejo movimiento obrero y de reivindicar la revolución como un cambio subversivo en la forma de vivir. La definición situacionista, “proletario es quien no tiene ningún poder sobre el empleo de su vida y lo sabe”, trasladaba la lucha de clases al terreno de la vida cotidiana, lo que contradecía en cierto modo su propuesta obrerista de Consejos, frente a la más coherente de comunidades o fraternidades combatientes, solución de los radicales americanos. Pero en Europa el proletariado industrial ocupaba todavía el centro de la producción, y la nueva conciencia de clase tenía problemas con la antigua.

A menudo los jóvenes radicales se las vieron con los viejos militantes de las fábricas. El ideario obrerista se volvía enteramente obsoleto frente a una marea de comportamientos que exigían libertades de todo tipo, experimentación libre y abolición de cualquier prejuicio o convencionalismo social. Los últimos coletazos del

movimiento obrero frente a las crisis del proceso de modernización podían crear la ilusión de un retorno, de un segundo asalto, de una “autonomía obrera”, pero esa era la parte más vencida de un movimiento que apuntaba más lejos. Mientras la rebelión de las fábricas marchó pareja a la rebelión de la vida cotidiana hubo retorno y hubo autonomía, pero la conjunción fue fugaz. La tristeza amarga de la derrota en los años siguientes ilustra a la contra el optimismo irreal de las dos décadas anteriores. La funcionarización, las subvenciones y los mecanismos electorales, habían transformado la burocracia obrerista en un factor reaccionario de primer orden, al que las escaramuzas de los obreros radicales no habían logrado anular. Salvo escasas excepciones, aquellos permanecían en el mismo terreno, un poco más a la izquierda; la lucha por el salario, la jornada o el empleo, por legítimas que fueran, por muy violentas y assemblearias que llegaran a resultar, no traspasaban los límites del capital, y por tanto, no menoscababan el clientelismo político-sindical, ni contribuían a la descolonización de la vida cotidiana. No luchaban contra el capitalismo, sino contra una forma concreta de capitalismo, en fase de autoliquidación. Además, la ulterior ofensiva capitalista de los ochenta liberalizó las costumbres, generalizó el consumo y puso fin a los brotes radicales en las empresas.

La automatización desplazó la masa asalariada hacia la construcción, la distribución y el turismo. El pacto con los

sindicatos restauró un modelo de negociación vertical y obscureció la conciencia de las revueltas.

La represión y el consumismo hicieron el resto. La lucha en el lugar de trabajo quedó definitivamente separada de la lucha por una vida sin trabas ni catástrofes. La idea de revolución quedaba completamente desacreditada y relegada al desván de las utopías. El persistente obrerismo residual se debatía cada vez más entre la contemplación de una masa asalariada consumista, dócil y manipulable, y el sueño una clase obrera abstracta, inexistente, portadora de ideales universales de emancipación. A partir de ese momento, se enrocaba en su gueto y sobrevivía como secta, con sus dogmas, su simbología y sus rituales; dejaba de ser una simple ideología nacida de un análisis social y una práctica insuficiente, para acomodarse en el espacio que le reservaba la era tecnológica.

La consideración del trabajo como elemento común a toda la sociedad, como su principio organizador, tal como propugnaban los partidarios de la revolución proletaria, equivalía a presentar al socialismo como un régimen de obreros persiguiendo el perfeccionamiento social por vías desarrollistas libres de patronos.

Bajo ese punto de vista –que es el del progreso, o sea, el de la burguesía– el socialismo no sería más que un capitalismo corregido, y el movimiento obrero, un agente de la modernización.

Para ese viaje no se necesitaban alforjas y los burócratas obreristas lo tuvieron siempre claro: el capitalismo real era efectivamente el único socialismo posible, llámese “Estado de bienestar” o sociedad “desarrollada”. Así que el peligro no provendría de la integración, sino de la exclusión, no de que hubiera demasiado capitalismo, sino de que no hubiera el suficiente. Si antaño el socialismo fue presentado muchas veces como la coherencia del capitalismo, ahora que otro tipo más “humano” (y más keynesiano) del mismo se supone posible, el capitalismo se muestra como la coherencia del socialismo. El anticapitalismo, si no quiere quedar atrapado en esa contradicción, ha de entonar un responso profundo por las fuerzas productivas y las leyes del mercado.

No por estar en poder de los trabajadores la producción y la distribución dejarán de ser producción y distribución de mercancías, y si eso ocurre, se reproducirá bajo una u otra forma aquello que se había pretendido destruir: los dirigentes, la propiedad privada, la industria, el mercado, el Estado. El trabajo, que ya en plena sociedad de consumo ni siquiera puede constituir una comunidad de oprimidos, mucho menos puede servir de fundamento a ninguna sociedad emancipada. La vida sí.

Abolir el capital sin abolir el proletariado equivale a reproducir otra forma de capitalismo y, como corolario, otra clase dominante, otro Estado. Abolir el proletariado sin rechazar la ideología del progreso, tiene las mismas consecuencias. Si lo que se quiere es acabar con el reino de

la mercancía, hace falta tanto suprimir el trabajo como abandonar la tecnología asociada a su existencia; en definitiva, liberar a los individuos de la condición de trabajadores, librarlos de la relación social objetivada que los convierte en asalariados, accesorios de la máquina y esclavos del consumo. La supresión del trabajo tiene que suceder primeramente en la producción, pero no mediante la apropiación colectiva de los medios, o mediante el recurso a la automatización, sino por el desmantelamiento del sistema urbano-fábril y el abandono de la maquinaria centralizadora. Y a la vez, completarse en la circulación, no sólo con la abolición del dinero y del mercado, sino con la eliminación del ocio tecnificado, esa nueva forma de trabajo. Una vida emancipada del trabajo no es una vida ociosa; entre otras cosas, es una vida en la que la actividad productiva, el “metabolismo con la naturaleza”, obedece a la satisfacción de necesidades y no condiciona el funcionamiento social, ni altera un ápice de la “fraternidad universal” (o sea, no impide la reproducción de relaciones sociales libres). La revolución no aspirará más que a romper las cadenas del trabajo –especialmente las de la tecnología–, para la reapropiación de la vida por parte de los individuos, mediante la construcción libre de todos sus momentos. Al cesar las constricciones de un poder separado y de una tecnología autónoma, al acabar con la artificialización, al terminar la manipulación de las necesidades, del inconsciente, del erotismo, de los deseos y los sueños, la vida quedará liberada de barreras e imposiciones, a merced

de sí misma: saldrá de la esfera del trabajo y el consumo, o sea, de la nocividad y la sumisión. Habrá que reinvertir las relaciones entre el hombre y la máquina, entre la humanidad y la naturaleza, o mejor, entre los individuos y las cosas, reconstruyendo la sociedad de modo convivencial y moral, sin jerarquías, con el auxilio de una politecnología basada en la agricultura, en las artes y en la satisfacción de necesidades reales y deseos auténticos.

Reequilibrar los territorios, reducir las ciudades y establecer con el entorno nuevas relaciones ajenas al dominio.

Constituir comunidades libres. Paradójicamente, aunque la tradición deba regular los ritmos de la vida social, no será cuestión de volver a un momento cualquiera del pasado, sino de hacer tabla rasa con el presente.

Conferencia del 24 de abril de 2010 en la Librería
asociativa Enclave de Libros, Madrid.

Publicado en “La Salamandra”,
revista del Grupo Surrealista de Madrid, n°19–20.
Septiembre de 2010.

LA FIESTA GRIEGA

La bancarrota del Estado griego, en tanto que acelerador de la crisis financiera mundial, ha de despertar todas las simpatías de quienes deseen el fin del capitalismo. La importancia del hecho resulta patente al apuntar otras posibles quiebras estatales de mayor repercusión, concretamente en Portugal, Irlanda y España, pero sobre todo, al transcurrir inmerso en una crisis social que no ha cesado de profundizarse. La revuelta griega que arrancó en diciembre de 2008 con tan buenos augurios, camina a buen paso sin que los intentos de pacificación o reconducción hayan podido detenerla, y eso que su fin es la condición *sine qua non* de la recomposición del Estado y de la salud de los mercados financieros mundiales (y si nos apuran, del funcionamiento correcto de los ordenadores que los

dirigen). La aplicación de un severo plan de austeridad diseñado por la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional, dos de las más altas instancias del capitalismo, depende de la pacificación de la sociedad griega, a fin de que las deudas del Estado, en poder de los grandes bancos europeos, puedan ser traspasadas a los trabajadores, los funcionarios y los pensionistas griegos. Pero, además, el mayor peligro de la revuelta no reposa en sí misma, en las dificultades que ofrezca al restablecimiento del orden económico en un lugar concreto de la geografía capitalista, aunque sean considerables, sino en el mal ejemplo que ofrece a las poblaciones amenazadas por medidas similares, en su capacidad de contagio, en su efecto dominó. Máxime cuando la siguiente ficha que amenaza en caer es el Estado español. Y es que el triunfo de la revuelta griega se halla suspendido a su expansión, depende de su internacionalización. Los males griegos encontrarán solución cuando dejen de ser precisamente eso, griegos.

Para evitar mimetismos incongruentes, hemos de acercarnos a la realidad griega actual y hacernos una idea del país. Lo primero que llama la atención es que de los 11'2 millones de habitantes, cinco pertenecen a la conurbación de Atenas y algo más de uno a la de Salónica. Patras, la tercera conurbación griega, apenas tiene 250.000 habitantes, con lo cual la situación queda bastante simplificada por el enorme desequilibrio territorial: lo que sucede en Grecia, sucede ante todo en Atenas y Salónica. El

resto es campo y turismo. En efecto, las dos metrópolis concentran toda la industria y la mayoría de los negocios, así como la mayor parte de la administración y el empleo. También en ellas discurren las maniobras políticas y se dirimen las luchas sociales. Sorprenderá menos pues, la pasividad del gobierno ante los incendios del verano de 2007 que devastaron la tercera parte del territorio, y su atolondramiento cuando el humo llegó a la capital. Pero eso no fue siempre así, y hasta 1970 la producción agraria superó a la industrial. El territorio griego no se hallaba tan descompensado, pero en los 25 años siguientes la población campesina emigró a las ciudades, no a cualquiera de ellas, sino a las dos mencionadas, verdaderos sumideros de mano de obra descalificada. Con todo la población campesina residual es proporcionalmente el triple de la de cualquier otro país europeo. Ese proceso particular de concentración poblacional fue dirigido desde el Estado, y esa es la segunda característica especial de Grecia, el enorme peso del sector público. La tercera parte de la masa asalariada son funcionarios y el Estado controla buena parte de la industria y las finanzas. De ahí que los partidos que se alternan en el gobierno, la socialdemocracia y los conservadores, el PASOK y la ND, no sean simples partidos, sino verdaderas maquinarias de gestión, extremadamente jerarquizadas, con un concepto patrimonial de la política y de la propiedad pública propio de otros continentes. Las mismas jefaturas partidistas han pasado de padres a hijos. Las exigencias de la Comunidad Económica Europea, a la que Grecia pertenecía

desde 1981, obligaron a desmontar una parte del aparato, por lo que a partir de 1990 se realizaron privatizaciones y en 1998 se liberalizó la Banca. Precisamente los primeros conflictos de envergadura sucedieron en torno a la privatización de la enseñanza. Las fondos europeos de ayuda no bastaron para modernizar el país, ni mucho menos para disminuir la plutocracia, lo que se tradujo en una descapitalización de los servicios públicos y unos menguados salarios. Un sentimiento de frustración se apoderó de la población trabajadora.

A partir de 1996 debutó la época de las vacas gordas y la clase dirigente griega pudo beneficiarse de la bonanza económica de la globalización. Se produjo un boom turístico y financiero, florecieron los negocios inmobiliarios y la marina mercante, cayó la natalidad en picado, se multiplicaron las hipotecas y la oferta de trabajo atrajo a miles de inmigrantes. Grecia entraba en la modernidad, acentuando las divisiones sociales. La clase dirigente usaba al Estado para reforzarse y enriquecerse, mientras que los pactos con los potentes sindicatos GSEE y ADEDY, la Confederación General de Trabajadores y la Unión de Empleados Civiles, lograban la paz social a costa de un proletariado no sindicado, precario y marginado, en buena parte inmigrante, que sobrevivía en el comercio, la construcción y el turismo. La sanidad, la enseñanza, la asistencia social y la justicia, seguían deteriorándose inexorablemente, en un intento estatal por forzar su

privatización, mientras el contrapunto de todo ello, la seguridad, experimentaba un auge importante. De siempre es sabido que las desigualdades inaceptables se sostienen mediante la fuerza y las prisiones. En Grecia hay en la actualidad 13.000 presos; es la tasa de encierro más alta de Europa. También tiene Grecia el privilegio ciudadano de disfrutar de una brutalidad policial sin parangón europeo y de contemplar un apreciable número de crímenes de Estado. En ningún otro país pues, la lucha contra el capitalismo, contra la clase dirigente, es de forma tan evidente una lucha contra la policía, tanto la oficial como la paramilitar. Porque en ningún otro país, cualquier conflicto, por nimio que sea, es tan fundamentalmente, una cuestión de orden, y, por lo tanto, un conflicto contra el Estado. Estas condiciones tan especiales hacen de Grecia un hervidero de anarquistas.

En Grecia hay anarquistas de todos los colores – reformistas, reaccionarios y revolucionarios– como en todas partes, con la salvedad de que allí no forman un gueto autocomplaciente y acomodado, sino que gozan de una cierta influencia, bien que minoritaria, y de un cierto prestigio social, que han sabido ganarse a pulso en los últimos años. No nos detendremos en el movimiento anarquista, pues lo que interesa no son sus distintas formaciones o sus alambicadas diferencias, sino el peso creciente de las ideas libertarias en las luchas contra el capital internacional y el Estado griego. La agitación

anarquista ha sido el detonante de la crisis social presente. De algún modo, en el marco de un consumismo fallido, las denuncias de injusticia y desigualdad social, el odio a la policía y a las vedettes de los medios de comunicación, la burla del lujo y de la autoridad, el rechazo de la corrupción, calaron en la juventud rebelde y abrieron una brecha en el conformismo de la población, justo cuando se avecinaba la época de las vacas flacas. La revuelta de diciembre hizo visible lo ya era evidente, y todas las mentiras de la prensa y la televisión no fueron capaces de ocultar el inicio de una crisis social que desbordaba todas las barreras habituales: sindicatos, partidos, militantes... 2009 fue el año de los debates ideológicos y de las tentativas por conectar con los trabajadores. Como de costumbre, la realidad adelantaba a la reflexión y la novedad era explicada las más de las veces con fórmulas pretéritas, obrerismo ramplón y consignas abstractas vanguardistas. La revuelta tenía que crear su propio lenguaje con el que ilustrar políticamente sus propias acciones y los libertarios eran los únicos que podrían hacerlo.

En toda crisis social se desencadena un proceso contrarrevolucionario, acto reflejo con el que la dominación intenta defender sus posiciones. Sus primeras manifestaciones son el endurecimiento represivo y el progreso de la extrema derecha, pero hay que mirar también al otro lado, el de los últimos cartuchos, para el caso, el Partido Comunista Griego, KKE, y la coalición SYRIZA.

Ambos representan la alternativa ultraestatalista, el capitalismo burocrático de Estado, bien en la clásica versión totalitaria estalinista, bien en la moderna versión keynesiana ciudadanista. La existencia del KKE es un arcaísmo típicamente griego, pues el partido ha sobrevivido al derrumbe de la Unión Soviética y conservado un mínimo ascendiente entre los asalariados a través de su sindicato PAME, el Frente Militante de Todos los Trabajadores. La política del KKE ha sido errática, pues igual ha apoyado a la derecha contra sus rivales del PASOK, que ha tanteado a los izquierdistas de Synaspismos. En política exterior, ha terminado por alinearse con la Rusia de Putin frente al “imperialismo europeo”. Pero en lo que nunca ha variado es en presentarse como un partido del orden. Como tal, se ha unido, cuando no encabezado, al coro de voces que tachaban a los rebeldes de delincuentes, criminales y fascistas. La existencia de SYRIZA obedece precisamente a la de la antigualla inmovilista y autoritaria del KKE; es el equivalente a lo que en otros estados es Izquierda Unida, el PCF, Bloco Portugués, Die Linke o Rifundazione Comunista, a saber, el post estalinismo ciudadanista. Aunque los fines que persigue, un Estado que gestione la crisis fuera de la Unión Europea, son los mismos que los del KKE, sus tácticas difieren, en cuanto que SYRIZA se inclina a infiltrar y recuperar el movimiento de protesta, y el KKE prefiere fabricar otro paralelo, totalmente controlado y blindado.

A menudo se acusa a la plutocracia griega de haber

arruinado el país, despilfarrado el erario público y favorecido la especulación. Por la mala imagen de la corrupción, los dirigentes aparecen como malos administradores, cuando la verdad es muy otra: hicieron bien sus deberes, puesto que no eran otros que los de financiar el despilfarro con una burbuja especulativa. Toda la economía mundial funciona así, a base de gastar sin medida y especular con el crédito, a la baja o a la alta (en este caso, con la deuda del Estado). De no ser por ello, el Estado hubiera caído en barrena mucho antes. El problema vino de la crisis americana del verano de 2007, cuando las hipotecas basura se vinieron abajo, desencadenando la serie de acontecimientos que bloqueó la financiación y pinchó las burbujas. El riesgo asociado a la deuda estatal griega aumentó exponencialmente y las reformas administrativas no llegaron a buen puerto, resintiéndose los servicios públicos y las infraestructuras; la economía entraba en recesión y los salarios disminuían; ante ese panorama el gobierno conservador se quitó de en medio y pasó el testigo a los socialdemócratas. El PASOK ganó las elecciones anticipadas de octubre de 2009 (con un tercio de abstenciones) porque era el único partido con posibilidades de trasladar la deuda fiscal del Estado a la población, salvando así a los bancos europeos que guardaban sus títulos. Ni se molestó en investigar fortunas sospechosas o en encarcelar a unos cuantos políticos y empresarios corruptos del partido ND, puesto que eso nunca fue su objetivo. La decepción de quienes depositaron sus esperanzas en un cambio político fue monumental; además,

todos los proyectos estatales fueron abandonados por falta de dinero, mientras el paro y la morosidad crecían más aprisa de lo esperado, con lo que hasta los mismos sindicatos comprometidos en el “cambio de rumbo”, la CSEE y la ADEDY, tuvieron que marcar distancias con la política del gobierno. Desde enero del año en curso hasta mayo, se fueron sucediendo huelgas, cuatro de ellas generales, y celebrando asambleas y manifestaciones, con el común denominador del rechazo de todos los partidos y de la política en bloque. La agitación descansaba sobre todo en los funcionarios y empleados públicos, menos expuestos a los despidos. Ha sido el momento de la gran maniobra del KKE, presentándose como el “partido de la clase obrera”, mostrándose adalid del antieuropeísmo, y haciéndose eco del antiparlamentarismo generalizado, sin que por otra parte le tiemble la voz al denunciar como violentos y provocadores a los verdaderos antiparlamentarios.

En Grecia emergen enfrentados dos conceptos diferentes de proletariado, el viejo y el nuevo. Los estalinistas y los izquierdistas, cuando hablan de clase obrera, se refieren a la masa asalariada encuadrada en sindicatos, políticamente manipulable por partidos o vanguardias, a los que debe votar en tanto que “ciudadanía”. Pero ocurre que la contradicción fundamental del capitalismo no reside en la oposición capital–trabajo, sino en el sometimiento de cualquier actividad a la lógica capitalista, con lo que la lucha por el salario o el empleo es un conflicto menor que no

cuestiona al sistema. Eso significa que no se puede constituir una clase ligada por el exclusivo hecho del trabajo. La verdadera lucha consiste en la liberación de la vida cotidiana colonizada por la mercancía, así pues, en el rechazo del trabajo asalariado y del consumo. Trabajador, en el sentido actual, es aquél rehén del capitalismo en todos los aspectos de su vida, no simplemente aquél que cobra un salario. Solamente a partir de una voluntad de descolonización de la vida cotidiana puede formarse una comunidad de lucha auténtica. La cuestión es importante puesto que el concepto reduccionista de proletariado nos devuelve a la perspectiva obrerista de los aspirantes a líderes e impone una estrategia capituladora. En las formas de lucha obrerista prevalecen las reivindicaciones laborales y la indiferencia política; el centro del conflicto permanece en el lugar de trabajo y la organización resultante es sindical o parasindical. En las formas de lucha revolucionaria dominan las reivindicaciones sociales y la negación decidida de la política; el centro del conflicto es territorial y la organización consecuente son asambleas de barrio y comités de base. Propias del sindicalismo son las huelgas seguidas de negociación; típicas del radicalismo son las ocupaciones innegociables. En las primeras fases del combate social ambas luchas se confunden, puesto que en principio no se contradicen, ya que la principal tarea consiste en la demolición del edificio social clasista. Pero en la medida en que el combate progresa surgen dos posiciones: la que regresa al lugar de trabajo y la que permanece en la calle; la que se conforma

con gestionar su miseria y la que pretende sabotear sus mecanismos; la que pretende revalorizar la mercancía-trabajo y la que quiere derrocar el régimen mercantil. Entonces se echa en falta o se agradece la presencia de un proyecto revolucionario coherente.

Cuando hablamos de clase obrera y de capitalismo griego, no aludimos a abstracciones irreales, a referentes de la imaginación, sino de formaciones sociales concretas, contemporáneas. Los proletarios griegos conforman una variopinta masa de empleados, funcionarios, pensionistas, precarios, parados, trabajadores de servicios y obreros de la industria, con intereses sectoriales específicos que habrán de superarse para que el capitalismo se desplome. Solamente entonces, cuando coloquen un pie fuera del capitalismo, cuando sus intereses como colonizados prevalezcan sobre sus intereses como asalariados, formarán una clase, un sujeto histórico. En caso contrario, la ruina del capitalismo llevaría a su recomposición sobre bases diferentes, es decir, se irá de un tipo de capitalismo a otro. El capitalismo griego es un fenómeno casi enteramente subsidiario del Estado. Por consiguiente, la condición previa de cualquier proceso liberalizador en Grecia sería su desmoronamiento, cosa que sucedería si quedara cortado de los flujos económicos mundiales, debido a su propia incapacidad o por la resistencia de la población a someterse. Entonces entraría en juego la segunda opción del orden, a saber, la dictadura, militar o de partido, de derechas o de

izquierdas, moderada o terrorista. Todo depende de las fuerzas en presencia y de sus movimientos estratégicos o tácticos. La represión es pues el común denominador de todo el periodo de descomposición capitalista, al que los revolucionarios habrán de hacer frente con las armas de que dispongan. Si triunfan, se dará la ocasión histórica para desarrollar su proyecto. Al cesar el dominio del capital, el proletariado tendrá que abolirse en tanto que polo de una relación acabada. En el caso griego, con tantos funcionarios de por medio, no faltarán quienes propongan la autogestión del aparato estatal en lugar de su desmantelamiento. No obstante, la autogestión de la producción y de los servicios orientada a la satisfacción de necesidades básicas podrá ser una medida de transición, puesto que la dispersión de las conurbaciones y la repoblación racional del territorio griego no será algo que ocurrirá de la noche a la mañana. Eso sí, las formas igualitarias de convivencia social, cada vez más descentralizadas y horizontales, habrán de impedir la reaparición de mecanismos de poder separado, desde donde el orden abolido pueda volver a recomponerse.

La mejor forma de ayudar a la revuelta griega en la península ibérica sería imitar su ejemplo, pero aquí el desclasamiento es tan grande que el endeudamiento general, la debilidad financiera del Estado y los cuatro millones y medio de parados no son suficientes para impulsar una crisis social. La solidaridad con Grecia, en consecuencia, no ha podido ser más que simbólica y no ha

salido de los guetos, padeciendo todas las incongruencias de aquellos. Ya hemos visto las diferencias que existen entre ambos países, lo que determinará procesos sin duda bien diferentes. La verdad es que la clase dirigente española ya sabe que los tiempos por venir serán convulsos y se prepara. Olvida la “economía sostenible” y recluta efectivos para el mantenimiento del orden. Ha de escoger entre el sacrificio de las masas o la quiebra, y sabemos que no escogerá la quiebra. Un arsenal represivo imponente está ya a disposición de los gobiernos para cuando fallen las maniobras políticas, sindicales y ciudadanas, pero nadie se da por enterado. La inconsciencia de la población que va a sufrir las medidas de rescate económico del Estado al tiempo que sigue pagando su hipoteca, es signo preocupante de los malos tiempos que se avecinan. La conciencia de lo que es y de lo que debe ser, de lo que se está haciendo y de lo que hay que hacer, es por lo tanto el problema y el objetivo. Pues las masas han de dejar de dormir y empezar a soñar.

9 de mayo de 2010.

DIFERENCIA ENTRE LA CRÍTICA ANTIDESARROLLISTA Y LA IDEOLOGÍA DEL DECRECIMIENTO

La crisis histórica de la sociedad tecnológica de masas se manifiesta de diversas maneras en las finanzas, el Estado, la política, la ecología, el urbanismo, la producción... pero no parece que los múltiples antagonismos que necesariamente provoca conduzcan a la formación de un sujeto social capaz de pronunciar una sentencia contra dicha sociedad y ejecutarla. La confusión resultante ha sido constante desde entonces, exacerbada por la pérdida de la memoria de las luchas y a cada momento tenemos ocasión de comprobarla. Hemos contemplado con mal disimulado asco la defensa de ideas subversivas citando a fantasmones como Foucault o Castoriadis, o incluso a basura como Negri, Baudrillard o Zizek. El último ejemplo de barullo mental ha sido el

decrecentismo. Bajo esta denominación se cubren proyectos reaccionarios de todo tipo, como podemos ver en Revolta Global, Ecologistas en Acción, Attac, Partí de la Decroissance, Izquierda Unida, Los Verdes, Izquierda Anticapitalista, Democracia Inclusiva y un largo etcétera, pero también algunas prácticas e ideas que podríamos suscribir y defender.

Bien que el nombre no hace la cosa, a sus protagonistas les aconsejaríamos medir mejor las palabras. Un contenido libertario ha de ir acompañado de una expresión adecuada, propia, que no se preste a malentendidos. La forma es al fin y al cabo la forma del contenido.

Al capitalismo se le dan bien las crisis; puede difuminar los antagonismos e incluso llegar a disolverlos gracias a sus inmensos recursos propagandísticos, a los logros científico-técnicos y a la insuficiencia palmaria de una crítica social bien anclada en las viejas teorías que surgieron en etapas anteriores, hoy ampliamente superadas. Esa crítica, eliminada de la escena social por su indigencia y por el reflujo revolucionario, sin papel alternativo real, se convierte en reserva intelectual de la dominación, renovadora “por la izquierda” del discurso del poder. El poder se legitima gracias al matrimonio entre la esfera que controla la economía y la que controla la cultura, entre el sector que fabrica la realidad y el que elabora su imagen. En la sociedad del espectáculo el trabajo de la dominación se distribuye entre quienes ejercen el poder sin ilusiones y

quienes proporcionan ilusiones a ese ejercicio, ilusiones que hoy se autocalifican de “democráticas” y “verdes”. Al convertirse esa alianza en algo corriente y trivial, resulta tópico decir que la izquierda no es más que la izquierda de la dominación. Mediante una división de tareas muy marcada entre derecha e izquierda, tanto los valores económicos de la clase dominante, a saber, la modernización, el desarrollo y el progreso, como los valores políticos, o sea, la “democracia”, las “libertades” y el “medio ambiente”, son presentados como la expresión genuina de la buena conciencia y de la corrección ciudadana; componiendo la condición natural de la sociedad de masas consumidoras, actualmente llamada “Estado del bienestar”. En los tiempos que corren, cuando tanto las metrópolis como el Estado se rigen como empresas, el sector que fabrica la ideología –la autodenominada “izquierda”, los intelectuales y los medios de comunicación– realiza una auténtica contrarrevolución cultural que tiene por finalidad la demolición teórica del sujeto histórico, los explotados, y su sustitución por un ente ilusorio, la ciudadanía. La ciudadanía es al espectáculo político lo que el asalariado al económico: el polo pasivo de una relación mediatizada por mercancías. Lo que en realidad se ha buscado es suplantar el conjunto de los oprimidos por una representación separada, llámese partido, sindicato, movimiento o simplemente “izquierda”. La antinomia izquierda/derecha, que aparece como falsa oposición entre economía y política, o mejor, entre neoliberalismo político y neoliberalismo

económico, pues ha de disimular las evidentes relaciones entre mercado autorregulado, burocracia institucional y democracia parlamentaria, es la base del orden establecido, el fundamento ideológico que justifica y sostiene al poder. Sin embargo, para un contestatario espabilado la situación actual es fruto de una determinada política, la que ejecuta las leyes de la mundialización, última etapa del capitalismo. Por lo tanto, el rechazo del capitalismo incluirá la negación de la política, y ahí reside la primera diferencia entre antidesarrollismo y decrecimiento.

Ningún decrecentista apuesta por la revolución, cosa que lleva a sus pequeños arroyuelos de la simplicidad directamente al pantano de la política y del Estado. En consecuencia, respetan la intermediación especializada, es decir, a los expertos, a los líderes, a los liberados, a los cargos, a los diputados; si cuestionan las jerarquías, los partidos o las ONG's, lo hacen de forma ambigua, puesto que están en el mismo campo y juegan la misma liga. Y mientras los antidesarrollistas retoman las actitudes del desaparecido proletariado revolucionario al constatar la descomposición de los valores pseudo democráticos y luchan por su abolición; los decrecentistas se reconocen en los filisteos que lo lamentan y se pronuncian por su restauración, como mínimo a nivel local. Ese conformismo político obedece a una diferencia de origen: el antidesarrollismo nace de las luchas contra la nocividad y en defensa del territorio, mientras que el decrecimiento vio la luz en los departamentos

universitarios, las asesorías del Gobierno y el gueto verde o izquierdista. Una parte de la ineficacia de la crítica revolucionaria a partir de los años setenta, mientras que el otro parte de la ineficacia de las políticas de crecimiento. La cuestión del Estado les divide de modo irreconciliable. Los antidesarrollistas, que intentan legitimarse en las luchas sociales auténticas, ven al Estado como enemigo de la democracia directa y el autogobierno; los decrecentistas, sin otra base en la que apoyarse más que la “izquierda social”, o sea, la clase media en vías de proletarización, la lumpen burguesía ciudadanista, no son nada fuera del Estado y lejos de sus instituciones. Sus modelos son estatales: la Cuba de Fidel, la Venezuela de Chaves, la Europa de Cohn–Bendit..., por lo que abominan de la acción directa, del antiestatismo, del asambleismo y... del anticapitalismo.

Carlos Taibo, en su panfleto sobre decrecimiento desaconsejaba esta etiqueta ¡para no ser confundido con los fundamentalistas islámicos! Los antidesarrollistas asumen la resistencia al capitalismo como terreno principal de afirmación; los decrecentistas no quieren verse involucrados en ella más que de forma simbólica.

La actitud ante las fuerzas represivas es diferente. Para los primeros, policía, ejército, jueces y guardia civil son monstruosidades a disolver, mientras que para los otros son instituciones a las que es mejor no hostigar. Por eso aquellos intentan reforzar su posición con actos de autodefensa, lo que les lleva a tener que afrontar la represión, y éstos nunca

salen en busca del enemigo, ya que se contentan con influir en los medios de comunicación y en los responsables oficiales. Las condiciones óptimas para la acción antidesarrollista requieren un continuo enfrentamiento con el poder; las de la sociedad del decrecimiento priman la pacificación y el diálogo. El drama de la solidaridad combatiente se planta ante la comedia de la convivencialidad claudicante.

El antidesarrollismo no es una doctrina; es una reflexión crítica acerca de los retrocesos revolucionarios y los avances del capitalismo, avances que no sólo agravan los males sociales, sino que condenan el planeta a la destrucción. Es la hiel que la conciencia destila en un periodo histórico concreto. El decrecimiento es, en cambio, el néctar de la tierra prometida, una verdad revelada, una receta válida en cualquier momento y lugar, un idealismo posmoderno, ahistórico. Si uno nace de la experiencia del combate y de la derrota, el otro, que parte de cero, lo hace del encuentro entre la palabra de un gurú y la fe de sus seguidores.

Las palabras pueden sonar igual, pero no dicen lo mismo: “relocalizar la democracia” significa para los antidesarrollistas el poder a la asamblea pública y abierta al margen de los ayuntamientos; para los decrecentistas es electoralismo municipal.

Igualmente “Salirse del capitalismo” significa para unos arrebatarse espacios y liberarlos de la mercancía y del dinero;

para otros es simplemente posicionarse políticamente “a la izquierda” dentro del sistema capitalista. Para unos los sindicatos y el trabajo asalariado han de desaparecer; para otros, los sindicatos han de “repartir el trabajo”.

En suma, abolir la miseria o distribuirla. ¡Y qué decir del “vivir mejor con menos”! Según quién pronuncie la frase, es un rechazo total del consumo o un sencillo consumo moderado. El doble significado refleja la doble intención. El antidesarrollismo persigue la reconstrucción de un sentimiento comunitario en las luchas reales, imprescindible si se quiere la formación de un movimiento revolucionario; el decrecentismo es una moda, y el movimiento por el que pugna transcurre mayormente en el espacio virtual.

Antidesarrollistas y decrecentistas consideran fundamental la descolonización de la vida cotidiana y del imaginario social, pero igual que los primeros juzgan el hecho de naturaleza antieconómica, los segundos lo creen de naturaleza psicológica, así que unos lo sitúan en el centro de las luchas anticapitalistas, a progresar con su radicalización, mientras que los otros lo ven como algo personal, a resolver con un cambio de hábitos, como el dejar de fumar. La explicación de esa actitud residiría en su carácter idealista relacionado con una concepción del mundo pequeñoburguesa: el partido del decrecimiento cree que el ejemplo de unas cuantas cooperativas y otras tantas candidaturas bastará para cambiar la mentalidad de la mayoría, evitando así la necesidad de un cambio traumático.

El capitalismo sería algo así como un “mal ejemplo” a corregir con uno bueno. Dada la bondad natural de las personas ya no haría falta nada más, pues “tenemos la firme convicción de que el ser humano está condicionado a inclinarse al bien y a la justicia verdadera” (blog de Enric Durán).

Ignora que un ejemplo sólo es verdaderamente anticapitalista cuando pone en peligro el sistema, o dicho de otra manera, cuando es adoptado por sectores importantes de la población. Pero entonces habrá que afrontar el contraataque capitalista, que será desleal y violento. El entendimiento con los decrecentistas se vuelve imposible, pero no solamente por su incomprensión de la naturaleza histórica del capitalismo y de la naturaleza humana bajo su dominio, es decir, del fenómeno de la alienación.

El pragmatismo decrecentista basa la actividad social en la mera satisfacción de necesidades, soslayando lo esencial, el carácter subversivo de los deseos y los sueños, y su función en la liberación de la vida cotidiana. La descolonización del imaginario no será obra de una dieta vegana, sino de una pasión ardiente; no será fruto de la frugalidad voluntarista, sino de una embriaguez colectiva. Y por supuesto, no la impondrá un monopoly cooperativista, sino la instauración generalizada del don y la gratuidad.

Las diferencias en el ámbito de la economía no son menores, puesto que cuando los decrecentistas hablan de la

“superación” del capitalismo o de la transición hacia la “sostenibilidad” no se refieren a la abolición del mercado, sino a reformas fiscales, a medidas de ahorro, a las nacionalizaciones o al trueque empresarial (que incluso las multinacionales practican).

La economía “popular” no es otra cosa que el capitalismo en régimen de adelgazamiento cohabitando con experimentos neorrurales: los bonos alternativos y los euros, el centro comercial y el mercadillo, la producción en serie y la artesanía... En cambio los antidesarrollistas quieren lisa y llanamente el fin del Mercado, del dinero, del trabajo asalariado, del sistema industrial, de la propiedad y de la tecnociencia. Una sociedad libre no es como dice Latouche “una sociedad con la sobriedad asumida”, sino una sociedad sin Mercado ni Estado.

Si de lo que se trata es de sobrevivir dentro del sistema, vale el ahorro, sea de mercancías, de energía o de trabajo. Pero ese tipo de ahorro no depende de una decisión personal o un decreto de Estado sino que viene determinado por leyes económicas, y por lo tanto, impuesto a los individuos desde fuera. En épocas de crecimiento la economía fomenta el despilfarro; en épocas de recesión, el ahorro es fuerza mayor.

Según el momento, la publicidad ensalzaré las virtudes de los acondicionadores o nos aconsejará apagar las luces cuando salgamos de una habitación. El capitalismo decrece

en los momentos de crisis y de ese decrecimiento hace un arma para trasladar sus efectos a las masas dominadas. Para sobrevivir basta con las restricciones y el bartering, pero para vivir de otra manera son necesarios los excesos y los desbordamientos: el saqueo acabará con el consumo y simplificará la vida; los deseos la complicarán. La sociedad libre será una sociedad del potlatch, donde la “parte maldita”, el excedente, se destruirá o se regalará.

La descomposición ideológica que acompaña a la aparición de las masas es tan grande que la izquierda del régimen, social o política, para impregnar el discurso del poder con una crítica moderna esterilizada que le permita presentarse como alternativa a sí mismo, ha de extraer argumentos de las ideologías de la descomposición: primitivismo, ecologismo, ciudadanismo, municipalismo... decrecimiento.

Experiencias perfectamente válidas de agricultura biológica, autosuficiencia energética, soberanía alimentaria, conrainformación, talleres autogestionados, etc., son magnificadas y presentadas como panaceas. Sin embargo, la cuestión es saber como su potencial anticapitalista deviene real.

Sabemos que un contexto buenrollista y autocomplaciente ya basta para abortarlo, pero vayamos más lejos. El común denominador de todas las experiencias mencionadas es que a pequeña escala son compatibles con el capitalismo, incluso diríamos que son complementarias, aprovechables en un

futuro crítico, si tenemos en cuenta la masa de excluidos del Mercado. No pasarán de un estadio marginal y si no van asociadas a luchas radicales su destino será formar parte de la sociedad contra la que surgieron, como una economía sumergida bajo garantía estatal. Separarse del capitalismo y plantar un huerto no es lo mismo. Ocupar un terreno y defenderlo, sí que lo es.

El antidesarrollismo, en tanto que último estadio de la crítica social, acepta todas las experiencias constructivas en función de sus posibilidades logísticas y de su ejemplaridad. Sirven para preservar una opacidad que para los revolucionarios es fundamental, ayudan a liberar a unos cuantos individuos de los condicionamientos de la sociedad capitalista, y hacen más inteligible la perspectiva de la ruralización y la desindustrialización.

En general, los puntos esenciales del programa mínimo antidesarrollista, tales como el desmantelamiento de los aparatos productivo, represivo y cultural, el reequilibrio territorial, la simbiosis con la naturaleza o el rechazo del trabajo y del Estado, no pasarán de fórmulas abstractas, al estilo de las diez erres latouchistas, si no se concretan, más que en monedas paralelas o redes de consumo responsable, en asambleas, debates, huelgas, movilizaciones, ocupaciones, etc., es decir, si no forman parte de la práctica consciente de un proyecto común de cambio revolucionario.

No es cuestión de que los dirigentes encuentren los

métodos y propuestas decrecentistas aceptables, porque se trata justo de lo contrario, de que para el poder la metodología y las exigencias antidesarrollistas sean totalmente inaceptables.

Apuntes para las charlas del 24 de junio de 2010 en el Ateneo La Idea, de Madrid, del 2 de julio en Can Rusk, Girona, y para el debate con decrecentistas de Cataluña del 5 de julio en la librería Anónims, de Granollers.

ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA CRÍTICA ANTIDESARROLLISTA

El objetivo de esta disertación no es otro que el de exponer las líneas maestras por donde discurre la crítica real del capitalismo en sus últimas fases, a la cual hemos llamado antidesarrollista. La cuestión social quedó en sus inicios planteada partiendo de la explotación de los trabajadores en los talleres, fábricas y minas. La crítica social fue ante todo crítica de la sociedad de clases y del Estado, pero en una fase posterior del capitalismo, la cuestión social surgió de la colonización de la vida y la explotación del territorio.

Entiéndase por territorio no el paisaje o el “medio ambiente”, sino la unidad entre espacio e historia, lugar y habitante, geografía y cultura. La crítica social pasó a ser

crítica de la sociedad de masas y de la idea de progreso. Lejos de rechazar la crítica anterior, correspondiente a un tipo de capitalismo periclitado, la ampliaba y prolongaba, englobando hechos nuevos como el consumismo, la polución, la autonomía de la tecnociencia y el totalitarismo de apariencia democrática. La crítica antidesarrollista no niega pues la lucha de clases, sino que la conserva y la supera; es más, la lucha de clases no puede existir en estos tiempos que corren sino como antidesarrollismo.

En lo sucesivo, quien hable de lucha de clases sin referirse expresamente a la vida cotidiana y al territorio, tiene en la boca un cadáver. Podemos seguir el decurso de la aparición histórica entre los años treinta y noventa del pasado siglo de los primeros elementos de antidesarrollismo, comenzando por la crítica de la burocracia.

La burocracia es el resultado de la complejidad del proceso productivo, de la necesidad de control de la población y de la hipertrofia del Estado, del cual las organizaciones “obreras” son un apéndice. A un determinado nivel de desarrollo, aquél en el que se separan propiedad y gestión, donde los que ejecutan órdenes quedan totalmente subordinados a los que coordinan y deciden, los estratos superiores de la burocracia que operan en las distintas esferas de la vida social –la cultura, la política, la administración, la economía– son realmente la clase dominante.

La sociedad capitalista burocratizada queda dividida entre gestores y ejecutantes, o mejor, entre dirigentes y dirigidos. Dicha división nos retrotrae a otra anterior, la existente entre el trabajo manual y trabajo intelectual, que es la base del desarrollo burocrático. El trabajo manual pierde su creatividad y su autonomía por culpa del sistema industrial, que, al facilitar la estandarización, parcelación y especialización, lo reduce a pura actividad mecánica controlada por una jerarquía burocrática. El beneficiario de la mecanización no es simplemente el capitalista; es la propia máquina por la organización del trabajo y de la vida social que implica. Quien sale perjudicado en primer lugar es el trabajador, pero es toda la población la que quedará sometida a las exigencias de la máquina. La fábrica, la máquina y la burocracia son los verdaderos pilares de la opresión capitalista. La crítica de la burocracia completa la crítica del Estado y del trabajo asalariado, y da lugar a la crítica de la tecnología.

El desarrollo unilateral de la tecnología, orientado hacia el rendimiento y el control, sirve a la sumisión, no a la libertad.

Una existencia modelada por tecnócratas según normas fabriles es una forma de vida esclava. La ciencia y la técnica evolucionan bajo el signo de la dominación, que es dominación de la naturaleza y del ser humano. Pero una crítica a la ciencia y a la tecnología no significa un rechazo del conocimiento racional y del metabolismo con la naturaleza. Se trata del rechazo de una clase de ciencia y de

una clase de tecnología, las que engendran poder y sumisión, pero aceptación de las que no alteran las condiciones de reproducción de una sociedad igualitaria y libre, aquellas que obedecen a las necesidades de una vida rural y urbana equilibrada, hecha a medida de las necesidades y deseos humanos, en nombre de la Razón. Pero si avanza por el dominio del conocimiento instrumentalizado, dicha razón, sometida a imperativos de poder, se autodestruye. La creencia en el mejoramiento humano mediante el conocimiento científico, la innovación técnica y la expansión económica, en otras palabras, la fe en el progreso, queda en entredicho. La crítica de la ciencia, de la tecnología y del sistema industrial es una crítica del progreso. Y asimismo, es una crítica de las ideologías cientistas y progresistas; en primer lugar, de la ideología obrerista, tanto en versión reformista como revolucionaria, basada en la apropiación, en nombre del proletariado, del sistema industrial burgués y de su tecnología.

El capital no consiste sólo en dinero, medios de producción, o saber acumulado; es el polo activo de una relación social mediante la cual genera beneficios a costa del trabajo asalariado.

Cuando esa relación deja de circunscribirse a la producción y abarca todos los aspectos de la vida de los individuos, la explotación capitalista cambia cualitativamente y el conflicto social se extiende a la vida cotidiana, ahora dominada por el vehículo privado y las ansias consumistas,

enmarcadas en una arquitectura miserable. A la crítica del trabajo se le añaden la de la sociedad de consumo y la del urbanismo, forjándose entre todas la crítica de la vida cotidiana, antaño esbozada como crítica a la moral sexual burguesa y reivindicación de los derechos de la mujer. La construcción de un estilo de vida libre ha de desterrar de la vida la lógica alienante de la mercancía. El método para hacerlo, la autogestión, ha de aplicarse contra la lógica capitalista, pues de lo contrario no sería más que autogestión de la alienación.

La tarea pues de los futuros organismos comunitarios, que por los sesenta unos identificaron con los Consejos Obreros y otros con las comunas o los municipios libres, no puede consistir en la gestión de lo existente, sino en su transformación revolucionaria.

La soberanía real de los individuos emancipados no significa en absoluto la “humanización” del trabajo o la “democratización” del consumo, sino la supresión de ambos y su sustitución por un nuevo tipo de actividad unitaria liberada de condicionantes.

La crisis ecológica eliminó de la crítica de la vida cotidiana el optimismo tecnológico, la creencia en un posible uso liberador de la tecnología, y sentenció al obrerismo, la creencia en el papel emancipador del proletariado industrial y el carácter potencialmente revolucionario de los conflictos laborales. Fenómenos como la contaminación, la lluvia

ácida, el consumo de combustibles fósiles, el uso de aditivos químicos y pesticidas, la enorme acumulación de basura, etc., demostraron que el reino de la mercancía no solamente condenaba la mayoría de la población a la esclavitud asalariada y a la alienación consumista, sino que amenazaba la salud y ponía en peligro la vida en la Tierra. La lucha contra el capital no es pues simplemente una lucha por una vida libre, sino una lucha por la supervivencia. La abolición del trabajo y del consumo no pueden efectuarse desde dentro, a través de una pretendida radicalización de los conflictos por el salario y el empleo, puesto que lo que urge es el desmantelamiento completo de la producción, convertida en algo ponzoñoso e inaprovechable.

Su “autogestión” es además de alienante, tóxica.

La crisis ecológica revela pues los límites del crecimiento productivo y urbano, la condición *sine qua non* de la acumulación capitalista actual, cuando el desarrollo económico se ha convertido en el único objetivo de la política.

El desarrollismo tuvo su primera traba en la llamada “crisis del petróleo”, a la que “el mercado” y el Estado reaccionaron con la construcción de centrales nucleares. Los peligros que la producción de energía nuclear comportaba para amplios sectores de la población y sobre todo la militarización social encubierta que comportaba, despertaron una oposición fuerte.

De la unificación entre la crítica de la vida cotidiana y la crítica ecológica, especialmente en su vertiente antinuclear, nace a lo largo de los años ochenta la crítica antidesarrollista. El antidesarrollismo trata de fundir los elementos críticos nuevos precedentes: su negación del capitalismo es a la vez, antiestatista, antipolítica, anticientista, antiprogresista, anticonsumista y antiindustrial.

Los nuevos frentes de lucha abiertos, englobados en el concepto de “nocividad”, eran difícilmente defendibles, pues el final de la fase fordista del capital, caracterizada por la derrota del movimiento obrero tradicional, la industrialización de la cultura y el inicio de la mundialización, comportaban una catástrofe de la conciencia y un auge del ecologismo neutro. Reduciendo los problemas a cuestiones ambientales y económicas e ignorando la crítica social precedente, los ecologistas aspiraban a convertirse en intermediarios del mercado de la degradación, fijando con el Estado los límites de tolerancia de la nocividad. En efecto, los ecologistas desempeñarán en lo sucesivo el papel de asesores políticos y empresariales. Pero por otro lado, la destrucción de los medios obreros y la colonización acabada de la vida cotidiana habían aumentado sobremanera en la población la capacidad de soportar lo insoportable. Las clases antaño peligrosas se transformaban en masas domesticadas. El oscurecimiento de la conciencia se tradujo rápidamente en desclasamiento, pérdida de experiencia,

insociabilidad e ignorancia, por lo cual el conocimiento de la verdad no condujo a la revuelta. Faltaban los lazos sociales disueltos por la mercancía. La crítica antidesarrollista se ampliaba hasta abarcar al ecologismo y la sociedad masificada.

La falta de resistencia permitió al capitalismo unos avances sin precedentes, exacerbando todas sus contradicciones y agravando el nivel de habitabilidad del mundo. La convicción desarrollista del crecimiento como objetivo primordial de la vida en el planeta desembocaba en una crisis biológica. El calentamiento global, en un contexto de deterioro universal, impulsó el capitalismo “verde”, basado en el “desarrollo sostenible”, fruto del cual han sido los transgénicos, los automóviles con motor de bajo consumo, los agro combustibles y las energías renovables industriales.

Las agresiones al territorio se han multiplicado: autopistas, trenes de alta velocidad, líneas de muy alta tensión, “parques” eólicos y “huertos” solares, urbanización ilimitada, incineradoras, cementerios de materiales tóxicos y radiactivos, regulación de cuencas hídricas, transvases, torres de telefonía móvil, abandono y suburbialización del campo... A esto hay que añadir los progresos en la artificialización de la existencia (de la que las nanotecnologías son la culminación), la proliferación de conductas psicopáticas y la entronización de una sociedad panóptica y criptofascista como respuesta institucional a los peligros de la anomia. Aunque el enemigo más grande del

capitalismo todavía sea él mismo y las amenazas mayores contra él provengan de su propia naturaleza, una resistencia minoritaria ha podido desarrollarse gracias a conflictos locales de índole diversa, principalmente contra las grandes infraestructuras, con lo que la crítica antidesarrollista ha podido avanzar en varias direcciones y bajo diferentes apelativos, encontrando al azar de los desastres a partidarios y propagandistas que denuncian tanto los desastres territoriales como la domesticación y resignación de sus habitantes, gente que entendía que no podía solucionarse ningún problema empantanándose en la política, gente que no separaba una agresión específica de la sociedad que la causaba.

La sociedad desarrollista ha llegado al umbral a partir del cual la destrucción del hábitat humano es irreversible, y, por consiguiente, el control absoluto de la población es obligatorio. La defensa de una vida libre, para comenzar libre de prótesis tecnológicas, rica en relaciones, es como mínimo una defensa del territorio y una lucha contra todos los condicionamientos, bien se deriven del control social, del trabajo, de la motorización o del consumo.

Pero eso solamente atañe a su momento defensivo. Su fase ofensiva es desurbanizadora, desindustrializadora, ruralizadora y descentralizadora. Ha de reequilibrar el territorio y situar lo local y lo colectivo en el primer lugar del orden de preferencias.

Es también un combate por la memoria y por la verdad, por la conciencia libre y contra la manipulación del deseo; es, subsidiariamente, una lucha contra las ideologías que las ocultan y distorsionan como el ciudadanismo, el decrecentismo o la que viene en los manuales para adolescentes vírgenes estilo “la anarquía en diez cómodas lecciones” (municipalismo, estirnerismo, bonannismo, etc.). El capitalismo en su fase actual es eminentemente destructivo, y, por consiguiente, está en guerra contra el territorio y la gente que lo habita. La autodefensa es legítima, pero constituye sólo un aspecto del conflicto territorial.

Este es un batallar por la autonomía en la alimentación, el transporte, la enseñanza, la salud, la vivienda o el vestido; un bregar por la solidaridad, por la comunidad, por el ágora y por la asamblea; por el “comido”, “ayuntamiento general” o “concejo abierto”, que son algunos de los nombres que recibía la práctica política de la libertad en las épocas precapitalistas peninsulares. La crítica antidesarrollista no llega como una novedad empaquetada y a disposición de quien quiera usarla. Resume y abarca todos los elementos críticos anteriores, pero no es un fenómeno intelectual, una teoría especulativa fruto de mentes privilegiadas dispuestas a largas jornadas de estudio y meditación.

Es la reflexión de una experiencia de lucha y de una práctica cotidiana.

Está presente un poco en todas partes, de una forma u otra, como intuición o como hábito, como mentalidad o como convicción. Nace de la práctica y vuelve siempre a ella. No se queda en libros, artículos, círculos de enterados o torres de marfil; es fruto tanto del debate, como de la pelea. En una palabra: es hija de la acción, este es su medio y no puede sobrevivir fuera de él.

Para la acampada antidesarrollista del 8 de julio de 2010,
en Felines, Girona.

Primeras Jornadas en Defensa de la Tierra, 22 de agosto
de 2010, En Hervás (Cáceres).

URBI ET ORBI

Principios de antidesarrollismo

“La palabra española pueblo traduce la griega polis con exactitud superior a la de cualquier vocablo inglés, pues esta comunidad no constituye meramente la unidad geográfica y política sino también la unidad social que trasciende todos los conceptos”.

(Julián Pitt–Rivers, El pueblo de la Sierra)

1

Al urbanizarse finalmente Europa según el modelo americano de conurbaciones y suburbios en permanente expansión, se perdió la cultura urbana de las ciudades. Fin de la ciudad y sus barrios como comunidad. En su lugar, vacío social, agostamiento intelectual y esterilidad creativa. La urbe moderna es aburrida, decadente, masificada, despersonalizada, ruidosa, insalubre y vulgar. Es una pesadilla que contradice la idea de civilización, derivada de *civitas*. Su funcionamiento es la negación de lo que fueron sus orígenes. Las raíces de la crisis habría que buscarlas en el periodo en que la burguesía quiso racionalizar la ciudad e imponerle políticas expansionistas. Desde entonces, ningún habitante fuera de la clase propietaria fue propiamente un ciudadano, es decir, nadie fuera de la burguesía pudo formular su opinión, expresarla libremente y lograr que contara en la decisión. Las herramientas urbanísticas contribuyeron lo suyo a esa desposesión, contra la cual emergió la cultura obrera.

Después, todo ha ido a peor, pues el esclavo del trabajo es ahora esclavo del consumo, y en tanto que tal, se halla tan manipulado por los medios, tan aislado y tan amedrentado, que ya no le cabe, como a su antecesor, el recurso al motín y a la insurrección, y no puede hacer otra cosa que encerrarse en su piso–búnker.

2

La globalización y el Estado policial han degradado horriblemente el universo cívico, alumbrando en las metrópolis no a un sujeto colectivo dotado de autonomía y guiado por la razón –una clase–, sino a un átomo narcisista y gregario, amorfo y alienado por la superstición del progreso. Al abandonar el agro, escapar a la costumbre y olvidar la tradición, el hombre –y la mujer– no dio ni un paso hacia la libertad, sino que caminó directo a la servidumbre: toda su andadura está hoy condicionada por el trabajo, administrada por la burocracia, registrada por cámaras y regulada por el consumo. El automóvil, el cajero automático, el psiquiatra, la segunda residencia y el centro comercial son las imágenes de un bienestar contaminado y de una libertad abyecta donde quedan asfixiados los restos de su individualidad y rotos los lazos que le unían a los de su clase. Auto reprimido y en un estado tan apático, no podría cambiar nada aunque quisiera, puesto que ni siquiera puede cambiarse a sí mismo. Pero la sociedad industrial y desarrollista no solamente aísla, neurotiza y aniquila a sus súbditos, sino que somete y destruye el territorio, forzándolo a orbitar alrededor de las conurbaciones y

condenándolo a ser fagocitado por ellas. Es un doble movimiento de destrucción, centrípeto y centrífugo. Hacia adentro, transformación del individuo en marioneta de la economía; hacia afuera, suburbanización del espacio natural y rural. Con ayuda de la corrupción política y la venalidad legal, el territorio cae víctima de la especulación inmobiliaria, de la depredación turística, de la logística y de los grandes proyectos, bien energéticos, de almacenaje, de incineración o de infraestructuras. El agotamiento del modelo nacional de capitalismo ha dado lugar a una monstruosa economía mundializada, donde la deslocalización, la circulación, el negocio inmobiliario y la ingeniería financiera imponen sus reglas. Estas aparecen como enormemente irracionales porque el proceso globalizador no ha acabado, porque los modos de vida anteriores y sus valores no han desaparecido, y porque las leyes de acompañamiento no se han desarrollado en los detalles.

La nueva etapa del capital alberga las contradicciones típicas de una transición demasiado rápida, a las que se suman otras más profundas de tipo estructural, y a pesar del martilleo político a su favor no puede ocultar que, más que un nuevo estilo de libertad con posibilidades de multiplicarse gracias a las nuevas tecnologías y al desarrollo de la maquinaria estatal, lo que aporta es una nueva forma de opresión que, mediante prótesis tecnológicas y gendarmería, superará con creces a todas las anteriores.

Dicha opresión no se reduce a la explotación en los lugares de trabajo, sino que abarca la vida de las personas y el territorio que las cobija, pero sólo parece hacerse visible en las luchas en defensa del territorio, porque únicamente fuera de las conurbaciones existen suficientes individuos con una vida alejada del consumismo, todavía capaces de tomar conciencia del desastre ecológico–social y de enfrentarse a sus causantes.

La urbe contemporánea no es ni por asomo el lugar de la solidaridad y de la protesta. Los amasijos de bloques y el tráfico de las circunvalaciones se las han tragado. Allí nada se diseña a escala humana ni nada se hace con fines humanos. Hace tiempo que el espacio no edificado ha dejado de ser público y que la comunicación directa ha sido proscrita. Los tecnócratas que operan como sumos sacerdotes de la urbe imponen un diseño que bien se podría calificar de cosmológico, puesto que glorifica las deidades de la tecnología, el progreso y el interés privado. La nueva arquitectura y el urbanismo asociado dan forma al triunfo de los mitos desarrollistas del poder, algo tan inhumano y opresivo que resulta extraño que los incendios no hayan traspasado la frontera de los guetos. Mas el vecindario habitual apenas se atreve a protestar, ya que se ha habituado a la vida miserable y a su absoluta falta de control sobre lo que acontece. Está domesticado.

Desde luego, si actúa, no cuestiona ni amenaza lo más mínimo el *statu quo*. El aire de la conurbación vuelve a la

gente esclava, por eso muchos huyen de ella y otros, foráneos, ya no acuden a su reclamo.

3

Ninguno de los problemas de la avalancha urbanizadora podrá solucionarse, ni ningún desequilibrio territorial corregirse, en el marco del régimen capitalista, dentro de su ordenamiento político-administrativo. El desastre ecológico y social es imparable. No sirven de nada las normativas proteccionistas, los planes de desarrollo “sostenible” o las tasas “verdes” compensatorias.

La metropolitanización y subsiguiente agresión al territorio son debidas a una formación social concreta, la sociedad capitalista globalizada. El tiempo y el espacio humanos se han mercantilizado, se han convertido en capital. Nada puede considerarse al margen del mercado. En consecuencia, la salvación del territorio, de la vida y de la misma ciudad, dependerá, no de leyes, impuestos o pronunciamientos políticos, sino de un cambio radical y global de régimen. La conciencia de ese cambio costará una larga y dolorosa experiencia de luchas, que originarán un montón de ideologías, extremistas unas, conservadoras la mayoría; unas mirando al futuro, las demás contemplando

el pasado; todas convertidas en herramientas del poder y comprometidas objetiva o subjetivamente con el capitalismo. Su superación ha de ser la *conditio sine qua non* de una teoría crítica radical que establezca las bases del antidesarrollismo revolucionario.

4

La situación del territorio –por territorio no entendemos únicamente el suelo o el paisaje, sino su historia, su cultura y sus gentes proletarizadas– es el punto de partida de cualquier auténtico movimiento de luchas. Para proporcionar fundamentos sólidos a la crítica social moderna es indispensable el conocimiento de dicha situación. La crítica ha de prolongarse con una actividad abierta antidesarrollista, en donde hallen su elemento la solidaridad, la dignidad, el deseo y los demás factores de liberación, pues la sociedad emancipada habrá de reedificarse sobre pilares comunitarios y valores humanos. La acción debutará a la defensiva, como resistencia a la agresión, autodefensa y rechazo a colaborar con el orden establecido. A la vez tendrá que plantearse seriamente la segregación (o la negativa a ser absorbido); en cualquier caso, esto significará una vuelta a lo local, que será fallida sin una automarginación completa de la economía y de la política. Las experiencias iniciales de vida al margen son tan necesarias como las movilizaciones, puesto que ambas

sirven de ejemplo y cumplen objetivos pedagógicos, y por eso mismo, contribuyen a la aparición de una conciencia anticapitalista, algo imprescindible en cualquier ofensiva, especialmente en la que ha de dismantelar el aparato político–económico vigente y conducir a la desurbanización.

5

Para invertir los procesos urbanizadores habría que suprimir las causas que los desataron, a saber, el uso generalizado del dinero, el mercado de la tierra, la industrialización de la agricultura, la producción en serie, el abaratamiento del transporte y la expansión del crédito. Por ejemplo, al imponerse una producción agraria y ganadera para el mercado, la ciudad se abastecía al mejor precio en mercados cada vez más lejanos, rompiendo lazos y descoyuntando su entorno silvoagropecuario; los alfores, las vegas y los huertos urbanos perdieron su función y se convirtieron en periferia suburbial; el campo se despobló en beneficio de las ciudades industriales que crecían sin impedimentos gracias primero al ferrocarril y luego al automóvil. La producción se distanció del consumo, y el lugar de trabajo del hogar familiar. El vehículo privado es el responsable máximo de las barriadas dormitorio y ocupa más de las dos terceras partes del espacio de las caóticas áreas metropolitanas. La circulación de mercancías y de dirigentes exigió unas infraestructuras cada vez más grandes, determinando un crecimiento tentacular de las metrópolis, del cual, en el Estado español, la conurbación

costera mediterránea es el ejemplo lineal más claro, y Madrid, el ejemplo radial más imponente.

La conurbación elevada a megalopolis –aglomeración ilimitada de edificios– es el producto más genuino de la mundialización capitalista, y solamente un colapso de la economía, fruto particular o combinado, de una catástrofe natural, de la ruina de un Estado, de una revuelta, de una crisis energética o de una quiebra financiera, puede detenerla. Ese sería el momento de una ofensiva social que, dinamitando cualquier estructura jerárquica, cree un escenario acorde con el antidesarrollismo y con los estilos de vida que plantea.

6

Habrà que reconstruir la sociedad según las directrices de una economía moral no separada del resto de actividades, que no altere las relaciones sociales igualitarias establecidas por un régimen de verdadera libertad, o sea, que favorezca la autosuficiencia local, los intereses colectivos y las estructuras políticas horizontales.

Será una economía de subsistencia y no de acumulación, donde el trueque prime sobre el intercambio con dinero y el equilibrio domine sobre la expansión. Teniendo en cuenta

que es más barato cultivar un huerto que ir al hipermercado (y más sano), o producir electricidad en casa que pagarla a una empresa, y, en general, que las dos terceras partes de los bienes y servicios requeridos por una familia se producen más eficientemente de forma doméstica, que no se necesitan intermediarios y que el grado de motorización exigido será bajo, no le será difícil arrancar. Pero conviene tener presente que aunque domine la agricultura tradicional en tal clase de economía, no todo está resuelto asegurando la alimentación mediante la integración de la agricultura con la ganadería y el aprovechamiento de los montes. Habrá de responder de los recursos hídricos y energéticos, del transporte, calzado, vestido, vivienda, sanidad, educación, arte y cultura. La creación de cooperativas, redes y mercadillos de intercambio equitativo, no será más importante que la de escuelas, bibliotecas, ambulatorios, energía renovable, sistemas de irrigación, medios públicos de desplazamiento y milicias de autodefensa. En el campo contrario, las conurbaciones necesitan un índice de motorización elevado (lo que implica un considerable derroche energético), un abastecimiento constante a gran escala, una eliminación puntual de residuos, una enorme burocracia administrativa y gran cantidad de servicios de mediación, jurídicos, financieros o de otra índole. La falta o deficiencia de cualquiera de estas cosas las hará inviables a corto o medio plazo. Un aprovisionamiento irregular, una bajada significativa en la producción de combustibles fósiles, los apagones por culpa de una tecnología demasiado

unilateral y centralizadora, etc., harán que entren en regresión y entonces resultará relativamente fácil reinvertir la proporción entre lo urbano y lo rural.

7

La economía doméstica requiere un territorio autosuficiente, descentralizado, integrado y diversificado, trabajado con una politecnología adaptada al campo y orientada a la satisfacción de necesidades. La autosuficiencia no quiere decir autarquía, por lo que en los primeros tiempos puede que la desmonetarización no sea absoluta, aunque habrá que restringir el uso del dinero a lo estrictamente necesario, y, en todo caso, impedir su atesoramiento y su uso como fuente de poder o de beneficio particular.

La descentralización resulta obligada para el arraigo del colectivismo, para la desindustrialización y para el despegue de la producción local. La integración o deszonificación, es básica para la armonía entre el campo y la ciudad, o dicho de otra manera, para la reunificación no jerarquizada entre el espacio ciudadano con su región: su instrumento principal es la planificación regional, evidentemente antidesarrollista, puesto que el reequilibrio de las regiones no dependerá de

una redistribución de capitales, sino de la interpenetración entre el territorio y sus habitantes. Los planes de desarrollo invitan al expolio, al despilfarro y a la dictadura, mientras que los planes antidesarrollistas lo hacen a la repoblación racional y al intercambio generoso con la naturaleza gracias al uso racional de recursos, clima, orografía, conocimientos y saberes. La diversificación ahorra desplazamientos y por consiguiente, energía, además de reducir la dependencia y alentar la autonomía.

Seguramente, la abundancia de bienes y servicios públicos típica del colectivismo comportará una escasez de bienes y servicios privados, pero en todo caso, el vivir en una comunidad libre compensará el sacrificio del consumo superfluo, la supresión de servicios inútiles y la falta de ocio industrializado.

Lo que prima en una sociedad libre no es el bienestar particular derivado del beneficio privado, sino la felicidad colectiva, que no puede mantenerse sino conservando por una parte el medio y la sociedad emancipada, y por otra, la simbiosis entre ambos.

Tras una rápida exposición del proceso ruralizador ¿cómo queda la ciudad? La ciudad propiamente dicha ha de renacer de las cenizas de la conurbación y redefinirse con relación a su entorno rural, puesto que habrá de abastecerse de él, y, por consiguiente, producir para él e intercambiar productos y servicios.

La vida ciudadana es diferente a la de cualquier otra forma civilizada, pues representa en la historia la tentativa más eficaz de recrear el mundo de acuerdo con los deseos y las aspiraciones humanas más elevadas. Sin embargo, hoy en día es más que problemático que la libertad florezca en su seno.

Demasiada gente la busca lejos y demasiados cambios son imprescindibles. Para que actúen de forma concertada sus habitantes han de compartir suficientes intereses comunes; eso solamente será posible si logran suprimir las distancias políticas y sociales, si reducen su tamaño, si aprenden los oficios, si la fábrica se substituye por el trabajo a domicilio, si reinstauran el ágora..., o, visto desde otra perspectiva, si la producción, el trabajo y la gestión política se integran con la fiesta, el consumo, la defensa y la cultura. Por separado, ninguna de esas actividades puede constituir un modo coherente y satisfactorio de vida. La vida auténtica, sin embargo, no puede quedar amputada de ninguna de ellas. Por otro lado, perfilando los detalles, la ciudad no tiene por

qué albergar toda la actividad industrial y comercial permisible, pudiendo éstas repartirse por el campo, situarse cerca de la materia prima e integrarse con la actividad agraria. Por idéntica razón, la ciudad puede amparar huertos en su interior y abrir pasillos a la naturaleza.

El derrumbe de la conurbación solucionará en principio problemas como el de la vivienda, pero los del transporte y de la asamblea o ayuntamiento general no hallarán salida más que con el redimensionamiento en extensión y altura del espacio urbano, amén de la repoblación del centro histórico. Habrá que demoler las nueve décimas partes de las conurbaciones para poder recrear condiciones humanas y civilizadas.

Recuperar el espacio público de paseos, calles y plazas, librarlo del consumo, del turismo y del ocio masificado, a fin de que recobre sus funciones comunitarias. Cada conurbación tendrá su propio proceso de descomposición, según la magnitud de las contradicciones que lo desencadenen y la intensidad de los conflictos que genere. A la vista de lo que ya sucede, la desintegración urbana generará altas cotas de violencia y la proliferación de bandas. Que el resultado final sea una comunidad libre o una formación social clasista y autoritaria dependerá del grado de conciencia y determinación alcanzado en el mencionado proceso, así como de las estrategias desurbanizadoras y antiestatistas que se apliquen en el territorio. O se gana o se pierde, lo cierto es que nada puede asegurarse; habrá que

esperar al sujeto colectivo engendrado por la devastación, y las luchas actuales parecen indicar que sus ingredientes se mezclarán fuera de las conurbaciones, pero no demasiado lejos de ellas.

Charlas en el Ateneu Llibertari L'Escletxa,
Alacant, 25-09-2010 y en la asociación Los Glayus,
Oviedo, 7-10-2010.

LA RECONVERSION DEL TERRITORIO ASTURIANO Y EL TAV

No hay duda, el gobierno español está realizando en Asturias la mayor inversión de su historia a través del Ministerio de Fomento, de forma que la transición de una economía industrial deficitaria a una economía de servicios “conectada” con el capital internacional se efectúe tan rápido “como la situación lo permita”, mientras se van disipando sin demasiadas resistencias los desastres sociales inducidos por la desaparición de la agricultura tradicional, la reconversión industrial y la liquidación de la minería. Tal inversión se concreta en la ampliación del puerto del Musel hasta convertir mediante regasificadoras y centrales térmicas de ciclo combinado a Gijón en un “poblado energético” desde donde partirán líneas de alta tensión como la de Sama a Velilla. Y también la construcción de autovías, la modernización del aeropuerto, la creación de un

polígono de actividades logísticas (la ZALIA) y, por encima de todo, en la llegada del AVE, prometida para el 2012, aunque, vista la evaporación de capital disponible por el Estado en estos últimos tiempos, aplazada sin fecha creíble, a la espera de la inyección de fondos que determine la buena voluntad de las constructoras y los bancos. En efecto, el AVE es “el tren de la recuperación económica”, puesto que “la gente podrá venir más a Asturias” gracias a una mejor “accesibilidad”, especialmente turistas “de calidad”; es el tren de la “conexión con Europa”, una “apuesta de desarrollo sostenible”, un “vertebrador del territorio” venido para convertir a Asturias en “el nudo logístico de la actividad empresarial en el Norte de España”, etc., etc. El lenguaje de los dirigentes locales muestra los planes, los deseos y hasta los sueños de la dominación, exactamente los mismos en toda la periferia: que el desarrollo capitalista depende de una comunicación fluida con los ejecutivos de Madrid, a los que se les ofrece una alternativa al avión; que se basa fundamentalmente en la construcción, el tráfico de mercancías y el turismo, y que implicará una profunda remodelación del territorio.

La nueva economía no se conforma con explotar la fuerza de trabajo de una clase sometida, sino que explota el territorio y la vida de su vecindario. El capitalismo en Asturias ha experimentado un rápido proceso de terciarización, poniendo fin a la preponderancia industrial y minera, a la vez que liquidaba el escenario de una lucha de

clases en desuso. Cuando se habla de un Museo del Movimiento Obrero, es que dicho movimiento es cosa ya de museos. El sector servicios proporciona el 60% de los empleos, la mayoría de los cuales son basura; desde 1998 aumenta con regularidad el tráfico aéreo y portuario, crece el negocio bancario, el inmobiliario, el hostelero y el informático; se incrementa la asesoría de empresas, la construcción, el turismo rural y las grandes superficies; y mientras tanto, se extinguen los últimos focos de cultura agraria, se destruye empleo industrial y se desteje la urdimbre minera. En el horizonte, un “tejido laboral más diversificado”, cuyos hilos hay que encontrar en el peonaje de obra, el servicio doméstico, los dependientes de comercio o el personal hotelero; un “nuevo modelo de consumo”, el del Espacio Buenavista o el de Los Prados en Oviedo, el de Caudalia de Mieres o el Parque Principado de Siero; una “reconversión medioambiental”, la impuesta por el TAV, los planes de urbanización costera, las pistas de esquí y los vertederos; y una “nueva imagen de Asturias”, la que, a imitación del Guggenheim de Bilbao, ofrece en Avilés el Centro Cultural Oscar Niemeyer, la del neomonumento que los gijoneses llaman el wáter de King Kong, o, finalmente, la que a semejanza de la casa de los horrores, proporcionaría un propuesto Museo de las Obras del AVE.

La colonización completa del territorio por el capital se lleva a cabo mediante la formación de conurbaciones, que se apoderan de su entorno, subordinándolo. En una

economía fuertemente terciarizada, los pueblos y las ciudades pequeñas son inviables, por lo que han de ser fagocitadas por áreas metropolitanas en continua expansión.

A partir de un millón de habitantes el abastecimiento resulta suficientemente rentable, la especulación inmobiliaria empieza a ser suculenta y las economías de escala o de aglomeración ya son importantes. Y también las deseconomías: atascos, contaminación, estrés, anomia... Asturias no queda lejos del objetivo de albergar una “ciudad de ciudades”, que es como los dirigentes llaman a la conurbación desordenada y altamente motorizada, pues en el triángulo formado por Oviedo, Gijón y Avilés viven amontonados unos 800.000 habitantes. Las oligarquías políticas y económicas locales han tomado conciencia de la “potencialidad” de las conurbaciones como “centros de desarrollo”, y del hecho de su necesaria comunicación jerárquica con un hipercentro, por lo que las infraestructuras son imprescindibles, sobre todo las que llevan una carga política considerable, como lo es el Tren de Alta velocidad. Cuando hablan de “Asturias”, los tecnócratas que asesoran a los dirigentes se refieren exclusivamente a la conurbación central asturiana conectada con Madrid.

A todos los efectos, cualquier otra porción del territorio no cuenta, sino en relación económica con ella, es decir, como explotable.

Esa doble centralización, la de Madrid y la del binomio Oviedo–Gijón, significa una doble presión destructiva sobre el territorio, sobre la naturaleza, sobre las economías locales, sobre las comunicaciones comarcales o regionales, y para acabar, sobre las relaciones sociales que sostienen su dinamismo. El carácter masificador y destructor de la nueva economía es consustancial a la nueva etapa del capitalismo, hasta el punto de dominar sobre cualquier otro aspecto. Cada edificio, cada monumento, cada zona residencial, cada pista de esquí y cada campo de golf, se levanta sobre ruinas sociales todavía visibles; cada línea de alta tensión, cada autovía y cada TAV, discurren por territorios devastados, cuyas enormes heridas no logran ocultar ni la pintura, ni el ajardinamiento.

La destrucción se complementa con el despilfarro y la inutilidad, por lo que el AVE, la infraestructura que reúne a la perfección esos tres trazos, los propios del totalitarismo, ha de simbolizar más que ninguna otra la lógica depredadora de la clase dirigente, la que preside sin que demasiada gente se percate la mayor contrarrevolución habida en Asturias.

El AVE es realmente un tren costoso, destructivo e innecesario, particularmente el asturiano. Cada kilómetro cuesta 50 millones de euros, contra los 12 que costaba el de Sevilla. El precio del billete saldrá mucho más caro que el de los trenes de largo recorrido, que se suprimirán, e incluso que el de los puentes aéreos. La cantidad de túneles, viaductos, terraplenes y escombrerías, sumada a los

destrozos causados por las mismas interminables obras –de largo lo más insufrible– garantiza un impacto que los habitantes de las proximidades nunca podrán olvidar. La destrucción afectará, como ya ha ocurrido en otros lugares, a las infraestructuras ferroviarias de cercanías, forzando así al uso multiplicado del automóvil. Pero lo mejor de todo es que el TAV asturiano no sobrepasa el nivel mínimo de utilidad. Competirá con desventaja con el avión, puesto que a pesar de la lejanía de los aeropuertos, la duración global del trayecto en tren Madrid–Oviedo superará en más de una hora la del aéreo. Y, pese a tanto vandalismo territorial, atravesar el principado, es decir, ir de Pola de Lena a Gijón, apenas adelantará en un cuarto de hora al tren convencional puesto que la velocidad media nunca superará los 176 kilómetros por hora. Cualquier crítica que se detenga en estas cuestiones, como la que hacen los alcaldes de los municipios afectados o los ecologistas locales, es igual de inútil que la infraestructura cuya construcción pretenden detener. Primero, porque lo que para la gente corriente, en el supuesto de que la hubiera, es un defecto tremendo y una agresión inaceptable, para los dirigentes es una virtud y una demostración de fuerza. Los dirigentes tienden al despotismo, a la egolatría y a la irresponsabilidad ¿Y qué más prueba de faraonismo, megalomanía e irracionalidad que la construcción de una obra carísima, perjudicial e innecesaria? Segundo, porque los dirigentes regionales compiten unos con otros –véanse si no los aspavientos del presidente cántabro– y el TAV marca la diferencia.

Además, aunque parezca incomprensible, el TAV produce réditos electorales, cosa que obliga a toda candidatura, ecologista o no, a no pronunciarse en contra si quiere conservar sus posibilidades.

Pese a que la construcción del TAV puede tacharse de verdadero acto terrorista, la población se halla en un estado de indignidad tan avanzado que es capaz de digerir cualquier bazofia que le echen y reproducir a pies juntillas el discurso del poder hasta en los menores detalles. La oposición al TAV ha de abandonar el terreno de las alegaciones y las denuncias, de las recogidas de firmas y los callejones sin salida de la ley, para presentar batalla en todo el territorio. Ha de romper el secretismo del poder abriendo canales propios de contrainformación, buscar aliados donde los haya y movilizar a un sector numeroso de la población. Solamente así podrá romper el cerco informativo y permitirse un mínimo debate público que altere la correlación de fuerzas, hoy abrumadoramente favorable a la dominación. La oposición lo tiene todo en contra salvo un par de detalles que sin duda pueden beneficiarla: por un lado, la crisis económica que recorre el país y agota las arcas del Estado. La falta de dinero ralentizará e incluso paralizará temporalmente las obras, con lo que se ganará tiempo, un factor táctico fundamental para el combate. Por el otro el escaso dinamismo de la economía asturiana, en las postrimerías de la reconversión, con una demografía estancada, la menor tasa de natalidad del Estado, mucho

paro, una caída preocupante de la productividad y un grado de innovación tecnológica que podríamos calificar de ridículo, quita peso a las fuerzas vivas locales y las predispone al sacrificio ante la menor dificultad social. Por consiguiente, pese a su sumisión, la oligarquía asturiana tiene menos influencia en Madrid digamos que la vasca, y si las obras del TAV por Euskal Herria casi han parado, ¿qué podemos esperar de las asturianas? En estas condiciones hasta una discreta protesta puede obtener excelentes resultados.

La lucha contra el TAV es al mismo tiempo un pulso contra el modelo social que necesita de ese artilugio y sobre todo contra el Estado, un pulso en el que los dirigentes no tienen empacho a recurrir a la violencia y a la criminalización. No se puede separar la alta velocidad del turbo capitalismo, ni en el plano económico, ni en el político, ni en el moral. El movimiento de protesta, condicionado por el terrorismo institucional Pro TAV, ha de ser asambleario y emplear tácticas que puedan contrarrestarlo.

La autodefensa será ante todo resistencia. Debe formular intereses generales y fundirlos con los vecinales, lo que significa que ha de abandonar el terreno político de la dominación incluso a nivel comarcal o local. El dominio del capital abarca todos los aspectos de la vida social, integrándolos y mercantilizándolos, de forma que su cuestionamiento no puede partir desde dentro. Al igual que las luchas obreras tuvieron a su enemigo interior en los

partidos y los sindicatos, las luchas antidesarrollistas tienen al suyo en los ecologistas ciudadanistas y municipalistas. Cualquier movimiento que no rebase los límites de la mediación institucional será rápidamente absorbido. La contestación no puede centralizarse en nada acotado por el capitalismo, sean conflictos laborales o territoriales. No podemos oponer un modelo de capitalismo a otro. La cuestión social salió de las fábricas para reaparecer en el rechazo del consumo y del espectáculo, en el combate contra las grandes infraestructuras, en la reivindicación de la soberanía alimentaria y en la defensa del territorio, en la agricultura biológica y en las comunidades libres de resistentes, en las asambleas vecinales autónomas y en la secesión anticapitalista. Pero no lo logrará si se detiene ante la inmensidad de sus tareas y da marcha atrás. La aspiración última de desmantelar las conurbaciones y reequilibrar el territorio no es otra cosa que la voluntad manifiesta de acabar con el capitalismo y el Estado. Hay que tenerlo claro.

Para la charla de Riosa con la plataforma anti TAV, 9 de octubre de 2010.

ZARAGOZA DESPUÉS DEL PARTO

Los últimos quince años han cambiado drásticamente a los zaragozanos, conformando a un tipo humano estándar, motorizado, consumista, endeudado y confinado en su barrio dormitorio. La economía mundializada, igual que ha creado ese engendro, ha configurado una forma espacial nueva para albergarlo, la conurbación que bien podría llamarse Post Zaragoza.

La conurbación es algo muy diferente de la ciudad, puesto que carece de unidad y de límites; podría definirse como una aglomeración urbana discontinua, fragmentada y en una constante expansión, jalonada por amplios cinturones viarios. El habitante de la conurbación tampoco es el ciudadano sino el súbdito, puesto que el primero es un hombre público, dotado de completa autonomía material y moral, mientras que el segundo es un sujeto particular

entregado a sus asuntos privados –*idiotés* en griego–, económicamente dependiente e ideológicamente adoctrinado. El estilo de vida en la conurbación lógicamente es distinto, pues gira en torno al automóvil, el centro comercial y la segunda residencia, más que alrededor de la actividad social pública en la fábrica, en el barrio o en la calle. Zaragoza no podía ser una excepción a la regla que rige la degeneración de las ciudades por más que sus dirigentes no hubieran puesto toda la carne en el asador; el hecho de que perdiera toda especificidad urbana para volverse un montón de edificios ocupando un espacio desarticulado y trivializado era algo inevitable, inscrito en la dinámica capitalista que se adueñó de ella hace ya siglo y medio, y cuyas líneas generales el desarrollismo franquista dejó perfectamente establecidas. Someterse a ellas ha sido la mayor virtud de la clase dirigente local, que ya contó en el pasado con la predilección de dos dictadores, y que en el presente impone la dictadura de un tercero, la del capital, como mejor destino para los zaragozanos. La ciudad no podía escapar al destino de “nodo de la economía global” y aunque nadie lo hubiera querido, terminaría estando “en el mapa”, o sea, en el teatro de guerra de las finanzas internacionales. Y el destino se materializó en globo especulativo a la sombra de un evento faraónico –una Exposición semejante a la de Sevilla– redundando en la “proyección” de la marca Zaragoza dentro del mercado mundial en tanto que logotipo privilegiado de cierta clase de negocios, aquellos que han vaciado los bolsillos del vecindario y han llenado los de las promotoras

y los bancos. Lo que diremos de Zaragoza, podríamos decirlo de cualquier aglomeración urbana, pues todas son similares, lugares para la tristeza y el vacío, donde la masa atomizada vive presa de su alienación, respirando un aire tan impuro como intrascendente.

Hasta 1990 Zaragoza había sido un “polo” industrial dedicada principalmente a almacenar la población que huía del campo aragonés. Ya iba por la mitad cuando la industria entró en declive; entonces Zaragoza se estancó y su oligarquía tuvo que “reconvertirla” para seguir con los ritmos de crecimiento exigidos por la economía.

El método que siguió no fue muy original, puesto que hizo lo mismo que las otras conurbaciones: el reclamo turístico, la especulación inmobiliaria y el consumo de masas. Con bastante rapidez sus vecinos se vieron transitando por espacios museificados, o solicitados por un número creciente de centros comerciales, ya no bajo la apariencia de vulgares hipermercados rodeados de tiendas, sino en forma de extensas superficies dedicadas al esparcimiento, la hostelería y la gestión. Las más grandes del Estado. Se les atribuían toda clase de virtudes “vertebradoras”, un contrasentido en la sociedad de consumo, donde el individualismo y la carencia de relaciones, o sea, la invertebración, son la norma. Paralelamente, las viviendas construidas empezaron a multiplicarse. Las promociones se sucedían unas a otras a ritmo vertiginoso, sobre todo a partir de 2005. Zaragoza, “ciudad de compras” y parque temático

en obras, recuperaba “su pulso” extendiéndose como una mancha de aceite, colmatando los espacios delimitados por las carreteras que la comunicaban con Logroño, Huesca, Barcelona, Castellón, Valencia y Madrid y las circunvalaciones Z-30 y Z-40, pero al mismo tiempo su interior se iba despoblando. Lo que se llenaba en una parte, se vaciaba en la otra, revelándose un cierto estancamiento poblacional. Contando que en 1992 tenía 600.000 habitantes y prácticamente ningún extranjero afincado, y que en 2010 tiene 700.000, de los que 110.000 son inmigrantes, fácil es deducir que en 18 años la población autóctona ha disminuido y envejecido, y que la ganancia de población es debida exclusivamente al saldo migratorio. Además, las clases medias, imitando la conducta de la burguesía, tendieron a comprarse una segunda residencia en los pueblos de las cercanías. En efecto, numerosos enjambres de adosados han proliferado últimamente en La Muela, Villanueva de Gállego, Cuarte, Cadrete, Utebo, María, Zuera, etc., y muchos otros se proyectaron.

El chanchullo del golf encontró un ambiente perfecto, así como todos los ramos subsidiarios de la construcción. La primera corona de la conurbación zaragozana aumentó en población a un ritmo muy superior al de la capital, contribuyendo así a su escaso dinamismo demográfico. Y puesto que la mayoría de inmigrantes no disponía de efectivo suficiente ¿quiénes debían ser a la postre los compradores de tanta vivienda ofertada? La respuesta es

obvia: los propios zaragozanos. El hecho de que en las últimas décadas cada zaragozano haya tenido que enfrentarse de manera tan persistente a su propia nulidad y a la de los demás, ha socavado la fe en la capacidad de resistencia de la ciudadanía a la obsesión urbanizadora. Años de soledad y amaestramiento televisivo han hecho de cada habitante un clon y de cada barriada un paraíso carcelario, receptáculo idóneo de una vida esclava del consumo. ¿Quién podía resistirse a un piso de 90 m² con trastero y dos plazas de garaje, a diez kilómetros del centro, pero cerca de una gran superficie? ¿Cómo no empeñarse hasta las cejas para ir a vivir en un fantasmal barrio como Arcosur, si para colmo de entretenimiento doce de sus primeras vías llevan nombre de videojuegos? El resultado de la fuga desordenada a la periferia fue la gentrificación de los barrios urbanos y la aparición de nuevas barriadas dormitorio en el extrarradio, quedando los habitantes a merced del vehículo privado, del hiper y de la consola, puesto que como es de suponer, en esos no lugares alejados los servicios públicos, el pequeño comercio y el entretenimiento industrial son muy defiditarios. El motor de fondo, la contaminación galopante y el aburrimiento soberano han venido a sumarse a las miserias del modo de vida suburbano, el más común de una conurbación desparramada cuyos gestores no han dudado en calificar de “vital, habitable, creativa” y de “pilar del urbanismo sostenible”.

Podríamos pensar en un sentido del humor extravagante, prácticamente negro, pero no se trata en absoluto de humor sino de propaganda engañosa con involuntarios resultados humorísticos: aquello a lo que los dirigentes llaman verdad es la mismísima mentira, que, cuando es evidente, da risa.

Los planes que los expertos confeccionaban para la oligarquía político económica local perseguían la concentración de un millón de personas en el territorio municipal, urbanizando las zonas rurales del oeste y el corredor de la carretera de Huelva rebautizado como “autovía de los Pirineos”, y construyendo habitáculos para no sabemos quién. Se daba por descontado el incremento de la demanda gracias a la revalorización que debían de acarrear la estación del AVE, la plataforma PLAZA y la EXPO.

Así, aparte de las 100.000 viviendas que resultarían de reutilizar Ranillas y Villa Expo, se proyectaron 70.000 en los huecos y esquinas del municipio y más de 20.000 en el entorno. El tren de alta velocidad y la ampliación del aeropuerto conectarían a la larga las élites zaragozanas con las europeas; Plaza convertiría la capital en “el centro neurálgico” de la nueva economía, en la que la edificación, el depósito, la distribución y el transporte de mercancías son los verdaderos protagonistas. Solo faltarían un montaje publicitario de gran envergadura y una desinformación de la misma cuantía para llegar al punto de inflexión a partir del cual la acumulación cuantitativa de monumentos se volvería una realidad bastarda cualitativamente diferente. En efecto,

los puentes metálicos, los edificios “emblemáticos” y las riberas de cemento “dibujarán un nuevo paisaje” carente de significado que dará color a los exteriores de una vida carente de sentido. Sin duda para los oligarcas, sus colaboradores y sus víctimas, habría “un antes y un después de la EXPO”, un antes y un después del espectáculo.

La Expo fue el momento artístico de la élite zaragozana, el triunfo estético de la avaricia. Pero entonces estalló la burbuja inmobiliaria nacional. El “mercado” se mostraba incapaz de absorber el exceso de pisos construidos, muy sobrevalorados, e igualmente incapaz de contratar más hipotecas. Se vislumbraba un horizonte de quiebras, falta de liquidez y paro.

La solución zaragozana para mantener hinchada la burbuja fueron las viviendas de protección oficial, las VPO, una especie de llamamiento capitalista al proletariado. Aunque la promoción de ese tipo de viviendas, en absoluto baratas, se presentase casi como la epifanía de la virgen del socialismo, en realidad se trataba de un intento dirigido desde las instituciones para salvar la crisis del ladrillo y seguir con el proceso especulativo. Las promotoras de VPO reciben donaciones gratuitas de suelo público y financiación pública abundante, al tiempo que a los compradores, la población con menor capacidad de endeudamiento, se les otorgan ayudas. Para contrarrestar la tremenda vulgaridad del urbanismo para pobres hacía falta un barrio dormitorio modelo y ese fue el esperpéntico Valdespartera, al sur de la

conurbación, “uno de los paradigmas de referencia para la construcción de la ciudad del siglo XXI”.

Al finalizar su construcción, no sin retrasos, este “símbolo de la nueva Zaragoza”, el típico Plan de Actuación Urgente de cualquier conurbación para contener los precios de las casas, malvive sin apenas equipamientos entre los ruidos de los aviones y los olores del Centro de Residuos y, eso sí, representa fielmente el destierro feliz que los dirigentes zaragozanos reservan a la mayoría de sus conciudadanos, el “después” de la Expo. En fin, las VPO eran la válvula de escape del sector de la construcción, la inyección monetaria que permitía parir a la EXPO sin sobresaltos. El último paso de una huida hacia delante. Y el parto, como era de esperar, produjo ratones.

Los delirios de grandeza de la oligarquía maña sufrieron una severa corrección, que sin embargo no cambió su discurso, indefectiblemente triunfalista, ni la desvió de su plan. Zaragoza, “una de las capitales de la logística en el sur de Europa”, “ciudad de congresos”, incluso “ciudad hip hop”, “se consolida como el marco de referencia anual en energías renovables” y todavía le queda tiempo para posicionarse “como destino tanto nacional como internacional de turismo religioso”. Despilfarrada la inversión pública, apagado el frenesí consumista y desinflado el globo especulativo de la construcción, la clase dirigente se aferra a lo que queda, el turismo de lo que sea, el tráfico de mercancías y la burbuja de las renovables. Pero

el circo ininterrumpido donde el poder zaragozano monologa, no funciona demasiado bien: el recinto de la EXPO presenta un aspecto deprimente, abandonado, sin inquilinos ni compradores, exactamente igual que sucedió con instalaciones similares en Barcelona (Fórum de las Culturas), Valencia (Copa América) o Sevilla (expo). Los “nuevos iconos de Zaragoza”, la Torre del Agua y el Pabellón Puente, son emblemas de la desolación, la proyección monumental de un orden estafalario. Lo que iba a ser un “caudal de empleo” es ahora un desierto. La “externalización” para reducir costes laborales, generalizada en las actividades logísticas gracias a la ayuda sindical, confeccionaría una exigua oferta de empleo precario y mal remunerado. Por otra parte, multitud de bloques quedaron por edificar, otras muchas obras se paralizaron y se cancelaron docenas de promociones, algunas realmente mastodónticas.

Las reclamaciones y los embargos se suceden, al tiempo que los juicios por deudas e impagos saturan los juzgados de la capital.

Algún que otro centro comercial quedaba en el tintero, y los demás cerraban secciones enteras por falta de clientes. Ocurren los inevitables “concurso de acreedores”, las promotoras renegocian sus abultadas deudas y la morosidad hunde las Cajas. Quedan montones de casas sin vender, muchas en poder de los bancos, aunque no por ello dejen de proliferar los pisos patera. Los zaragozanos que trabajan ya

no disponen de crédito para comprar tanto piso, ni siquiera de protección oficial, toda vez que el Estado anuncia la supresión de cualquier ayuda para la construcción o la compra de viviendas. Tampoco los turistas aportarán demasiado; si bien aumenta el número de pernoctaciones, la estancia media de cada ejemplar es de 1'7 días. La crisis ha colmado el vaso de agua donde han naufragado las extravagantes expectativas de los dirigentes.

Las economías de aglomeración son escasas, las arcas municipales están vacías y el espectáculo apenas atrae nuevas inversiones, cada vez con menos perspectivas, como demuestran las maniobras por convertir Zaragoza en “capital europea de la cultura de 2016” y sede de las “olimpiadas de invierno 2022”. La inversión francesa prefiere quedarse en Barcelona a capitanear la tropa aragonesa. En el mapa de la globalización Zaragoza es una conurbación de cuarta categoría y lo será durante mucho tiempo. Más extensa, más absurda, más aburrida, más fea y más inhóspita. E infinitamente menos culta y menos justa. Su vecindario ha quedado atrapado en las nuevas jaulas de la economía global y difícilmente podrá salir de ellas sin rechazar radicalmente los modos de vivir que aquella le impone, o sea, sin comer el pan del servilismo asalariado ni abandonar el circo de la dominación. No obstante, dentro de la economía, dentro de la pseudo realidad, es decir, en la órbita de las conurbaciones, otro estilo de vida es imposible. El consumismo, el show, la hipoteca y la subcontrata son la

forma obligada de vivir en la sociedad del espectáculo zaragozano.

Una forma de vida light, sin tiempo ni memoria, a la deriva, donde la insolidaridad y la obediencia interiorizadas apenas soslayan el autoritarismo declarado del orden. En fin, la utopía de la insociabilidad hedonista técnicamente administrada, ante la cual la disidencia surge como única manera de asegurar una existencia sana y mentalmente equilibrada. Tratar de recoser los rotos del último desastre o montar otro tipo de espectáculo no es sino cambiar de envoltorio para conservar el mismo contenido: defender lo existente por otros medios. La barbarie, por más que se embadurne de cultura o se proclame ecológica, no deja de ser barbarie, una barbarie que se consume y se repone las veinticuatro horas. Negarse a vivir de esa manera significa tanto desobedecer cualquier imperativo de la modernización como retomar los hilos de la historia. No transigir, segregarse.

Dar la espalda a la barbarie presente, recordar las encrucijadas donde nos perdimos e idear un plan para desmantelar la economía, desurbanizar Zaragoza y abolir el Estado.

Charla del 11 de noviembre de 2010 en el CSA La Revuelta, Zaragoza.

¿DEFENSA DEL TERRITORIO O COGESTIÓN DE SU RUINA?

Una sociedad libre será mayoritariamente una sociedad campesina; la conurbación es una formación social estrictamente capitalista incompatible con el advenimiento de la libertad e inviable en economías sin mercado. Estas dos verdades nos llevan a considerar el cambio revolucionario desde perspectivas completamente nuevas. Por eso al hablar de agricultura biológica, soberanía alimentaria o autosuficiencia, es decir, del lado positivo del antidesarrollismo, conviene señalar el marco en el que éste tiene lugar, la situación concreta del territorio.

En una sociedad en vías de urbanización total el territorio se convierte en vacío disponible; una reserva general de espacio a merced de los centros de decisión metropolitanos. En la nueva etapa de desarrollo capitalista la opresión ha suprimido el tiempo y se ha espacializado; el espacio social es creación del capital y obedece a su lógica. La explotación del territorio desempeña ahora el mismo papel que la

explotación del trabajo en la etapa anterior, pero para que eso ocurra óptimamente no solamente hace falta rellenar de mercancías los lugares, sino que son necesarios determinados cambios formales que adecúen la especificidad territorial a la economía y no traben la expansión ilimitada de los núcleos urbanos. Cambios que además de trivializar la existencia en el campo, fomenten la deslocalización, el abandono de la agricultura y la suburbanización. Esa, digamos, postrera campaña de racionalización capitalista se dota de los correspondientes instrumentos jurídicos: leyes que favorecen la actividad urbanística, cuotas agrarias, leyes del suelo, reformas en la administración local, normativa de expropiaciones, ordenamientos generales, actuaciones integrales, planes de infraestructuras, etc. Por otra parte, la globalización conforma una nueva clase dirigente ligada a la gestión política, financiera y empresarial del espacio más que a la propiedad privada de los medios de producción; una clase nacida de la transformación de la burguesía tras la derrota del movimiento obrero y la descomposición de las clases tradicionales.

Se trata de una clase en constante movimiento que se desenvuelve dentro de la división internacional del trabajo e induce una reordenación territorial global, o, en otras palabras, que es responsable de constreñir el territorio a los caprichos del mercado mundial. Desde su óptica, cualquier resistencia al mercado constituye un “atraso” y toda

adaptación, el “progreso”. La existencia de un campesinado autónomo sería pues la quintaesencia del atraso, y su extinción, lo más progresista. Las instancias regionales constituyen el primer eslabón para una desregularización de los usos del territorio, para la terciarización de la economía, y por consiguiente, para la mundialización rápida de los recursos locales. Los cambios se financian gracias sobre todo a los excedentes producidos por la especulación inmobiliaria; así pues, el trasvase de capitales de la industria, la agricultura y la minería a los servicios descansaría principalmente en la construcción de viviendas, rondas y grandes infraestructuras. El campo había dejado de ser despensa de alimentos para transformarse en cantera de terrenos, abriendo las puertas de par en par a la concentración poblacional, a la agricultura industrial y a la “reconversión ambiental”, con resultados cada vez más catastróficos para el territorio y sus habitantes. La tierra ha dejado de ser el crisol donde se funde la identidad entre los individuos y su comunidad.

La colonización del territorio por la mercancía produjo conflictos desde los años setenta, pero éstos no ocuparon un lugar central en la lucha anticapitalista hasta mucho más tarde, cuando la conciencia de los combatientes empezó a superar los obstáculos del oportunismo ecologista y del enroque obrerista. En efecto, tanto los ecologistas como los obreristas atacaban al capitalismo globalizado en nombre de una formación capitalista anterior, liquidada, en la que los

sindicatos, las asambleas de fábrica y los partidos verdes ejercían de contrapeso a los requerimientos unilaterales del mercado. Pero otra vuelta de tuerca más en la suburbanización –y en la cultura de masas– y el territorio quedó uniformizado, ordenado según criterios de rentabilidad máxima,

Y albergando un idéntico estilo de vida, donde el consumo era interpretado como la mismísima felicidad terrenal, y, por lo tanto, considerado casi como un deber cívico. El compromiso con las instituciones y las empresas por la degradación controlada del territorio desacreditó al ecologismo, mientras que la desaparición de las fábricas apagó los rescoldos del obrerismo.

La condición obrera es propia de la sociedad urbana; el salario es impensable en el mundo rural tradicional. Ahora bien, tal condición, que antes servía para cimentar una clase, ha experimentado una fuerte transformación en la sociedad plenamente urbanizada, que ha conducido a la disolución de la conciencia de clase y a la masificación anómica. Pero con o sin conciencia, el conflicto laboral ya no supera los límites del sistema, y por consiguiente, no lo cuestiona. Ni siquiera cuestiona la existencia misma de la conurbación. Otro tanto podríamos decir del ambiental.

En cambio, el conflicto territorial, sí. Un territorio autónomo y liberado es algo radicalmente incompatible con el orden capitalista, cosa que no podía decirse de la defensa

del paisaje, del salario o del empleo. También algo incompatible con las masas urbanas asalariadas. La defensa del territorio tenía un contenido anticapitalista y desproletarizador difícil de negar y revelaba una característica esencial que la distinguía tajantemente de los planteamientos obreristas y verdes, al tiempo que denunciaba su inoperancia y obsolescencia. Esa característica propia era el antidesarrollismo. El combate por el territorio negaba un dogma básico del capitalismo y del socialismo obrerista, el desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, el crecimiento ilimitado –tanto en su forma dura como en la socializada o la “sostenible”– como norma obligada de funcionamiento y solución de los problemas sociales. Bien al contrario, dicho crecimiento los agravaba.

La reconstrucción totalitaria del espacio social como nuevo proyecto de clase violentaría tanto al territorio que forzosamente tenía que crear problemas. La protesta, tantas veces descabezada, no podía sino reproducirse y ampliarse, por lo que su desactivación pasó a ser el objetivo principal de la clase dirigente. Entonces la dominación cambió de política, pasando de la completa intolerancia al reconocimiento parcial del conflicto y la negociación. Así nació la “democracia participativa”, herramienta con la que fabricar un falso sujeto mediador extraído de comités autoproclamados, plataformas y pseudo movimientos sociales –la delegación de la ciudadanía– y de esta manera

encerrar la protesta en escenarios locales, fragmentándola y aislándola. La democracia participativa era invocada expresamente para sabotear el renacimiento de una conciencia social del territorio, impidiendo la aparición de un verdadero sujeto histórico.

Primo Levi, en “Hundidos y salvados”, mencionaba una zona gris entre los verdugos nazis y sus víctimas compuesta por toda clase de prisioneros colaboradores, gracias a la cual los campos de concentración y de exterminio podían administrarse. Dado que la colonización actual del territorio se desempeña con métodos que se corresponden perfectamente con una sociedad jerarquizada, burocrática y autoritaria, no resulta nada equivocado establecer un paralelismo y hablar de una zona gris compuesta por todos aquellos que buscan fórmulas de compromiso entre la agresión al territorio y su defensa.

Quien haya frecuentado comisiones cívicas y plataformas vecinales podrá *mutatis mutandis* reconocerse hoy en día en las palabras de Levi entrando en el “lager”: “todos, a excepción de quienes habían pasado por una experiencia análoga, esperaban estar ante un mundo horroroso pero descifrado, en conformidad con el modelo simple que iba con nosotros atávicamente: “nosotros” dentro y el enemigo fuera, separados por una frontera neta, geográfica. La llegada al campo de concentración era en cambio un choque, causado por la sorpresa que le acompañaba.

El mundo adonde nos precipitaban era en efecto horrible, pero indescifrable: no concordaba con ningún modelo; el enemigo estaba tanto alrededor como adentro; el “nosotros” perdía sus fronteras, los adversarios no eran dos y no se distinguía una línea de separación única sino numerosas y confusas, innumerables quizá, una entre cada individuo y el de al lado. Entrábamos esperando como poco la solidaridad de los compañeros de infortunio, pero los aliados que se esperaban, salvo casos especiales, brillaban por su ausencia. En su lugar había mil mónadas selladas en lucha desesperada, disimulada y continua. Esta brusca revelación que se manifestaba desde las primeras horas de cautividad a menudo en forma de agresión concéntrica por parte de quienes se esperaba fuesen aliados en el futuro, era tan ruda que bastaba y sobraba para hundir de golpe cualquier capacidad de resistencia”. Los antros grises están formados por quienes aceptando las reglas del juego político de la opresión, piden protección al Estado agresor mientras cada cual disimula su interés particular con la boca llena de consignas como derechos de la ciudadanía, candidaturas, sobriedad voluntaria, reciclaje, decrecimiento, nueva cultura del territorio, economía social, modelo alternativo de ordenación territorial, etc. Ciertamente que el contexto es favorable a un tipo humano surgido de la descomposición de las clases medias, especialmente degenerado, fácil de corromper, ambicioso y frustrado, ambiguo e inclinado a la componenda, cura y filisteo, ávido de poder y al mismo tiempo servil. Es justamente esa clase de gente la que puebla

el estrato intermedio entre los oprimidos y los opresores, la que alardea de ecologista, milita en un sindicato y pertenece a una asociación vecinal. La conceptualización de la zona gris vuelve más inteligible la política en una sociedad realmente concentracionaria y viceversa, la vida política de la dominación totalitaria puede comprenderse mejor a través del nacimiento y desarrollo de la zona gris. Dicha zona ha de contener el conflicto y disolverlo, bien derivándolo hacia el electoralismo, bien hacia los tribunales o la negociación claudicante. En todos los casos sumergiéndolo en el espectáculo, controlando el debate y reduciendo a los verdaderos protagonistas a la categoría de público.

Los grises conceden una gran importancia a los medios de comunicación en este desplazamiento de la realidad al escenario de la “cultura del sí pero”, donde no sólo se prepara una dominación mejor adaptada, sino que se forja una sumisión más funcional.

De ahí también la ambientación lúdica que acompaña a la instrumentalización mediática del conflicto, pues el estado de ánimo eufórico es el más vulnerable al mensaje unilateral, y por tanto, el más adecuado para la asimilación del espectáculo. Así pues, la zona gris de la colaboración ciudadanista trabaja conjuntamente con los policías, los psicólogos y los expertos de la socialdemocracia para que la sociedad aparezca sin contradicciones, transparente, plana, satisfecha, festiva, ecológica y alegremente contestataria. Los mecanismos participativos “transversales” intentan

asegurar que la supervivencia en ambientes cada vez más tóxicos y degradantes no empañe la imagen rosa de los pseudo conflictos y se genere un nivel de cuestionamiento detectable.

La participación ha de reeducar al individuo como ciudadano votante, convencido pacifista y consumidor “responsable” comprometido con el medio ambiente, no incitarle a pensar o a rebelarse.

Mediante la separación completa entre la base de la protesta y su representación y a través de la condena explícita de la autodefensa, se persigue el ablandamiento de los conflictos, destinados indefectiblemente a ahogarse en las aguas fecales del Estado, o sea, en los purines de la autodenominada “democracia representativa”. Que nadie se llame a engaño; el movimiento asociativo gris no es ni pretende ser un enemigo del parlamentarismo sino un eficaz auxiliar. Por eso no es nada contradictorio encontrar en su seno a militantes de partidos y sindicatos, algunos concejales, incluso alcaldes, puesto que por la cuenta que les trae son los más empeñados en autolimitar el conflicto y silenciar la expresión radical desde dentro. Han de evitar que el debate desemboque en conclusiones antidesarrollistas y que la lucha derive en enfrentamientos, o, dicho de otro modo, que la discusión no concluya en la elaboración extrainstitucional de intereses generales que den a la defensa del territorio una perspectiva y una contundencia bien contrarias al capitalismo. De hecho, esa zona gris

asociativa y participativa ha crecido casi más de prisa que el propio conflicto al que parasita, al socaire del vacío existencial, la anomia y la confusión provocadas por la generalización a partir de los años ochenta del modo de vida urbano consumista. El afán de consumir –como el de votar– brota en un clima hedonista frenético que necesita para mantenerse un registro de actividad mental mínimo, una memoria borrada, una inteligencia aparcada. De esa atmósfera no se salva nadie; por eso ni siquiera las luchas más abiertamente antidesarrollistas, el combate contra el TAV en Euskal–Herria, la defensa del litoral gallego o la oposición a la línea MAT en Cataluña han estado exentas de una zona gris que cuando no las mina por dentro, las acecha por fuera. Pero el problema de los grises es que el sistema dominante, que apenas puede con los gastos ocasionados por el Estado, menos puede correr con los costes de un acuerdo que sirva para neutralizar el conflicto.

A fortiori tampoco puede financiar una burocracia territorial mínimamente creíble que cogestione con habilidad el proceso de destrucción medioambiental y social; por consiguiente no desdeña la criminalización mediática, las multas y los procesamientos.

No por ello la zona gris desaparece. Simplemente su labor no se institucionaliza, se efectúa gratuitamente.

En las áreas de capitalismo tardío la anomia social vuelve innecesario en gran parte el trabajo de los colaboracionistas,

puesto que la dominación puede reprimir la protesta con facilidad al no tener enfrente casi nunca a verdaderos movimientos, sino sólo a minorías radicalizadas. Pero cuando la revuelta ha producido sus primeros estallidos, la zona gris es un recurso imprescindible para los gobiernos, que se ven forzados a cambiar su imagen de moderación pseudo democrática por otra más agresiva, incluso pseudo revolucionaria, en los momentos críticos a menudo encarnada en la figura de un líder supremo o caudillo, como por ejemplo Morales, Ortega o Chaves. El hombre providencial “que habla como el pueblo”, “con la gente sencilla que hay que contar”, es decir, con la población más sumisa y manipulable, indica que la crisis social ha alcanzado un punto de inflexión que exige la sustitución de la burocracia política tradicional por otra creada *ex novo* desde el Estado. Los regímenes populistas necesitan una movilización general de la sociedad en pos de un programa de crecimiento y acoplamiento a la economía globalizada que el aparato político tradicional de la clase dominante no está en condiciones de realizar. Al fracasar los mecanismos habituales de control y de representatividad, se apela a una extensa red clientelar que cumple la función de un movimiento de base satélite.

Un duplicado del partido del orden. Una zona gris que adquiere entonces por cooptación el estatuto de nueva clase encargada de llevar a cabo importantes tareas de desmoralización, desarraigo y desorientación para inducir

un estado de anomia en masas con muy bajos niveles de consumo; la zona gris ha de tejer su propia lana deshaciendo el tejido social donde aterrizó.

Su desarrollo tercermundista constituye un estímulo de primer orden para sus homólogos del primer mundo. Los colaboracionistas de acá, incluidos anarquistas de Pro como Michel Albert o Noam Chomsky, de buena gana se convierten en los mejores propagandistas y hasta en los embajadores informales del populismo. A menudo vedette, intelectuales y políticos fronterizos se hacen intérpretes y adalides del discurso populista, pues la palabrería pseudo radical del jerifalte abastece de tópicos, mitos y referentes con los que consolidar una identidad de la que la zona gris occidental siempre adolece. Después de rebuscar en ese armario, los grises pueden salir lo bastante iluminados como para ponerse en manos de la reacción disfrazada de revuelta. La zona gris, ya dotada de un discurso identitario, pasa de ser espontáneamente reaccionaria, a serlo conscientemente.

Podemos concluir que la zona gris, el espacio que separa los explotados de los explotadores ocupado por el colaboracionismo, es un complemento necesario de la dominación, pero solamente resulta imprescindible en momentos de crisis social grave, cuando no funciona la represión, el crédito de los partidos se ha agotado y urge desarmar ideológicamente a la revuelta de manera que ésta no logre constituir un sujeto revolucionario. Solamente

entonces puede institucionalizarse; solamente entonces puede formar parte de la burocracia estatal y por consiguiente desempeñar con comodidad la tarea para la cual está destinada. Porque solamente entonces, las condiciones sociales que vuelven posible un universo totalitario y que siempre han estado ahí, se hacen patentes y se despliegan en todo su horror, asegurando la continuidad del proceso destructivo contra las amenazas de una revolución.

Si los defensores del territorio no desean acabar coadministrando la catástrofe en lugar de suprimirla, han de desenmascarar desde el principio a los grises, que incubando la traición permanecen emboscados en todos los conflictos. A propósito de gente parecida, Rosa Luxemburg solía citar el siguiente pasaje bíblico:

“¡Ah, si al menos fueras caliente o frío! pero puesto que no eres ni lo uno ni lo otro sino tibio, te vomitaré de mi boca”.

Texto elaborado a partir de las charlas en el CSA
Sestaferia de Gijón, el 8 de octubre de 2010;
en Espacio Libertario de El Ferrol, el 12 de octubre;
y en las Jornadas de Agroecología de Valladolid,
el 13 de noviembre.

VISTAZO SOBRE AMURRIO

Se trata de un pueblo de 10.000 habitantes, situado entre Bilbao y Gasteiz, y, por consiguiente, sometido a la influencia de ambas conurbaciones, es decir, que es un pueblo satélite; su existencia o relevancia depende de los flujos económicos que circulan por aquellas. Como el cercano Llodio, experimentó un crecimiento importante entre 1950 y 1980 gracias a la industrialización.

En ese mismo periodo dejó de ser un pueblo agrícola y se cortó de su entorno. Cambió el estilo de vida de sus habitantes, que pasó a ser urbano. Muchos de sus jóvenes empezaron a estudiar fuera y el coche privado se impuso absolutamente. Se tuvieron menos hijos y por lo tanto la población comenzó a envejecer (en el 2000 la cuarta parte tenía más de 65 años). La crisis industrial le afectó menos que a Llodio, que todavía la padece, pues la metalurgia local supo adaptarse a los mercados (p. e. Tubacex).

Entre 1980 y 1994 el pueblo sufrió un cierto estancamiento que desembocó en crisis, no superada hasta 2004, sin duda por el boom de la construcción. Ello no fue debido a que la construcción de nuevas casas o segundas residencias de bilbaínos y vitorianos crease una gran oferta de empleo en Amurrio, sino que muchos de sus habitantes encontraron trabajo fuera, en la construcción, las grandes superficies o en otros sectores (hasta un 47%). El trabajo en la industria local tiene todavía un peso importante, pero no sobrepasa el 37% de los empleos. La población campesina es prácticamente inexistente (un 1'3%).

La mayoría del trabajo disponible (un 60%) se encuentra en los servicios, por lo que podemos concluir que la economía se está terciarizando con rapidez. El crecimiento demográfico es casi nulo: la tasa de natalidad equivale a la de la mortalidad, y el número de los que emigran a las metrópolis en busca de mejores salarios es compensado por el de los inmigrantes que acuden al pueblo para cubrir los puestos de trabajo mal remunerados. Eso tiene importantes consecuencias. Primero: que la clase obrera queda dividida en dos partes muy diferenciadas; una ligada a la industria, sindicalizada y moderada; otra en torno a los servicios, dispersa, precaria, desigual; las dos sin conciencia social.

Así pues, el proletariado ha dejado de ser un factor decisivo en la vida del pueblo, como lo era en el periodo industrializador. Segundo: que el territorio municipal permanece completamente cortado del núcleo urbano. Ha

dejado de alimentar y distraer a sus vecinos, la función para la que fue creado y que conservó hasta los años sesenta del siglo pasado. Como cuenta con casi cien kilómetros cuadrados, vacíos y cercanos a Bilbao y Gasteiz, se convierte en objeto de codicia para las industrias turística y energética, y en un capital a disposición de los dirigentes municipales, quienes emprenden nuevas políticas de “desarrollo local”, con el territorio como eje. Se está reivindicando una reconversión paisajística, una transformación capitalista del territorio en paisaje explotable. Bastaría para convencerse con leer la página de la sociedad Amurrio Bidean. En general, la destrucción más o menos “sostenible” de los valles cercanos a las conurbaciones es el resultado de la ejecución de la multitud de planes de promoción residencial y transformación de la naturaleza que tratan de salvar al negocio inmobiliario o de montar el eólico. La primera actividad suele ser el turismo rural, más remunerador que la producción agraria. Así surgen parques naturales, rutas para bicicleta o senderismo, apartamentos y casas rurales de alquiler, hoteles, balnearios, museos, y, finalmente, cuando la demanda urbana lo requiera, urbanizaciones, centros comerciales y campos de golf. Se configura en primer lugar un sector dedicado a la población neurótica y estresada de las conurbaciones, a las que se ofrece “un lugar para vivir”, energía no contaminante, una “tierra amable y acogedora” y una “invitación natural” para contemplar “la singularidad de su gente” (frases del portal oficial del ayuntamiento), próximo a los aeropuertos de Sondika y Foronda, con

suficiente ocio, espléndidos paisajes, pintorescas tradiciones, fiestas patronales, gastronomía pasable y ambiente popular.

Digamos que todo ello ya tiene un precio, que acaba de entrar en el reino de la mercancía. El porvenir desarrollista del pueblo, sin menoscabo de la industria ya instalada o por instalar, queda ligado al atractivo que ese tipo de detalles tiene para la nueva economía y los nuevos bárbaros de la clase media metropolitana.

En segundo lugar, el municipio ofrece amplias facilidades para domiciliar empresas o emplazar aerogeneradores. En la medida que la terciarización avance con los arietes de la construcción, las renovables y el turismo, el territorio se suburbanizará y degradará mucho más de lo que pueda estar, y con él la vida de sus habitantes (en absoluto singulares), cada vez más artificial y consumista, más mediatizada por los cachivaches electrónicos, más motorizada y más contaminada.

Convendría recordar que Amurrio, un municipio agrario hasta 1960, poseía abundantes bienes comunales y se regía por Concejo Abierto, igual que el resto de las Tierras de Ayala; es decir, se autogobernaba mediante la asamblea de todos los vecinos reunida junto a la ermita de San Antón, situación de la que fue privado a la largo del siglo XIX. En el pasado el municipio gozó de un régimen municipal casi libertario, autosuficiente, ligado a una economía agraria

tradicional, no capitalista. Los cambios que la economía terciaria ha introducido en la forma de vivir de sus gentes son grandes en relación con el Amurrio proletario y empresarial de los años setenta, pero son abismales si los comparamos con la vida estabilizada y comunalista del municipio hasta fechas no muy lejanas. La industrialización trajo la modernidad y a los proletarios, junto con las ideas de beneficio, progreso, riqueza, bienestar y desarrollo; la reconversión posindustrial ha revelado el carácter ambiguo y regresivo de esos conceptos, el lado oscuro de la modernidad, la locura de la lógica capitalista que ha colonizado la vida de los amurrianos. Y así como la industrialización ocultó las contradicciones de la época rural sin resolverlas, la terciarización hace lo propio, aportando contradicciones nuevas, las que se derivan de una vida cada vez menos autónoma y más mercantilizada. Los conflictos laborales, si se resuelven a favor de los obreros, pueden hacer más llevadera la esclavitud salarial, pero no la pueden suprimir.

La salida se halla en la reconstrucción de Amurrio como comunidad, independiente del dinero de Bilbao o Vitoria, para lo cual tendrá que reequilibrarse su relación con el territorio y eso no ocurrirá jamás bajo coordenadas capitalistas. Solamente en esa dirección podría tener ejemplaridad la reciente constitución de la pedanía o “Junta Administrativa” de Barandio en concejo abierto de 180 personas. En las condiciones actuales el concejo sirve

únicamente para elegir alcalde y tomar decisiones irrelevantes.

El retorno a una vida rural en simbiosis con el núcleo urbano ha de ser fruto tanto de la deserción del trabajo asalariado y del modo de vida consumista como de la reocupación de tierras y la defensa del territorio contra los proyectos de explotación. Dicha defensa ha de ser lo suficientemente masiva y contundente como para convertir Amurrio en “zona de riesgo” para inversores.

Es el primer paso.

Al lado de la suburbanización ocurre un proceso contrario de signo ruralizante, todavía muy incipiente, pero portador de grandes esperanzas de emancipación. Sucede que la historia está escapando de las conurbaciones –espacios sin sentido, colonias mercantiles, no–lugares– para reaparecer en los pueblos como por ejemplo Amurrio, donde el aire es menos impuro, la convivencia libre tiene alguna posibilidad y el combate social por el territorio es una realidad aunque sea a escala pequeña.

14 de diciembre de 2010.

Redactado a petición del grupo libertario Sasien Sehaska

EL TERRITORIO ES ABSORBIDO POR LA URBE

LA URBE DEBE SER ABSORBIDA POR EL TERRITORIO

En el mundo globalizado y urbanizado el espacio rural propiamente dicho no existe; depende enteramente de la urbe, bien como reserva de espacio urbanizable, bien como decorado o vertedero de lo urbano. Lo rural no tiene autonomía; una ordenación territorial impuesta desde la urbe le designa una función y un destino, según sea la cuantía de las plusvalías esperadas. Lo urbano explica lo rural y no al revés.

Tampoco se puede hablar de un modo de vida específicamente rural, pues los hábitos, costumbres y conductas campestres son los típicos del estilo de vida urbano. Hace tiempo que la agricultura sufrió los embates de la modernidad y la industrialización, sin embargo, de lo

que ahora se trata no es simplemente de una simple vuelta de tuerca transgénica o hidropónica a la producción agraria, sino del uso no agrícola del suelo rural. En la actualidad, lo rural no es el residuo de lo que todavía no se ha urbanizado, ni siquiera periferia suburbana; a lo sumo se puede considerar un intersticio dentro de la sociedad uniformizada, pero no en tanto que fisura o discontinuidad, sino como vacío integrado. Con la globalización la expansión urbana da un salto cualitativo, pasando de ser una consecuencia del capitalismo a ser una premisa previa. La colonización del territorio no es ya un resultado, sino una condición forzosa de las relaciones sociales capitalistas.

La comunidad bajo el imperio del capitalismo global es imposible, puesto que es una formación precapitalista y en la actualidad cualquier rasgo de ese carácter ha sido suprimido; el menor detalle cotidiano cayó bajo el influjo del capital, incrustado en sus mecanismos de valoración y determinado por su tecnología.

Desaparece tanto la cultura obrera que subsistía en los barrios más refractarios como la cultura tradicional campesina que sobrevivía en los lugares más recónditos. Y al desaparecer esas culturas desaparecen la clase obrera y el campesinado como grupos estructurados y activos. Su lugar lo ocupan masas inconscientes, fragmentadas y desarraigadas. Los procesos de concentración demográfica, masificación, burocratización y acumulación de poder consagran la metrópolis o conurbación ilimitada como la

forma única de ocupación territorial, a la vez que disuelven los restos de la tradición, los lazos que daban solidez a un grupo social concreto o a una clase.

Las contradicciones burguesía–proletariado o campo–ciudad pierden su explosiva negatividad pero no se esfuman; quedan conservadas y superadas en el nuevo marco del capitalismo, es decir, perfectamente asimiladas e integradas. La forma de vida urbana resulta condicionada no sólo por el trabajo, sino por el consumo, la movilidad, la vigilancia y el control. Urbanismo equivale a incomunicación, artificialidad, represión, subdesarrollo cultural, dependencia múltiple y pobreza moral. La conurbación es por tanto sinónimo de regresión y banalidad.

No es que la rebelión sea imposible más allá de un minúsculo gueto, sino que ni la más mínima libertad es practicable en su seno. En los sistemas urbanos el grado de complicación alcanzado exige burocracias altamente desarrolladas, tecnologías sofisticadas, jerarquías extremas y aparatos policiales operativos en tiempo real, en fin, una clase ejecutiva de expertos, mandarines y carceleros que vuelven inviable un autogobierno, una democracia directa o una autoorganización. La libertad en la conurbación es un crimen. La tecnología de mercado la excluye.

Un proyecto de liberación no puede fundarse en la autogestión de las conurbaciones, sino en su desmantelamiento. Así pues, la construcción del reino de la

libertad es un proceso de ruralización, que no significa en absoluto la búsqueda de un reequilibrio de la economía de mercado, la promoción del negocio rural a expensas del urbano, sino el fin del mercado, es decir, el establecimiento de una economía y una tecnología no mercantilizadas.

Ambas exigen una refundación de la comunidad fuera del área metropolitana, puesto que la instauración de un modo de vida natural y extraeconómico es improbable en las conurbaciones.

La comunidad necesita para reproducirse de tecnologías alternativas y un cierto grado de segregación, un funcionamiento no capitalista cuyo primer peldaño bien puede ser la autoproducción de alimentos. La cuestión social se replantea en términos agrarios, pero no tiene nada que ver con el sindicalismo campesino habitual o con la financiación de las explotaciones agrarias, ni en general, con una población rural igualmente sometida al capitalismo y por lo tanto satélite de la conurbación, sino con los disidentes de todas partes que corren en pos de aires menos esclavizadores.

Sin embargo, la huida al campo, la opción agroecológica, el autoconsumo, el trueque o la cooperación nunca son suficientes, ya que a determinada escala una economía de subsistencia puede coexistir con una economía de mercado, incluso puede convenir a ésta en periodos críticos como el presente. No tiene una carga negativa suficiente, no está

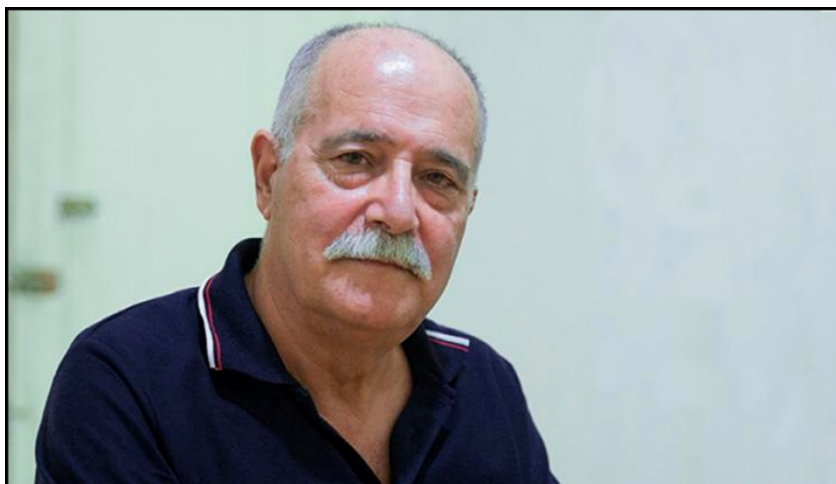
empapada de esa negatividad de la que han dado muestra, por ejemplo, las revueltas de los suburbios.

No puede almacenar el suficiente material inflamable capaz de quemar los puentes que unen los espacios liberados con la cogestión del desastre social, porque su práctica no apunta más allá de la resistencia pasiva. Para que la economía de la disidencia proporcione un contenido subversivo con el que dar credibilidad a un proyecto emancipador, se han de poner barreras a las conurbaciones, y si es posible, hacerlas retroceder. Se ha de poseer una cierta capacidad desurbanizadora y esa solamente puede provenir de la defensa del territorio.

El conflicto territorial lleva consigo una carga de profundidad contra la economía de mercado que le falta a la economía comunitaria autosuficiente y diversificada, puesto que es la única situación que puede universalizar problemas locales, o sea, que puede convertir los intereses particulares en intereses generales, incompatibles con los intereses económicos y de poder. No obstante, sería mixtificador afirmar que el conflicto, tal y como se plantea actualmente, resulte preocupante para la dominación. Por un lado, todavía no ha desplegado todo su potencial destructivo – todavía no arrastra a demasiada gente–, por el otro, son demasiados los que desde dentro se aferran a su particularidad o trabajan directamente para el orden dominante.

La defensa del territorio no contribuirá a la disolución de ese orden si no logra levantar pasiones en buen número de afectados; si no consigue convertir la indignación moral en conciencia antidesarrollista; si no transforma la agresión territorial en desafección con el sistema. Solamente así podrán los defensores desmarcarse de quienes desde su misma trincherá luchan para que la dominación, con las debidas reformas políticas y económicas, se perpetúe. Indudablemente la descomposición social de las conurbaciones proporcionará aliados, especialmente entre los excluidos por las sucesivas crisis económicas. Ellos han de responsabilizarse de las infraestructuras mediante las cuales la defensa del territorio penetre dentro de las conurbaciones y lleve la guerra a la retaguardia enemiga.

Colofón elaborado con las notas de las charlas de la Coruña, el 13 de octubre de 2010, en el CSO “La casa das Atochas”, y de León, el 17 de octubre, en el CCAN, organizada por la librería asociativa “Louise Michel”.



ACERCA DEL AUTOR

MIGUEL AMORÓS PEIDRO (Valencia, 9 de abril de 1949) es un historiador y teórico anarquista español.

Biografía

Nieto de anarquistas, Miguel Amorós se hace anarquista en 1968. En la década de 1970 participó en la fundación de varios grupos anarquistas, entre los cuales figuran Bandera

Negra, Tierra Libre, Barricada, Los Incontrolados y Trabajadores por la Autonomía Obrera y la Revolución social. Pasa algún tiempo en las cárceles franquistas antes de exiliarse a Francia.

El anarquismo preconizado por Miguel Amorós se inspira en la autogestión, la subversión de la vida cotidiana, la historia de los consejos obreros, así como en las movilizaciones que denuncian al sindicalismo como forma de lucha desfasada y la moral obrera como reaccionaria. Sus ideas son cercanas a las del movimiento situacionista y a las corrientes antiindustriales. Miguel Amorós mantuvo relación con Guy Debord a principios de la década de 1980. Participó en la difusión de los Comunicados de la prisión de Segovia (ediciones Muturreko burutazioak) en 1980, cuyo autor de uno de los textos (*A los libertarios*) era precisamente Guy Debord. Durante la «Transición» mantuvo posiciones asambleístas en pro de la autonomía obrera.

Entre 1984 y 1992, Miguel Amorós fue parte del equipo redactor de la revista francesa postsituacionista *Encyclopédie des Nuisances* junto a su principal animador Jaime Semprún.

Les Situationnistes et l'anarchie

Miguel Amorós ha escrito numerosos artículos en la prensa libertaria como *Los amigos de Ludd*. También ha pronunciado varias conferencias sobre cuestiones sociales, en particular sobre la ideología del progreso y los perjuicios que ocasiona. Sus principales libros son *La Revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti* (2003) y *Durruti en el laberinto* (2006).

En 2009, publica una biografía del anarquista valenciano José Pellicer, fundador de la Columna de Hierro durante la Guerra civil española, que sirve de hilo conductor al estudio del anarquismo en la región levantina. En 2011, analiza el anarquismo andaluz a través de una biografía de Francisco Maroto (*Maroto, el héroe*). También en 2011, funda junto a Michel Gomez, Marie–Christine Le–Borgne y Bernard Pecheur, la editorial francesa Éditions de la Roue.

En junio de 2012, Miguel Amorós publica *Salida de emergencia*, libro sobre la situación social actual y los problemas energéticos. En febrero de 2014, publica una nueva edición del *Manuscrito encontrado en Vitoria*, texto clásico del movimiento obrero autónomo español, escrito originalmente en 1976 por el propio Amorós y Jaime Semprún, bajo el nombre de *Los Incontrolados*, reivindicando así el sambenito infamante que la coalición entre la burguesía republicana y la burocracia política y sindical de 1936 colgó a los revolucionarios que no

obedecieron a nadie más que a sí mismos mientras combatían a sus enemigos externos e internos.

A partir de 2013, Miguel Amorós es coeditor de la revista antidesarrollista y libertaria *Argelaga* (7 números publicados hasta 2016).

En 2014, Amorós publica 1968. *El año sublime de la acracia*, que analiza las revueltas estudiantiles en el Madrid de la década de 1960 y en particular la actuación del grupo Los Ácratas.

En abril de 2015, publica *Los incontrolados de 1937*, un libro sobre la vida de nueve miembros de la agrupación revolucionaria Los Amigos de Durruti. Partiendo de la determinación revolucionaria y de la calidad humana de esos luchadores proletarios, Amorós reconstituye la materia de la última revolución obrera, la que va de 19 de julio de 1936 al 8 de mayo de 1937.

En septiembre de 2017, Amorós explica su punto de vista sobre el conflicto independentista catalán en una carta abierta a Tomás Ibáñez, y después en un libro colectivo publicado en marzo de 2018, *No le deseo un Estado a nadie*.

En 2018 publica el libro “Los ácratas en la universidad central, 1967–1969”. El tímido aperturismo universitario del franquismo, durante la década de 1960, provocó la emergencia de un pronunciamiento estudiantil cuyas

pulsiones rebeldes eran similares a las que estremecían entonces al mundo capitalista. Los recintos de Berkeley, Tokio, México o París, más allá de las reivindicaciones sobre el funcionamiento de la institución universitaria, mostraban el frontal rechazo al proyecto de modernización del capitalismo y a la función que le era destinada a la Universidad. El campus de Madrid no fue una excepción y, en el seno de unas protestas que culminaron con el Estado de Excepción de 1969, destacaría un grupo activista conocido como los 'Ácratas', cuya decidida intervención haría girar con más virulencia el torbellino de la revuelta. Si no hubo incendio generalizado no fue por la falta de tesón y profundidad de la apuesta de los 'Ácratas'. Conviene resaltar el alcance del magisterio de una figura singular como la de Agustín García Calvo durante aquel particular periodo que culminó en el año sublime de 1968, cuando la revuelta universitaria arruinó tanto el cambio tecnocrático de la dictadura franquista como los planes pactistas de la oposición. En este libro, valioso e inédito, Miquel Amorós pone nombres y caras al grupo de los 'Ácratas'. En los últimos años, el autor ha ido conversando con la mayoría de sus protagonistas y, ahora, se revelan sus testimonios orales de primera mano, nunca antes publicados".
|url=https://lalinternasorda.com/acratas.html

En 2018 publica también "Geografías del combate" en la editorial Milvus. En este libro vamos a encontrar parte de la producción más reciente de Miquel Amorós, textos escritos

mayormente a lo largo del año 2017 y, por lo tanto, en fechas próximas entre sí. Se encuentra dividido en dos partes bien diferenciadas, donde el autor despliega su crítica social a la par que da un repaso histórico a distintos momentos. Se trata, en su mayoría, de borradores de charlas pensados para ser discutidos en diferentes lugares –como en su pasada visita a México–, cuya extensión, en consecuencia, tiende a una cierta brevedad.

<https://editorialmilvus.net/producto/geografias-del-combate/>

Sus textos están traducidos en varios idiomas, principalmente en francés, inglés e italiano.

Durruti en el laberinto

En su libro *Durruti en el laberinto* publicado en 2006, Miguel Amorós cuenta con precisión el papel de Buenaventura Durruti en el desarrollo de la Revolución española de 1936. Amorós muestra de qué manera Durruti y sus compañeros de la Columna, fueron traicionados por las diversas burocracias del bando republicano (Gobierno central, Generalidad de Cataluña, Partido comunista), incluyendo la burocracia de la CNT al mando de la cual estaban los ministros colaboracionistas Juan García Oliver,

Federica Montseny y Diego Abad de Santillán que puso trabas a los propósitos revolucionarios de Durruti hasta atraerle en la trampa donde perdería la vida.

Durruti en el laberinto es reeditado en 2014 por Virus editorial aportando nuevos testimonios que abundan en la tesis de la responsabilidad de agentes estalinistas en la muerte de Durruti con la complicidad de la burocracia cenetista en el Gobierno.